

1914

OBRAS INEDITAS
DE
D. Manuel Pombo

Faes

OBRAS INEDITAS

DE

D. Manuel Pombo

Publicadas por su hijo Lino de Pombo

PROLOGO

de Antonio José Restrepo

EDITADAS

por Camacho Roldán & Tamayo

]]

BOGOTÁ—1914

Librería Colombiana—Calle 12, N.ºs 168 a 174

25

OBRAS INEDITAS

DE

MANUEL POMBO

PUBLICADAS POR SU HIJO LINO DE POMBO

PROLOGO DE ANTONIO JOSE RESTREPO

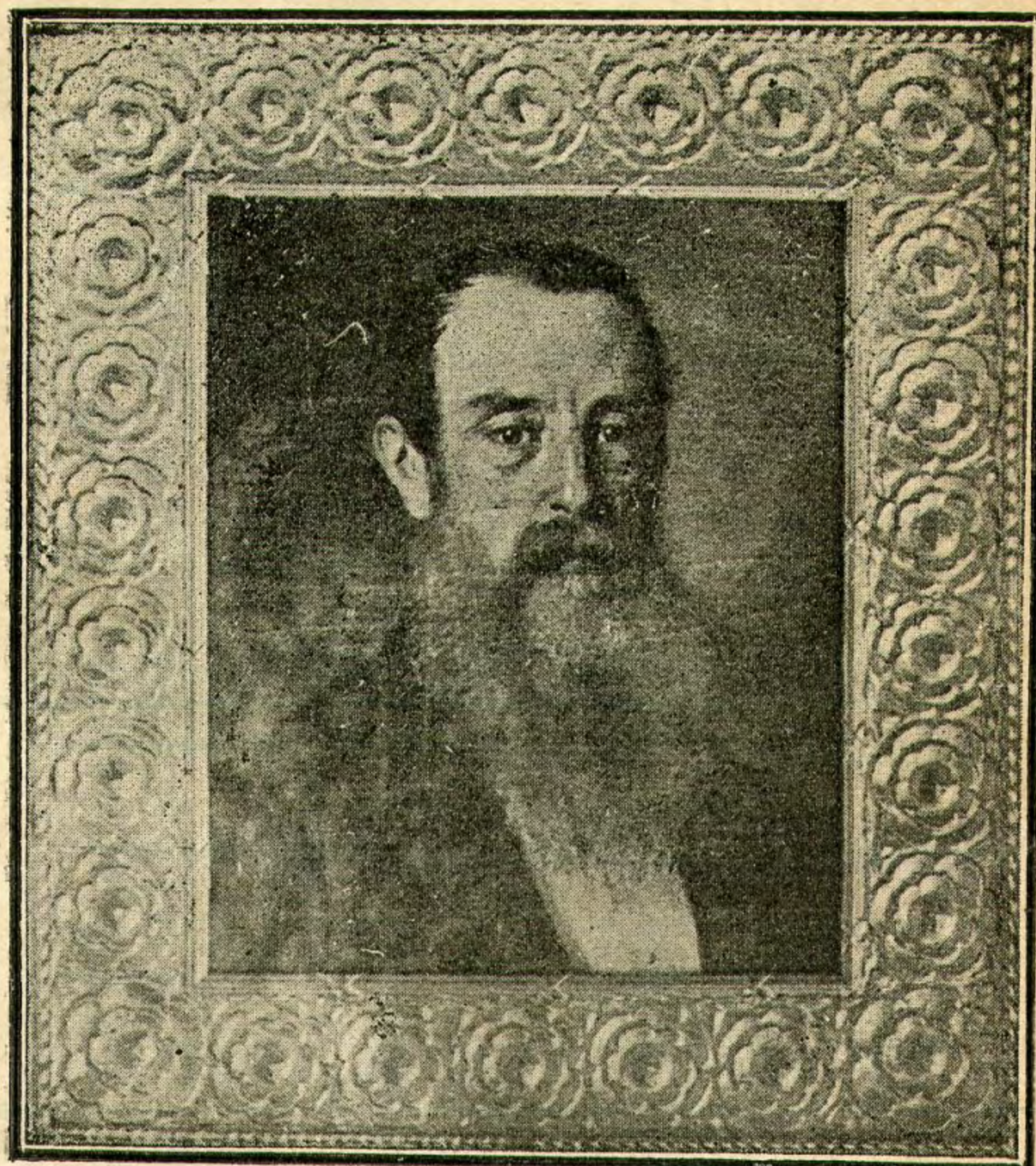
Editadas por Camacho Roldán & Tamayo



BOGOTÁ
Librería Colombiana, calle 12, Nos. 168 a 174

IMPRENTA DE «LA TRIBUNA»
1914

Es propiedad registrada.



Manuel Pombo

INTIMO

Algunos años antes de morir mi padre, cuando sufrió grave enfermedad y tuvo, además, a consecuencia de ironías de la suerte, que abandonar su casa en donde había vivido tranquilo por más de treinta años, me confió cariñosamente el pequeño legajo de sus escritos, que yo conocía, diciéndome, guiado por su ingénita modestia, que hiciera de ellos lo que quisiera, menos publicarlos, por no creer que valiesen la pena.

Los guardé religiosamente y no volví a sacarlos sino hasta hace pocos meses,

cuando, con motivo del Centenario de la Independencia de Antioquia, recordé que entre los escritos había uno sobre el viaje que hizo a aquel Departamento en 1852 y cuya publicación podía ser oportuna en aquellos momentos.

Empero, cuando esto se me ocurrió estaban ya al celebrarse las fiestas del Centenario y no había cómo hacer en tiempo oportuno la publicación.

Releí, sin embargo, el escrito y me pareció tan bello, que hablé de él y de la idea que había tenido de publicarlo a mi bondadoso e inteligente amigo Emiliano Isaza. El también lo leyó y le gustó tanto que me animó a hacer la publicación, y se encargó de dirigirla.

Sin perder tiempo hablamos del asunto con nuestros comunes amigos Antonio José Restrepo y Joaquín Camacho, quienes acogieron con entusiasmo nuestra idea: el primero, para publicar el escrito en folletín de *La Tribuna* y el segundo, para hacerse cargo, en nombre de la Librería Colombiana, de la edición que en libro separado resolvimos hacer.

De manera, que debo a la bondad de estos tres amigos la realización de los vehementes deseos que siempre había abrigado de hacer esta publicación.

La buena acogida que el público acordó al *Viaje de Medellín a Bogotá*, nos animó a agregarle algunos otros artículos inéditos de indiscutible mérito, que estoy seguro serán leídos con gusto, y en los que la corrección literaria, el estilo ameno y benévolo, compiten con el interés histórico y social que tienen, como que—él mismo lo dice—son cuadros de la vida de Bogotá hacia mediados del siglo pasado—aquella vida santafereña, tan sencilla, tan modesta, tan sin exigencias.

Con esta publicación, lo repito, cumplo gustoso con un sagrado deber de amor filial por el mejor de los padres y al mismo tiempo que con ella honro su grata memoria, contribuyo con muy apreciable contingente al acervo literario de una época que tan fecunda fue en escritores brillantes, cultos y modestos.

Si esta edición tuviere la benévola acogida que me permito esperar, me

propongo hacer otra, a la cual agregaré algo más de prosa que aun queda inédito y algunas composiciones en verso que no hubo tiempo de incluir en la presente.

Reciban mis buenos amigos arriba citados la expresión de agradecimiento por su eficaz y amable cooperación en esta obra, y perdone el público esta íntima explicación que creí necesario anteponer al cariñoso y magistral prólogo de la galana pluma de Antonio José Restrepo.

Lino de Pombo

Mayo, 25 de 1914.



DE ESTE LIBRO

Desde nuestras más tiernas mocedades oímos el nombre corto y sonoro de D. MANUEL POMBO allá en nuestros recónditos lares de Concordia. El había estado en Medellín con motivo de una misión oficial ante el General Tomás Herrera, vencedor de Borrero, y allí le había conocido nuestro padre, que era como él liberal, como él joven, como él letrado, como él menudito, fino, elegante, bailador y sociable sin extremo, sobrio, alegre y decidor. Luégo la amistad íntima que unió a D. MANUEL con Emiro Kas-

tos (Juan de D. Restrepo), muy nuestro pariente y grande escritor; sus versos armoniosos, dulces, hondos y melancólicos, que las revistas de entonces siguieron llevando a las montañas de Antioquia, donde ese nombre continuaba brillando tenue y suavemente, como un cocuyo de amortiguados resplandores en la inmensidad de la roza donde apenas apunta el maíz recién sembrado; el ser hermano de D. Rafael, que ya regía el cetro de la popularidad poética en todo el país, con los fervidos latidos amorosos del corazón de *Edda* y las quemantes décimas de la *Hora de tinieblas*, con el *Bambuco*, *La casa del Cura* y mil estupendas joyas más de nuestro Byron esproncedaico; el ser hijo de D. Lino de Pombo, hombre público tan considerable, maestro de la juventud, diplomático y prócer en la esencia de las palabras (porque en estos Pombos nada hay que no sea de sustancia y veras), y, más que todo eso quizá, el ser D. MANUEL héroe, protagonista y personificación del *Felipe* de nuestro cono ninguno popular Grego-

rio Gutiérrez González, nos lo habían grabado en la memoria con imborrables rasgos de originalidad.

Felipe era un misterio para nosotros y tal vez para todos los antioqueños. La lectura de este libro vino a revelarnos la verdad que se encierra en aquel único, enérgico y donoso rasgo de prosa de nuestro gran poeta regional. *Felipe* está escrito con saña vindicativa, bien ajena a la índole general de las producciones de Gregorio, cuya bondad, dulzura de carácter y amor empeñoso a la tierra nadie puso en duda jamás. ¿De dónde procedió, pues, la ira del autor de *Aures* y el *Cultivo del maíz*, que de tal manera inusitada ofendió en *Felipe* a toda su tierra y a toda su raza?

El libro que tenemos el honor de prologar nos lo explica ya suficientemente: *Felipe*, el joven cultísimo bogotano que va a Medellín, que allí se enamora de una señorita de alto rango y es apasionadamente correspondido, pero cuya mano le es rehusada por un padre duro y metalizado; *Felipe*, poe-

ta, soñador y *cachaco*, a quien un viejo cejijunto, práctico y sólido «como su caja de hierro,» le niega a su hija en matrimonio y lo enloquece de pena y lo hace partir de la ciudad trinando de despecho, y ante quien el poeta escribe en *Santa Elena* aquellas octavas terribles contra «la raza infame de su Dios maldita»; ese *Felipe*, incógnita literaria hasta hoy, era.... D. MANUEL POMBO; y su viaje a Medellín, y algunos resquemores contra las «ingratas» de que aquí nos habla, y su encuentro con Gutiérrez González en Sonsón, y sus largas conversaciones.... todo nos descubre de un golpe la verdadera historia de *Felipe*. El corazón herido del condiscípulo y amigo se abrió allí de par en par al condiscípulo y amigo, con quien departió tan francamente, después de un viaje tan lleno de emociones. El autor nos cuenta con intimidad comunicativa esa entrevista:

«Al cabo de un corto descenso llegamos a Sonsón, en donde me acogió bajo el techo paterno Gregorio Gutiérrez González.

«Volví a ver, en su propio hogar, en el seno de su familia, al lado de sus padres, de sus hermanas, de su esposa y del primer renuevo de su amor, al amigo a quien tanto habíamos querido en el colegio, y a quien por su organización sensible y fina, exceptuábamos quizá únicamente del régimen de ruda franqueza y de implacable burla de aquella vida retozona y atorondrada.

«A un gran talento, a un corazón honrado, unía Gutiérrez rica imaginación, trato jovial, y cierto olvido de sí mismo, cierto recato, cierta cortedad que, como un velo de gasa, se extendía sobre sus cualidades para hacerlas más simpáticas. Era una alma apasionada, pero púdica; independiente, pero blanda; expansiva, pero discreta.

«Gutiérrez era un buen compañero, que en todo seguía nuestra suerte y estaba sometido a nuestras comunes vicisitudes; pero sin que él se diese cuenta de ello, gozaba de un prestigio que todos acatábamos: era una ave canora que se nos había revelado desde sus primeros gorjeos, un poeta precoz, un destino en que intuitivamente presentíamos algo del Tasso.

«En efecto, en aquella edad casi adolescente, en aquella época apenas rudimentaria, en aquella atmósfera de inquietud y veleidad, cantar, y cantar de un solo arranque *Mi muerte* a Matilde, *Una lágrima*, *La desgracia*, *A un niño expósito*, *Súper flúmina Babylonis*, *Poesia*, *A una calavera*, *Al Diablo*, *Coquetería*, *Tu ramillete*, *Una visita*, etc., era adelantarse a su generación, ser maestro desde el primer ensayo, tener genio, ser poeta.

«De los claustros del colegio, de ese almacigo de donde después resulta, al transplantarlo a la sociedad, toda especie de vegetación, desde la ortiga inútil y el manzanillo maléfico hasta el mirto sagrado y el victorioso laurel; de esos claustros de grato recuerdo, cada cual salió a cumplir su vocación, a arrostrar su suerte:

«¡Quién será de los sabios de la tierra
El que rumbo señale a su destino!
¡Quién a sus pasos marcará camino
Por el caos fatal del porvenir!

«Gutiérrez regresó a su provincia y, ajeno a toda ambición, queriendo esconder la luz debajo del celémín, se acogió a la sombra de su pueblo, y a su abrigo buscó su compañera y formó su nido.

Casó con la bella señorita Juliana Isaza, a quien él, siempre poeta, llama *Sulamita*.

«Es hijo del señor José Ignacio Gutiérrez y de la señora Inés González, hermana de la señora María Antonia González, madre que fue del almibarado Aranzazu (Juan de Dios). Tiene tres hermanas: la señora Carlota, esposa del señor D. Valerio Isaza, y las señoritas Juana y Bárbara.

«Creo que Gutiérrez González nació en jurisdicción de La Ceja del Tambo, en 1827, y que hoy, por consiguiente, tiene veinticinco años.

«Gutiérrez, al par del más fino trato, tuvo la condescendencia de franquearme el libro en que guarda originales sus versos. Es un bello volumen en 4°, escrito con limpieza y adornado con viñetas de su propio puño, pues reúne al numen del poeta las manos del artista: conservo un primoroso utensilio, obra de talla suya, que me regaló para memoria de la visita que le hice.

«Para los dos, sus versos tenían doble interés, nos retrotraían a épocas pasadas, embellecidas ya por el recuerdo: así era que a cada estrofa venía un comentario, ya repasando un suceso, ya evocando un amigo; tan pronto entristeciéndonos con

las amarguras, como riendo con las alegrías de entonces. Y como reflexionábamos que cuando esto hacíamos empezábamos a vivir, los acontecimientos estaban aún recientes y los amigos iniciaban apenas su destino, comprendíamos cuánto aumentaría de valor todo esto cuando el tiempo pusiese su sello definitivo sobre los resultados de los hechos y la suerte de los hombres.....»

Como este libro trata de Antioquia, en su mayor parte, y el primer poeta de Antioquia, el más querido y alabado, es Gutiérrez González, y cuanto diga relación con él tiene para nosotros tal encanto, el sentido recuerdo que D. MANUEL hace aquí de su condiscípulo y hermano en Apolo, aumenta para todos nosotros los de la raza montañesa el mérito desbordante de la obra que apenas hoy ha visto la luz, después de más de medio siglo de haber sido escrita y de más de cuarenta años de haber resonado en las tierras de Aures y Aburrá aquel epicedio de Jaramillo Córdoba llorando la muerte de Gregorio en una como hermosa paráfrasis de su canto a Díaz Granados :

«No exhala ya sus quejas la paloma,
Ni ardiente asoma en el oriente el sol;

.....

«El astro que se hundió su luz no avanza
Ni rayos lanza ya desde el cenit;
Ya duerme en una tumba silenciosa
La que amorosa lira de oro estremeció feliz»

Aparte de este y otros apuntes personales que son dignos de toda recordación, este viaje y descripción de Antioquia tienen un atractivo irresistible para los antioqueños, que amamos por sobre todo nuestra comarca y la hemos visto desarrollarse y crecer luchando con las dificultades infinitas de su suelo arrugado y pobre, pero donde el brazo nervudo, tenaz y diestro de sus hijos ha ido formando una de esas agregaciones de seres humanos que comienzan en tribus patriarcales, pasan a ser desparramadas poblaciones pastoriles y mineras, y se truecan al fin en grandes centros industriales, manufactureros y fabriles, donde la cultura moral e intelectual se apoyan en la riqueza bien adquirida, que da la independencia personal a cada uno, y que despertando el senti-

miento de solidaridad en los negocios y empresas, hace surgir el altruismo, estimula el pro comunal, aviva la beneficencia pública y enciende al fin el patriotismo de nacionalidad, mientras va socializando su Gobierno, descomponiéndolo en Juntas adecuadas, en asociaciones de mutuo y seguros, en cooperación de todos para cada uno y de cada uno para todos, en organismo legal, hijo del sufragio libre, con responsabilidad de cuantos intervengan en él, con igualdad en las cargas y provechos, garantidos todos en el goce del bien propio por el respeto al ajeno y al Juez que distribuye la justicia.

La familia antioqueña, tal como se conserva aún y se conservará por muchos años en la tierra del «titán laborador» que cantó Isaacs, aparece en este libro retratada como con pincel flamenco de Van Ostade o con el pincel neogranadino con que nuestro Vásquez y Ceballos trasladó en el lienzo a los exploradores que vuelven de la Tierra prometida. Es imposible no copiar:

«Al pie de ella, Alejo me señaló dos bo-

nitás casas: daba la una frente al camino y con ella forma ángulo recto la otra.

«—Esas casas, me dijo, son tuyas y mías.

«Bien podía haberlo llamado, pues desde que de las casas fuimos vistos, sus frentes se llenaron de chicos que gritaban: ¡Padre!, ¡Padre! Y rebosando de alegría vinieron corriendo a nuestro encuentro, seguidos de una larga escolta de perros, gatos, gansos, patos, pavos, gallinas, palomas, una yegua con su cría y una vaca con la suya, que cerraba la marcha a paso grave, sin dejar de rumiar y de azotarse con la cola. Se conocía que todos estos seres vivían en familia, formando una sola comunidad.»

El encuentro de padre, hijos y esposa es conmovedor y sencillo: la Biblia en acción, en emoción y en descripción:

«Cuando se reunieron con nosotros, los chicos tendieron su blanca frente a Alejo, pusieron rodilla en tierra y prorrumpieron a una:

«—¡Alabado sea Dios! Buenos días, padre. ¿Qué tal viene su merced?

«Alejo refrenó su bestia, dio su bendi-

ción a los muchachos con la gravedad de un Obispo, y les repuso :

«—Por siembre sea alabado. Bien, hijos ; y por acá ¿cómo están todos?

«Y siguieron dando piruetas en rededor nuestro con el susodicho acompañamiento, hasta que llegamos procesionalmente al plano que servía de patio a las casas : allí nos esperaba la dueña de casa, con el nené en los brazos, sonrosadas las mejillas por la emoción, pero dando a su continente el aspecto austero del jefe que manda una plaza.

«En su presencia, Alejo saltó a tierra, recibió en su mano encallecida la redonda y blanca de esposa y entre los dos se cruzó un saludo que expresaba tanto cariño como respeto.»

La casa de familia en los campos de Antioquia está retratada también con los vivos colores de un Rubens, y tal como todavía se la encuentra en todas las direcciones en que se viaje, desde Yarumal e Ituango hasta el Quindío y el Apía, el Man y las vertientes de Ayaapel y por los lomos y contrafuertes de los majestuosos Farallones del Citará :

«Era mi deseo llegar ese día a Sonsón ;

mas fue tan sincero el deseo que me manifestó mi compañero de que pasase un día en su casa, que no me hice de rogar y acepté agradecido su cariñosa hospitalidad.

«De sus dos casas, cuidadosamente barridas y en las que todo pregona aseo y orden, la principal estaba destinada para habitación y la accesoria para depósitos, graneros, cocina y demás dependencias domésticas. Me instalé en la sala, amueblada con mesas y bancas, adornada con vitelas y comunicada con las alcobas laterales por puertas veladas con cortinas....»

Y pasa luego a otra, de hombre más rico que D. Alejo, de otro tipo también común y de frecuente trato en aquellas montañas, donde Pelayo hubiera hallado compañeros en sangre, en valor y en no domada constancia, como que son descendientes de asturianos y vascos sus mejores hijos :

«Pernocté en casa de Cosme Henao (nombre del héroe de Trafalgar y apellido ganado en las guerras de Flandes), la habitación de un cazador emérito, adornada en sus pilares con cráneos y cornamentas de ciervos, en sus piezas con pieles de

animales braví s, provista de abundante depósito de armas y municiones y guardada por una jauría de perrazos, a la cual ¿qué resistencia podían oponer los venados tímidos y demás pobres reses asaltadas en sus selváticas guaridas por semejante regimiento de facinerosos? Esto sin contar con la escopeta de cañón doble y el inexorable rifle de un hombre como Henao, que combatió, adolescente, en la acción de Salamina, que tiene ojos de águila y músculos de oso y que coloca una bala en donde le place, con la misma certeza de un pensamiento.»

Y llega a Salamina, hoy ciudad de imprentas y periódicos, rica y opulenta, tierra de Mejías, Marulandas, Arangos y Escobares, donde, como entonces, ahora son sus hijos dechado de gentileza y caballería, cual este D. Rafael Macías, descendiente en línea recta del que Larra estampó para siempre en los anales de la novela y el drama españoles :

«Por cualquier causa me detuve en Salamina seis días, hospedado a boca qué quieres por el señor Rafael Macías, persona tan agradable en su figura como en su

trato, valeroso oficial el día en que a la puerta de sus hogares tocó la guerra, y padre de una lucida familia. Como habrá habido ocasión de notarlo, la hospitalidad se ejerce en Antioquia de la manera más franca y generosa; y el cargo de huraños o retraídos que otros hacen a los antioqueños se origina quizá más bien de que ellos no son zalameros ni se franquean a ciegas con las gentes que no conocen, y no sé que quien los busca deje de hallarlos tan comunicativos y serviciales como los desee.»

Nos falta aún otra descripción de casa antioqueña, en un pueblo nuevo y ya de los que han invadido hacia el Magdalena, en tierras que fueron de la provincia de Mariquita y son hoy del departamento del Tolima—por la división política—pero tan antioqueñas como las «del puro plan de Medellín» o de la «tierra abajo» por Zaragoza, Cáceres y Raudal. Esta casa es un *caravansérail* de los viajeros que cruzaban el Páramo de Ruiz para descender de Manizales a Ambalema. Pínel de Velásquez en las Tejedoras :

«Pero, en fin, llegamos al caserío de *El Libano*, agasajados por un hermoso sol de la tarde, respirando aire más benigno y recogiendo los ruidos confusos de la vida social: las voces que altercan, el hacha que corta, el perro que ladra, el toro que muge. Algunas familias antioqueñas, vigorosas y diligentes, forman este núcleo de lo que con el tiempo será gran poblado, y están allí como avanzada de sus compatriotas, talando monte, limpiando el terreno virgen y estableciendo sementeras y labranzas. Todas estas faldas de la cordillera, sanas y feraces, serán colonia antioqueña, y esa hermosa raza vendrá así a mejorar la desmedrada de esta parte de Mariquita.

«Nos alojamos en una limpia y espaciosa casa, en donde se trabajaba por todos, en todas partes y de todos modos: en mesas y bancas para despresar marranos; en la piedra y el pilón para moler cacao y maíz; en la hornilla y el horno para cocer arepas y pan, y en una tienda bien abastecida de artículos alimenticios, para atender al consumo de sus locuaces y numerosos parroquianos. La casa de gentes hacendosas es un espectáculo agradable, una colmena en la que cada cual se agita

llenando su oficio, risueño, decidor, alegre, con la satisfacción en el rostro y la esperanza en el alma. Animación, vida, progreso hay en ella, disfrutan de bienestar sus moradores, y el trabajo les despeja los problemas del porvenir.»

Y no os olvido aunque me critiquen los mordaces, ni a ti, perro fiel del fogón campesino, ni a ti, vihuela del jornalero montaraz, que, acompañada con un tamborcito de cuero de tatabra (*pécari*) y un *guache* de pepas de achira, retumbáis en aquellas cañadas, llevando con rústicos acordes y tonadas halagüeñas la nota del amor y la ternura a corazones y ámbitos donde pareciera que sólo el trueno y la tempestad debieran resonar embravecidos:

«Mucho tiempo llevábamos de esta angustiosa brega cuando sorprendió agradablemente nuestros oídos un acento amigo, una voz de auxilio que nos reanimó: el ladrido de un perro. ¿Quién no ha experimentado esa misma grata sensación cuando una noche de insomnio ha oído cantar el gallo anunciándole el día, o tras larga jornada ladrar el perro o relinchar el ca-

ballo prometiéndole refugio y descanso?
¿Para quién que haya pasado por algunas vicisitudes en la vida, no son simpáticos esos nobles animales, tipos de la gentileza, la lealtad y el valor, compañeros del hombre, miembros de la familia, centinelas vigilantes del hogar?

«Siguiendo la dirección de esa voz protectora, que instaba a proporción que avanzábamos, dimos con una casa, en donde en rústica algazara se solazaban riendo y cantando al rasgueado son de la vihuela unos tantos labradores...»

Pero falta fijar en la memoria el tipo general de las mujeres de esos campos y ciudades, la reina del hogar antioqueño, almáciga prodigiosa de la raza, de que nosotros dijimos con verdad cantando a la mujer excelsa que nos dio el ser:

Tu vida, que avanza sin ruido al opuesto horizonte,
Se puede con una sublime palabra decir:
¡Ser madre perfecta!—Encina sagrada del monte
Do el género humano renueva incesante el vivir.

Progenie infinita de seres venidos al mundo,
Que Cristo describe, que pinta en el Buen Sembrador:
—¡Tal grano se muere en la roca o en cieno profundo,
Tal otro da el ciento por uno en el surco mejor!....

«La esposa de Alejo se llama Ana Ma-

ría Ramírez: es una hermosa mujer, de unos treinta años, cabellos negros, aire de formalidad, estilo autoritario cuando dispone, afable aunque concisa cuando conversa: hacendosa, vigilante, metódica; más al corriente que su marido en los negocios de éste, negocios cuyo giro y contabilidad lleva en la cabeza sin que olvide un por menor, equivoque una fecha, ni en un saldo rebaje un cuarto. Ha dado a su marido ocho hijos, todos varones, todos sanos, todos enseñados por ella a leer, rezar, hacer oficio y portarse bien...

«Los renuevos que ha producido este matrimonio nada tienen de notable en Antioquia, en donde las gentes se casan apenas llegan a la edad núbil, donde las mujeres son muy fecundas y donde es muy leve la desigualdad de la cifra de mujeres y hombres. Según los datos del censo de 1851, por 67,635 personas casadas hay 55,139 solteras, y por 123,283 mujeres hay 121,159 hombres. En cuanto al movimiento de población es tan notable, que el dicho censo comparado con el de 1843, da en los ocho años 54,908 de aumento.»

Y este toque como un capricho de Goya:

«Fui para los muchachos objeto de curiosidad, y mientras sus padres departían sobre sus asuntos serios, ellos me recibían la visita, y poco a poco fueron haciéndose comunicativos; me tocaron los intermedios, porque los mayores andaban por la labranza y a los últimos se les reservaba en la cocina. Eran antioqueños de pura raza, pichones de andariegos y descuajabosques, movibles, preguntones, positivistas, atentos a los arreos del galápagó, a la torma de los estribos ó a las hebillas del freno, más que a las baratijas de mi uso con que ensayaba distraerlos.»

Habría que copiar todo el libro, pues no hay una sólo página de él que no rebose del más vívido interés. Fue fortuna para Antioquia esta visita de un espíritu tan penetrante, tan justo y que grababa sus impresiones con una pluma tan donosa, tan sobria en el adorno de la frase y tan castiza al mismo tiempo. Las páginas de este viaje quedarán en nuestra literatura regional como las de la *Peregrinación de Alpha* en la del Norte de la República. Esas dos obras son, poco más o menos, contemporáneas, y fotografían —así de exactas resultan—

dos regiones semejantes del país, a mediados del siglo pasado. Son dos jalones incommovibles, dos puntos de comparación, singularmente instructivos, de nuestros adelantos y progresos. Si POMBO y Ancizar volvieran hoy a seguir su itinerario, ¿dónde y cuál de los dos hallaría más cambios y mutaciones hacia la meta de la civilización? Antioquia ha más que quintuplicado el número de sus habitantes. Va a la cabeza del movimiento instruccional en toda la República. La mitad del comercio nacional le pertenece, y su avance poblador y civilizador se siente en todos los Departamentos vecinos.

Y eso que, faltando a los consejos y sabias amonestaciones del autor, al dejar la tierra que él juzgó tan positiva, reposada, sesuda y siquiera egoísta, Antioquia siguió tomando parte en todas las guerras del país, con abnegación de mártir, entusiasmo de profeta y denuedo de cruzado. Dos años apenas habían corrido de escritas estas páginas y ya los antioqueños, con Braulio Henao y otros Jefes suyos, vinieron a Bosa y

Bogotá a clavar la bandera de la Constitución y de la Ley en la propia estatua del Libertador, frente al Capitolio, cuando un soldado audaz pretendió hollarlas. Seis años más tarde, en la terrible hecatombe de 1860, Antioquia vence y acorrala a Mosquera en Manizales. Firma allí el terrible revolucionario una como capitulación honrosa, escapando con vida y libertad para volver a su nido de Popayán, dejando a la República tranquila; pero el Presidente, legalista a ultranza, no aprueba el pacto, y una guerra de tres años, desastrosísima para Antioquia, bloqueada literalmente en sus montañas, la desangró luego a torrentes, en combates y batallas, hasta ser invadida y saqueada como país conquistado. En 67 vuelve a armar a sus hijos para derrocar a Mosquera, dictador, y en 76-77 y 85, más sangre, más riqueza, más moralidad y más bonanza vienen a robarle las guerras fratricidas a que aventureros políticos de fuera la empujaron, explotando sus sentimientos religiosos y su candor de pueblo virgen. ¿A dónde no habría llegado ya, si no quema ella mis-

ma, como una vestal enajenada, su túnica de oro y pedrería?

¡Qué bien si hubiéramos escuchado los conjuros — apenas ahora publicados, pero que muchos otros nos supieron gritar a tiempo — que POMBO nos dejaba como advertencia profética al abandonar aquellas breñas, en 1852!

«Voy, pues, a dejar a Antioquia; pero antes de hacerlo, y por el interés que por ella tengo, permítaseme hacerles una indicación a su pueblo y a su Gobierno, que puede serles útil.

«Puesto que los antioqueños reúnen tantas condiciones de yanquis, séanlo también respecto a su política exterior: adopten la política de la no intervención. El quijotismo político, el meterse a desfacer ajenos tuer-tos y agravios, puede ser la ruina de Antioquia, de su respetabilidad, de su progreso, de su riqueza, de su moralidad, dígalo si no la pasada contienda que vengo de presenci- ar. Como Antioquia es rica y fuerte y puede tener vida propia, quieren erigirla en campeón de partido para que, en resumen, se halle, con auxilios débiles y descontentadizos, haciendo frente al resto de la República, que se desploma sobre

ella, la invade, la humilla, la desorganiza y puede hacerla pagar caro su rescate. Con esto pierde ella en pocos meses cuanto haya acopiado de influencia, orden, riqueza y prosperidad en años anteriores de buen régimen interior. Que adopte para sí las instituciones que juzgue mejores, y deje que hagan lo mismo las otras secciones del país, de manera que cada cual mande en su casa y pase por las penalidades, los desengaños y los escarmientos consiguientes a todo el que yerra. El remedio puede venir así del tiempo, de la práctica de las instituciones y de la legalidad, y no de la atolondrada impaciencia y de la violencia presuntuosa.»

Parece que el autor hubiera estado presenciando los desastres de 63, 77, y 85, éste último el más cruel de todos, pues en él perdió Antioquia su soberanía interna federativa, que el autor vislumbraba ya en 52 y que aquella benemérita Provincia adquirió plena desde 1856. El quijotismo prevaleció, la erigieron en campeón del partido conservador clerical y la hicieron invadir, la humillaron y desorganizaron, obligándola a pagar caro su rescate en todas

tres ocasiones. Con la circunstancia de que en ninguna de las tres estuvieron comprometidos para Antioquia intereses y deberes de estos que tan admirablemente define el autor en seguida:

«No quiero decir con esto que cuando se trate de los principios cardinales, de los intereses permanentes de la República, de una causa, en fin, digna y sensata, que no sea de bandería, de partido, y de aspiraciones de círculo, se abroquele en el egoísmo y deje de cumplir con toda su espontaneidad y su fuerza los deberes para con la patria. Una cosa es el deber patrio y otra las aventuras políticas: el prescindir de éstas no induce a no llenar aquél».

Esto es el evangelio; y admira que un pueblo tan avisado, tan excéntrico y tan sólido en sus concepciones, se haya dejado sacrificar tantas veces por los políticos de fuera y sus combinaciones de predominio y mando, que en realidad nada le importaban a la Montaña, dueña y señora de su suerte, «habiendo adoptado para sí las instituciones que juzgó mejores» y «mandando en su casa,» bajo la Federación, como mejor le

parecía. Y pues todos los partidos antioqueños han hecho la misma calaverada, sacrificando su dominación y la suerte de Antioquia a las mismas impaciencia atolondrada y violencia presuntuosa, enredados en los hilos de la política general bogotana, no puede sostenerse que aquellos hombres hayan procedido por clericalismo (como algunos creen), ni por el ímpetu «ciego» que les achaca el autor. ¿Habrán buscado la hegemonía plena en el país, desconfiando malamente de que su genio, sus virtudes, su número, fuerza y riqueza, no se la otorguen tan pronto como un seguro golpe de mano? Tampoco nos parece. El antioqueño es desprendido de la política y de la burocracia, con excepciones que nos abochornan. Confía más en otras artes de legítima dominación; es veraz y rudo, y las trápalas palaciegas lo descorazonan. Odia la holgazanería militar, y el penacho no lo seduce; la venalidad y el desgobierno y desorden lo indignan. Creemos que su amor a la justicia y su espíritu de aventura, su dignidad personal y colectiva, lo han lleva-

do más bien a la hoguera común en que todos ardimos; buscando, como los otros tripulantes de esta nave colombiana, un rumbo definitivo y una base estable dónde afirmar la palanca de Arquimedes.

No le tocó al autor de este libro, muerto hace 16 años justos, en un día como hoy (25 de mayo de 1898), saber si habíamos logrado al fin esos bienes; si ya queremos esperar a que el tiempo haga su labor de rectificación y depuración, y si al fin pensamos aguardar de la práctica leal de las instituciones (el remedio a los males reales e imaginarios que nos han aquejado sin tregua. Ojalá que así sea. El alma, profunda y sinceramente religiosa del autor, lo llevó siempre a dar a la intervención divina en este bajo mundo, un alcance que otros no podemos concederle. En el engranaje perfecto de causas y efectos, quizá la sola religión no baste para norma y conductor de las greyes humanas. Sin embargo, el justo medio filosófico del autor prevalece en los pueblos más prósperos, sabios y ricos de la tierra:

Inglaterra, Estados Unidos, Suiza y Bélgica. A este respecto el autor dice con honda verdad:

«Es para mí admirable en la raza inglesa la coexistencia de esos dos móviles—derecho y deber—que la hacen tan libre y tan gobernable, tan digna y tan próspera bajo la monarquía europea, como bajo la democracia americana.

«Así como la libertad necesita hermanarse con la moral, ésta necesita tener por base la religión. Para mí un pueblo irreligioso no puede ser un pueblo libre, porque es un pueblo inmoral. Hermanar la religión con la libertad, en vez de hacerlas antagónicas, me parece que debe ser la tarea de los verdaderos demócratas, de los que sinceramente amen al pueblo.»

Como una prueba de que Antioquia participaba de esas cualidades que el autor le reconoce y por cuya conservación aboga; de ese hermanamiento entre la libertad y la religión que él admira en Inglaterra y nosotros pudimos observar en Suiza y Estados Unidos también, copiamos con gusto otra página de este libro, que es una enseñanza

sobre lo que hoy está sucediendo en aquel Departamento, caído después de 85, en esta materia, a simas de donde quizá jamás vuelva a salir. Como el progreso indefinido es una ilusión y las razas y los pueblos retroceden y se extravían, de generación en generación, si cambia el criterio que les sirve de norte, si se alteran y adulteran las enseñanzas que reciban, mucho más si elementos extraños y agentes extranjeros de ignorantismo los subyugan, hoy en día el autor de este libro tendría mucho que añadir y enmendar a sus juiciosas observaciones de 1852. Ya hay muchos conventos en Antioquia, y no de nativos querendones de su tierra, mas de gentes que no tienen por qué amar esas montañas, y que quizá, en sus textos de enseñanza y en otras formas más peligrosas, conspiran contra su historia límpida, alaban a los que fueron sus verdugos y exactores y las llevan a la declinación y ocaso del astro que marcó su porvenir. Para 1852 la situación era muy otra. Véase si no:

«En Antioquia hay apenas los eclesiásticos indispensables para el servicio, y es la única parte que yo conozca en la República en donde, fuera del Conventico de monjas de Medellín, *no hay ni un convento ni un cuarte'*. Según el censo levantado en 1851, entre los 244,442 habitantes que tienen las tres provincias en que se ha dividido Antioquia, *sólo hay 124 eclesiásticos y 21 religiosas*.

«El pueblo antioqueño me parece creyente, pero no lo he hallado supersticioso, ni gazmoño, ni dado a las nimias prácticas de una piedad intempestiva. Tiene por lo general (no sé si haya excepciones) buenos párrocos, que propenden por el adelanto de sus parroquias, viven dando buen ejemplo con su arreglada conducta, y se concilian el respeto y el afecto de las poblaciones. En resumen: no creo que el embrutecedor fanatismo sea vicio que se les pueda enrostrar a los antioqueños; y ojalá que nunca se les pueda enrostrar tampoco el contrario, que los desmoralizadores disfrazan entre otros nombres con el de despreocupación. Los males del abuso de la religión no se remedian con renegar de ella.»

Hemos ya fatigado al lector con tán-

tas citas, y muy a nuestro pesar les ponemos punto. Era preciso destacar todos esos trozos característicos, no para que resaltara mejor el mérito de la obra, mas para grabarlos, por decirlo así, en la mente de cada uno de los antioqueños a cuyas manos vaya este libro, que esperamos seguros irá a las de todos ellos. Antioquia lee, Antioquia tiene la curiosidad del saber y esa es la confianza que nos sostiene a los que de otro modo desesperaríamos de ella. Que se nos excuse, pues, si nada transcribimos de esa salida de Manizales —la hoy opulenta urbe de sorprendentes adelantos—y esa travesía del «páramo de Ruiz,» que delectaría por el contraste absoluto a cuantos la leyeran pasando en cómodos vagones el Mont-Cenis, el San Gotardo, el Simplón y la misma Sierra Morena de estos tiempos. Pocos viajeros podrán contar una romería semejante, y si la han contado porque la hayan hecho, sin duda que su pluma no alcanzaría el éxito prodigioso de la de POMBO. También nosotros hemos cruzado el Ruiz a lomo de

mula, pero no a lomo de buey, y ya para 1881 era la senda menos fragosa, solitaria e imponente. Del Ruiz dijo Epifanio Mejía, el poeta antioqueño que le disputa a Gutiérrez González la palma de la ternura y le gana en sencillez y agreste melodía :

«Sobre cordillera verde
Se alza cordillera blanca:
El sol la riega de oro,
La luna de oro y plata;
Los viajeros antioqueños
Me dicen que el Ruiz se llama.»

Es una «puna,» como dirían los peruanos, un nevado sublime, extendido, soñoliento, meditabundo, espectral. Se ve de Bogotá misma, encabezando esa serie de gigantes en que descuellan Herveo, Santa Isabel y el Tolima, cuyo cono perfecto contrasta con las sábanas de nieve de los otros. La raza pura española que labora al pie de esos pórticos de la eternidad, tiene raíces como ellos en senos de profundas entrañas y pasiones; pero alza también la cabeza al cielo, iluminada en grandes pensa-

mientos, segura del porvenir, por entre las más recias tempestades....

Nada podemos hoy analizar de los otros estudios de costumbres que embellecen este volumen. El género literario a que pertenecen *La niña Agueda*, *El maestro Custodio*, *La Contradanza*, *Por el barrio de Las Nieves*, *La guitarra*, y algunos otros, ausentes de este tomo infortunadamente, ha tenido en Colombia bastantes y buenos cultivadores. Género realista, debe ser saleroso al propio tiempo, para conservar su carácter de mero cuadro de costumbres. No aspira a conmover para revolucionar, apenas si pinta para corregir con suave tono; ni tampoco cava en el estercolero social, con la pluma hecha piqueta o bordón ferrado, para extirpar injusticias, remover privilegios y cambiar instituciones. Trisca por entre la maraña humana, apunta más bien los defectos que los vicios y retrata las personas y las cosas, dejando su huella tenue para consulta de curiosos y artistas, que quieran volver sobre el pasado, así a buscar un tipo menos com-

plicado de damas y caballeros, como casas más cómodas en qué vivir y actitudes más elegantes o sencillas para estar en el baile, en el hogar, en la tertulia y en la calle. De cuando en cuando un concepto filosófico del autor, tirado allí al desgaire, o una cifra, un dato, un toque sociológico, puede revelarnos su alta cultura, su escuela política, su faz moral entera. Pero una rigurosa economía debe presidir a estas verdaderas licencias del género, que es peculiarmente descriptivo, pictórico, ameno y literario. Larra, en algunos de sus estudios, Mesonero Romanos casi en todos, Lafuente, Villergas y ciento más nos dieron en España acabados modelos del cuadro de costumbres. Aquí en Colombia—para no hablar de otros países latinoamericanos—fueron en él maestros sin par Emiro Kastos, R. E. Santander, David Guarín, Ricardo Silva, Caicedo Rojas, Vergara y Vergara y algunos más, con el inimitable D. Eugenio Díaz por sobre todos ellos. Hoy apenas se le cultiva; nuestros ingenios no ofensivos, los que se aíslan en el propio campo de la literatura, sin

dar la sangre de sus venas a la política y esgrimir en ella el garrote dogmático o extender los dominios de la mentira impresa, deformando su talento y gusto al auge de la información chabacana o escandalosa, con el viejo y hoy nuevo criterio de Lope —«el vulgo es necio, y pues lo paga, es justo hablarle en necio para darle gusto»—esos ingenios, decimos, se van consagrandos al cuento y la novela—también descriptivas las mejores—y ya nos han dado joyas de un alto valer, como *Inocencia*, de Francisco de P. Rendón; *Salve, Regina!* y *Frutos de mi tierra*, de Tomás Carrasquilla, y *¡Madre!* de Samuel Velásquez, todos tres antioqueños, condiscípulos nuestros los dos primeros en la antigua Universidad de Antioquia cuando Berrío y D. Recaredo, ambos ellos dominicanos de las quebrajosas llanadas por donde baja el Nus al Magdalena.

Y sin embargo de que tenemos mucho y muy bueno, aunque el olvido quiera pasar por sobre todo el acervo de lo antiguo y ya parezcan en desuso estos lienzos de la tierra lejana santafe-

reña, ello es que al resucitar, como hoy lo hacemos con amor y reverencia, joyas de tal valía que el tiempo tuvo guardadas en arcón familiar, sentimos el placer de quien pudiera exhibir, al lado del modernismo de un Cano, un Acebedo Bernal o un Santa María, tal vez un Vásquez y Ceballos de la vieja ermita derruida, o un Greco traído por algún oidor piadoso, y perdido tras la puerta condenada de un convento que la desamortización hizo entrar en los bienes nacionales.

Porque, sin menoscabar el mérito de ninguno de los predecesores; quedándose donde está Emiro Kastos con su paleta que unta por la política con brochazos que no destiñen, con su sátira un tanto mordaz y mal humorada y su estilo de gran señor que arroja frases brillantes como onzas en jura de rey; no moviendo de sus nichos a Eugenio Díaz, Silva y Vergara, donde la gracia maliciosa hace retozar lo cómico y fustiga lo ridículo; tomando en general el cuerpo de escritores contemporáneos de POMBO, hay que convenir en

que éste los aventaja a todos, en el manejo de la lengua—el instrumento del arte sin el cual no hay hermosura intelectual,—en la sobriedad amplia del estilo y en la cándida inocencia, en la recatada pulcritud y en la humildad voluntaria con que quiere esconder su propio mérito y lisonjear en su lector—enseñándole lo perfecto—todas sus inclinaciones al bien, como apartándolo del mal. El buen gusto en literatura es lo que la dignidad al pensamiento. Eleva el alma quien embellece las ideas. Los maestros del arte son los santos. La propaganda de lo bello es como la de lo bueno: se confunden a menudo y son siempre inseparables. Las verdades del Evangelio pueden suscitar la contradicción de los filósofos sin estética, angulares y adustos; pero tendrán siempre su dominio en los espíritus acendrados donde el ideal de la Hermosura hizo templo. Cristo, muerto y ensangrentado, expirando entre la chusma ruin, distingue, al claror de un sol que parpadea, el grupo de sus dilectos en que está Juan, que ha de reverberar en Pat-

mos y donde llegará a reunirse el viajero de Damasco, que hará temblar el mundo. Virtud y Belleza son sinónimos.

Y POMBO realizó una vida de tantas virtudes, públicas y privadas, que tenía la imposibilidad ideológica de no ser un grande escritor y un poeta soberbio, siendo un santo humanizado. Su bondad fue el nimbo de su corona....

Del salón en que estamos escribiendo vemos al frente la casa paterna de D. MANUEL, la de su padre D. Lino, el gran Ministro de Santander, casa descrita a maravilla en *La Niña Agueda*, y cuyos planos, de consumada elegancia, fueron hechos por el señor Reed, el mismo arquitecto de nuestro imponente y severo Capitolio. En ese cuadro imponderable, en esa *Niña Agueda* pintó el autor su propio hogar y familia. La «buena tía Mariquita» era su misma venerada madre, doña Ana Rebolledo; y el «tío Pepe» era nada menos que el propio D. Lino de Pombo, una de nuestras figuras de hombre civil más prominentes de toda la mitad primera del siglo pasado. Su hijo lo describe con

respeto y exactitud en este aparte que es preciso recoger:

«Mi tío Pepe, el dueño de la casa; sobre ser un hombre hermoso, hidalgo de raza, formado en la escuela del mundo y los estudios, patriota benemérito desde 1810, era un sabio distinguido, ocupado siempre en el servicio público, de incansable laboriosidad en su gabinete o en su oficina, de carácter recto y probo, conducta ejemplar, eximia cortesía, y llano y afable en su trato particular: era un hombre de provecho, legítimo representante de la gloriosa generación a que perteneció.»

Tuvimos el placer de entrar en esta casa, con D. Rafael, que nos llevó a leernos en su cuarto su estupenda oda al Niágara y a mostrarnos sus cuadros y algunas antigüedades de mérito con que lo embellecía. Por D. Rafael—que admiró muchísimo nuestros versos al Tequendama y que nos regañaba más aún por las ideas desarrolladas en ellos tras las primeras estrofas descriptivas—hubimos de conocer y tratar a D. MANUEL, en su pequeña librería de la calle 12. Juan de D. Uribe la recuerda

con cariño en alguna de sus páginas :

•A las seis de la tarde, al bajar por la primera carrera del Norte, llaman la atención, en una de las cuadras centrales, las risas y las voces que salen de una pequeña librería situada a mano izquierda, bajando. Es en vano tratar de descubrir el rostro de los concurrentes desde afuera, porque el recinto es demasiado estrecho, y las sombras de la tarde, agolpándose, sólo dejan ver bultos humanos que van y vienen. En cambio casi siempre hay murmullo de palabras, interrumpido sólo, de vez en cuando, por risas alegres. La pequeña librería es de MANUEL POMBO, y allí se reúnen, a pasar las últimas horas del día, una media docena de literatos, unidos por tradicional amistad» (1880).

No solamente literatos concurrían a la pequeña librería. Altos personajes políticos también tertuliaban en ella; políticos de todos los partidos, se entiende, pues aunque el librero fue liberal de tinte puro, no era ya militante en ningún bando y jamás compartió las exageraciones doctrinales de los conductores y prohombres de ellos. Eran

asiduos allí Salvador Camacho y Sergio Arboleda, Manuel Ancizar y D. Ignacio Gutiérrez, Januario Salgar y Alejandro Posada, Rojas Garrido y Carlos Holguín y muchos otros. Se comentaban los sucesos del día, se evocaban reminiscencias de otros tiempos, se discutía el problema de actualidad, pero paso, suavemente, porque el dueño de casa comunicaba a todos su moderación y cortesanía exquisitas. Ningún problema político, social, jurídico o literario era abstruso o desconocido para POMBO, cuyos estudios abarcaron todas las humanidades y el derecho, sin exceptuar conocimientos militares más precisos y serios de lo que pudiera creerse en aquel caballero tan reposado y tranquilo, que no recordaba ni por semejas al militar mostachudo, de espada al cinto, cuya fachacha y arreos asustaron a los muchachos del camino entre La Ceja y Aberrral (página 20 del texto). De sus conocimientos en Derecho dan testimonio *Los doce Códigos de Cundinamarca*,

monumental y coordinada compilación que él llevó a cabo por encargo oficial. Nombrado varias veces Ministro de Estado y Magistrado de la Suprema Corte Federal, jamás quiso desempeñar esos puestos ni otros con que le instaban sus copartidarios del Gobierno, sus contertulios todos ellos. Como tampoco aceptó el de miembro de número de la Academia Colombiana de la Lengua, y apenas recordaba con cierto placer que había sido socio fundador de *El Mosaico*. Su modestia sin fingimiento, la paz luminosa de su espíritu, la humildad sin soberbia que enaltecía sus méritos, pero le alejaba del torbellino de la vida pública, eran en él infranqueable valladar a toda ambición, a toda vanidad, a todo peligro de que un mal cualquiera, el más pequeño, pudiese acarrear a la sociedad civil de que hacía parte o a no importa quién, su actuación activa en la cosa pública. Era un poeta y un místico, que oraba y velaba por su alma, por la de los suyos y la de todos, en el mayor recogimiento. A veces se nos antoja que habiendo sido en sus mocedades lo que

en Bogotá se llama un *cachaco* (que él mismo define por ahí), un militar y un intelectual de valor y ardencia, cual otro Ignacio de Loyola dejó el mundo y sus encrucijadas, si no para recogerse a la vida monástica y seguir o fundar una religión, al menos para encerrarse dentro de sí, en el círculo estrecho de sus amigos y familia, oteando desde sano, entero y libre, el problema de ultratumba, para él resuelto, indicado y prescrito, por sobre toda sombra de duda, en la vida cristiana a la manera que lo son los que lo saben ser. De su lira sonora callaron todas las cuerdas que pudieran retenerlo en la tierra. Ni un eco ni una nota para nada que no lo acercara al cielo. Su fe de niño no vaciló jamás; su alma bella se desprendía del mundo, poco a poco, pero siempre hacia arriba, sin dejar un jirón de sus virtudes en las zarzas del camino. Ya en días de morir compuso—como el cisne inmortal—su último canto. Fue una plegaria *A la Virgen de los Dolores*, su abogada, oda sublime, de ejecución tan pura y acabada, que

ella sola puede entrarse por todo el Parnaso español a buscar su compañera entre los cánticos de los Luises y de los Juanes de la Cruz, de todos los místicos más ensalzados, segura de su triunfo, porque no tiene par. D. Rafael repetía sin modestia, antes con el fiero orgullo que tenía en creerse un gran poeta: «Diera todas mis obras por esta Plegaria. Dicen que el poeta de la familia soy yo; no hay tal; el poeta es MANUEL.» Sea lo que fuere de este juicio fraternal, el hermano mayor tal vez sí era mayor en todo....

Bogotá, mayo 25 de 1914.

A. J. RESTREPO



DE MEDELLIN A BOGOTA

OBRA INÉDITA DE

MANUEL POMBO

1852



IMPRENTA DE «LA TRIBUNA»—BOGOTÁ
1914

*Es propiedad registrada
conforme a la ley.*



DE MEDELLIN A BOGOTA

OBRA INÈDITA DE

MANUEL POMBO

1852

Febrero 3—Alas ocho de la mañana emprendí marcha de Medellín para Bogotá, por la vía que de Manizales conduce a Lérída en la provincia de Mariquita. Bien sabía que me esperaban aventuras y sinsabores en tan largo y fragoso camino; pero práctico como soy en los peores de nuestro país, los de Guanacas, Quindío, Moras, Hojas, Remolino, Chagres, etc., ¿qué podrá cogerme de nuevo en el que trasmona la cordillera por los nevados de Herveo y Ruiz?

Merced a los buenos oficios del señor

Francisco Posada, me había fletado bestias el amigo Alejo González, vecino de Abejorral. Consistían éstas en tres machos, uno de silla y dos de carga: todos eran excelentes, pero el de silla, negro y bruñido como el azabache, joven, esbelto y brioso, era un soberbio animal llamado por su dueño *El Cuesco*. Ataviado con mi montura, tascando el freno y pateando de impaciencia sobre el empedrado, el animal parecía una pintura.

—¿Cuánto quisiera usted por el machito? díjele al dueño.

Este, sonriendo socarronamente con mi diminutivo y saboreándose un par de veces, me contestó:

—Ahí donde usted lo ve, tiene más de cuatro aficionados; pero apenas me ofrecen unos cuatrocientos patacones por él.

—Entonces vale más que una casa....

—Según sea la casa....

Los otros dos machos se llamaban *Los Mellizos*, nombre cuya razón inquirí.

—¿Pues no está viendo que son individuales?

—¿Individuales? ¿Y qué quiere decir individuales?

—¡Eh!.... pues que ambos son colorados.

La explicación no me satisfizo, e insistí:

—¿Y usted llama individual a lo colorado?

Ni que fuera tan.... tarán; llamo así a las cosas que son parecidas.

El que así dialogaba conmigo era un hombre alto, enjuto y moreno, de escasos y rizados cabellos, patillas entrecanas, ojos inteligentes y envidiable dentadura; vestía ruana corta de hilo, camisa rosada de zaraza y pantalón de dril pardo, y eran sus ademanes los del hombre activo y fuerte. En el guarniel, que usaba terciado, cargaba todo un museo: mucha plata, muchos tabacos, muchos utensilios, el recado de candelas, frascos con remedios, tarros con ungüentos, paquetes con cebadilla, la cartera rebosando de apuntes y papelitos, cartas particulares, pliegos de oficio y cien baratijas más. El guarniel tenía por apéndice una totumita de coco con la cifra del dueño por lo que se ofreciese beber, y en sus tapas se ensartaban

agujas de arria enhebradas, cuyo cáñamo se enroscaba en repetidas vueltas alrededor de sus extremos libres. Un ancho cuchillo de monte pendía del cinto de mi interlocutor.

Despachadas las cargas, atendidos los mil menudos quehaceres que quedan siempre para los últimos momentos de marcha, incorporado con los amigos José María Barriga y J. Justo Pabón, que me hacían el cariño de escoltarme hasta Rionegro, y dichos con las lágrimas en los ojos y la gratitud en el corazón mis postreros adioses a la bella y hospitalaria Medellín, di rienda libre a mi impaciente macho y a poco trecho me reuní con mi conductor, el grave Alejo, jinete sobre una fornida mula rucia.

Pasados los puentes de Junín, La Toma y Bocaná, la ciudad termina y se emprende la subida de Santa Elena. Tres horas empleamos en trepar esta pendiente y pedregosa cuesta, en cuya cima está la casa de un señor Baena, en gran parte incendiada recientemente por un rayo; con este accidente desaparecieron de sus paredes varios inte-

resantes recuerdos escritos por los viajeros, entre otros unos renglones del doctor Rufino Cuervo, otros del señor Juan Francisco Ortiz y los versos a Medellín de Gutiérrez González.

Este alto, que suelen llamar de *La Villa*, domina la ciudad y el bellissimo valle de Medellín. La ciudad, con sus techos rosados y sus blancas paredes, cuyos pies lame mansamente el Aburrá y adornan sus alrededores alegres quintas llenas de huertas y de jardines: el valle, verde y risueño, labrado y dividido como un tablero de damas, salpicado de bosquecillos, caprichosamente recorrido por los sesgos amarillos de sus caminos y los hilos argentados de sus aguas, y sobre cuya alfombra de césped y entre las brisas perfumadas de su dulce clima, se levantan, en diferentes direcciones y distancias, los blancos campanarios de Aná, Belén, Envigado, Itagüí, La Estrella y San Blas.

¡ Paisaje encantador, golpe de vista delicioso ! Lo contemplé con tristeza largo rato, recorriéndolo en sus pormenores como para fijarlos en mi memo-

ria, hasta que la voz de mi conductor me sustrajo de mi embeleso.

Al coronar la altura nos había invitado a que diésemos resuello a nuestras cabalgaduras, a cuyo efecto les había quitado los frenos y aflojado las cinchas, y a que tomásemos un trago por la felicidad de mi viaje, lo que hicimos poniéndole una buena posdata de bizcochos. Se trataba ahora de continuar la marcha, y me acerqué a la casa para pagar lo que se nos había suministrado.

—Ya pagó ño Alejo, me dijo la ventera.

—¡Hombre! dije a éste, esa no es volada corriente.

—¿Y por qué no? me replicó, en toda tierra el que convida paga.

—¡Vaya, me dije para mí, no es tan cicatero mi hombre!

Y antes de seguir camino volví por última vez los ojos sobre la ciudad.

«¡Adiós Medellín, la dije, adiós! te dejo con pena, y posible es que no vuelva a verte; pero si vuelvo, quiera el Cielo que no sea en son de guerra como en 1851.»

Di un paso adelante, y el espectáculo desapareció de mis ojos.

Doblamos el alto y bajamos la cuesta del Tambor, terminada la cual y pasados algunos arroyos y quebradas, seguimos por los llanos de Chachafruto y luego por los del Tablazo hasta llegar a las onduladas inmediaciones de la ciudad de Ríonegro.

Allí encontramos al doctor Laureano García, que me dispensaba la fineza de venir a mi encuentro para llevarme a su casa y hacerme pernoctar en aquella ciudad ya ilustre.

En las últimas horas de la tarde montamos a caballo y recorrimos el llano, las cuchillas y el cementerio, que fueron el campo de batalla el 10 de septiembre de 1851. Con el triunfo que obtuvo aquí el General Tomás Herrera sobre las fuerzas revolucionarias acaudilladas por el General Eusebio Borrero, terminó en corto tiempo la guerra en Antioquia; guerra que se anunció como poderosa, y apenas completó cuarenta días; que nació en Belén, cerca de Medellín, el 1.º de julio, perdió con el

convenio de Las Coles la mitad de su fuerza, y si cobró algún aliento el 7 de septiembre en Abejorral, fue para llegar al tercero día a la catástrofe de Rionegro.

Como holocausto en las aras de la discordia fueron aquí sacrificados los distinguidos jóvenes Pedro Londoño, Jenaro Barrientos, Telésforo Gómez y los humildes y valerosos jefes Alvarez y Vélez. Si el valor que desperdiciamos en las guerras civiles, pensaba yo, lo empleásemos en una exterior, podríamos repetir los grandes días del Bárbula y San Mateo.

Dicen que la ciudad de Rionegro es la antigua Arma, fundada en 1542 por Miguel López Muñoz. Es una población de 8,000 habitantes, de calles tortuosas y sin empedrar, y casas bajas y de estilo antiguo en su generalidad: su iglesia mayor es clara, espaciosa y sólida y en ella está colocado el reloj público; tiene también otras iglesias, hospital, espaciosa escuela primaria, buenos puentes sobre el río, Caja de Ahorros, y me dicen que sus buenos hijos

los señores Montoya y Sáenz le han regalado una imprenta. Su clima, casi frío, es saludable, produce bellas flores y los más exquisitos duraznos que yo haya comido. Es patria de Liborio Mejía, José María Córdoba y Juan de Dios Aranzazu.

En la pasada guerra los rionegreros se hicieron notables por su decisión en favor del Gobierno liberal, inquebrantables ante los esfuerzos que contra ellos se intentaron y ante el torrente de la opinión que en sentido opuesto se tenía como predominante en Antioquia. El haber llegado el General Herrera a esta plaza amiga, en donde los hombres y las mujeres compitieron en entusiasmo y eficaces servicios a su ejército, contribuyó en parte muy principal a la victoria que obtuvo.

Mi huésped, el caballero doctor García, no se limitó a darnos a mis compañeros y a mí la más generosa hospitalidad, sino que nos obsequió con una tertulia, en la que reunió gran parte de la selecta sociedad del lugar. La tertulia estuvo lucida: bailamos mucho,

muy sabrosos vales redondos, pasillos muy vistosos, contradanzas, y los que lo entendían lucieron su habilidad en la polca y en el bambuco. El buen humor subió de punto, y en el ambigú se dio orden general de que todo el mundo hablase en verso, empezando por Barriga y Pabón, que eran los de mayor graduación. Este par de jefes, que a su despejo de militares unían la gracia de genuinos cachacos, pidieron pie forzado y se les dio a *Rionegro*, palabra bien escogida porque tiene pocos consonantes. Barriga dio unas pocas vueltas a la copa y prorumpió:

En tan culta sociedad
Es tanto lo que me alegro,
Que al hallarme en otra edad
Y al tratar de tener suegro,
Hiciera viaje en verdad
Para buscarlo en Rionegro.
—¿En calidad de reintegro?

dijo Pabón:

—No, sino a perpetuidad,

completó Barriga.

—¡Otro !.... ¡Otro ! ¡Otro ! clamaron
damas y caballeros, y alguno dijo :

Aunque en un cerrero potro
Me hicieran montar en pelo,
No cambiara, voto al cielo,
Mi suegro por ningún otro.

Febrero 4—En tan agradable entretenimiento nos sorprendió el día; mas como mi traído Alejo ni había trasnochado ni entendía de estos desbordes, a las cuatro se presentó, caballero en su rucia y con mi *Cuesco* ensillado, lo que equivalía a tercer toque de marcha para él y para los dos. Por no caer de su gracia ni perder su compañía, me sometí; y refosilado el estómago y dado el último apretado abrazo al doctor García y a mis compañeros, a las siete salí de Rionegro.

Pasado por su puente cubierto de teja el río de la ciudad, sigue el camino por llanadas monótonas y cubiertas de helecho. Encuéntrase luego el pueblo de San Antonio de Pereira, de pobres y malas casucas, aunque conocido por su antigüedad y por los milagros de su santo patrono; se cruza el río del mismo nombre por un puente cubierto también de teja, y sucesivamente las quebradas de

Aguaclara, Guamito, La Espinosa y El Hato.

Desde esta última quebrada las serranías que paralelamente venían antes demarcando los dos lados del camino, se separan y ensanchan formando en su base hermosas llanuras y paisajes vistosos. Allí, en un vallecito de verde grama, rodeado en casi perfecta circunferencia por la alta y selvosa cadena de cerros, cruzado por las aguas rumorosas del río Pereira, ocupado por posesiones, labranzas, huertas, hatos y rebaños, alza el pueblo de La Ceja del Tambo su risueño caserío. A medida que recorría el valle y avanzaba hacia el pueblo, ¡qué aire de tranquilidad, de sosiego y de paz se respiraba! ¡Qué aspecto de paisaje fantaseado por el pincel o ideado por la égloga, qué especie de Arcadia me parecía encontrar! Ponía el oído para recoger los acordes de la zampoña o del caramillo, buscaba con la mirada las zagalas y los pastores, creía que aspiraba el ambiente de la albahaca y del tomillo.

Pasamos el río por un bonito puente,

descendimos con suave declive y entramos al pueblo.

Las calles, tiradas a cordel, cortadas en ángulos rectos, regadas por acequias de aguas vivas, separaban casas de tenujas evas y aseadas, coronadas las paredes de los solares que las dividían por innumerables rosas de madreSelva. En su despejada plaza se ostentaba, llena de limpieza y luz, su iglesia mayor; de las rasgadas ventanas de una hermosa escuela desbordaba la algarabía de los muchachos; ese y el ruido de las campanas que tocaban el medio día, eran los únicos que quebrantaban el pacífico silencio de la población. Era día de trabajo y la generalidad de los vecinos, agricultores o ganaderos, estaba en sus estancias: casi todas las puertas se mantenían cerradas, pero por algunas que se abrían sobre las salas, se podía percibir la figura patriarcal de un anciano que leía o de una matrona que se entretenía cosiendo.

En las afueras del lugar había otra iglesia y un modesto cementerio.

¡Cómo me gustó este pueblo! ¡Qué

bien quedara aquí un filósofo desengañado, que hastiado del diablo y de sus hombres quisiera vivir con Dios y su naturaleza!.... Se entiende si contaba con la congrua sustentación, porque de otro modo.... el hambre saca al cimarrón del monte.

Tentaciones me venían también, contemplando este sitio y este valle, de renunciar la andante caballería y hacerme pastor como el hidalgo manchego; pero al pasar del idilio a la realidad, fácil me fue vencerlas. Bastóme para esto recordar lo que es la vida de pueblo, con sus intriguillas lugareñas, sus chismes y sus rencillas; con la tiranía de sus gamonales, la trapacería de sus tinterillos, la torpeza de sus curanderos y la pedantería y los insoportables gracejos de sus mocitos de rompe y rasga. O corte o cortijo, enseña el refrán; y aunque refrán no sea razón porque para todo lo hay, en este caso expresa una verdad de a puño.

Mi compañero y yo íbamos con el trato estrechando nuestras relaciones: él era un hombre lleno de probidad y

de buen sentido, atento y servicial, más ortodojo que el cura, y conservador de tuerca y tornillo. Había trabajado mucho y observado mucho: conocía no sé cuantas especies de abejas y de hormigas, los nombres y las propiedades de todos los árboles, los de todos los pájaros, la calidad y los frutos de los terrenos, las vicisitudes de la luna, la posición de las estrellas, y en materia de semillas y sementeras, de crías y ganados, era consumado maestro. Su conversación era amena e instructiva, y yo lo que sentía era no poder escribir cuanto útil y sensato salía de sus labios. ¡Qué comparación entre todo el fondo de sus doctrinas y las frivolidades con que yo le salía! Después de todo, era un hombre benévolo, a quien tuve la fortuna de inspirar franqueza y que me cobró gran cariño.

Me notició que en este pueblo residían su suegra y sus cuñadas, a las cuales quería presentarme. Acepté su invitación, y nos dirigimos por una calle central a una casita recién blanqueada, con puertas y ventanas a la moderna,

en la que llamó mi compañero con tres discretos golpes; al momento el «prosigan» de ordenanza nos contestó, y las hojas de la puerta se abrieron.

En una salita blanca y limpia, perfumada por dos grandes mazos de flores, una joven fresca y ojinegra, de gruesas trenzas y bellos brazos nos recibió con la sonrisa en los labios y la curiosidad en los ojos: era la señorita Gertrudis. Poco después la señora Felipa, amable y jovial anciana, vino de refuerzo a su hija, y nos entretuvimos en animada conversación mientras se despachaba un cigarro, una taza de leche con arepa y algo de una mistelita que trascendía a mejorana.

Antes de continuar marcha me pareció de cajón obsequiar siquiera con una flor a mi graciosa casera; y escogiéndola de entre las macetas, se la presenté acompañándola con esta octava de un amigo mío, que escribí en calidad de improvisación:

Pláceme todo, porque todo es bello
Cuanto hay en ti: tus púdicos sonrojos,
Tu acento, tu magnífico cabello,
Los dos luceros de tus negros ojos,
La blancura de cisne de tu cuello
Y los corales de tus labios rojos;
Y en prueba de mi ardiente simpatía,
Toma esta rosa de la mano mía.

Del pueblo sigue el camino llano hasta repasar el río Pereira, que aquí se llama *Pereirita*, probablemente por estar en la infancia, y tomar la subida corta pero escarpada de Altopelado. Desde la cumbre, la mirada se dilata sobre los llanos de Chachafruto, Tablazo, Rionegro, Marinilla y el de La Ceja, que se extiende al pie; cierran las lejanas montañas azules el horizonte de este vasto cuadro, lleno de pormenores primorosos y de golpes de luz y de sombra según los accidentes del terreno.

Al doblar el alto dimos con una casa en donde la popularidad de Alejo nos hizo detener, en justa correspondencia al cariño con que los caseros se informaban de su salud y de la de su familia. Mientras hablaban, otra señora se

presentó con dos grandes tazas, y ofreciéndome una de ellas, me dijo:

—Cabayero, bóguese este clarito, que tendrá sed.

—Con mucho gusto, le contesté, mil gracias.

—Eyo sí, por la buena voluntad.

Llaman *clarito* a la parte líquida de la mazamorra de maíz.

Un chicuelo, entre tanto, que había tenido los ojos tiesos sobre mí y que se había fijado en la espada que cargaba al cinto, replegó hacia una fornida serrana que apenas daba el perfil en el marco de una puerta, y la dijo en voz recatada:

—¡Hola! este como que es melitar.

—Chito!!.... dentrate pa acá.... no vaya a ser mal intencionao.

Seguimos por la quebrada, casas, cuesta y alto de *Pantanillo*, y luego por los altos, bajos y resbaladeros de *La Hondita*. Emprendimos la suave bajada de *Las Piedras*, en cuyo trayecto veíamos bonitas casas de paja en la cumbrera y teja en los aleros, extensas sementeras y gentes ocupadas en las fae-

nas campestres; pasamos el hermoso río del mismo nombre por un puente techado de paja, y subimos la opuesta orilla hasta llegar al alto.

Más adelante unos cincuenta trabajadores reunían sus esfuerzos para rozar un terreno, y mi compañero me dijo que esto se llamaba un *convite*. El que quiere hacer con presteza una casa, una sementera, una rocería, etc., convoca para determinado día a sus vecinos, les proporciona desayuno y almuerzo, natilla, aguardiente y tabacos para los intermedios y al fin les sirve la comida, y ellos en cambio trabajan con ahinco hasta el medio día y nada más. El *medio día* es la hora de comer, y como ésta la determina el que los invita, resulta que no llega hasta las 5 de la tarde; estos convites, que en el Cauca llaman *mingas*, se usan desde el tiempo de los aborígenes.

La subida de *Las Colmenas* concluyó nuestra jornada, y en el alto y en la casa de su nombre pernoctamos.

Me había tendido en un banco prometiéndome sosegado sueño; mas no

había contado con un par de compadres que se habían apoderado de la vela y de una mesita y se descamisaban a los dados. Yo ya roncaba cuando me despertó el ruido de un altercado que se suscitó entre ellos: el uno voceaba como energúmeno y el otro le replicaba con cachaza, y fue su diálogo subiendo en el diapasón hasta que llegó a este punto:

—Pero, compadre, decía el cachazudo, ¿cómo quiere arrastrar mi parada cuando se la había barajado?

—Se la barajaría a la grandísima.. y se desbocó en un torrente de desvergüenzas que no pudo terminar, porque en lo mejor de ellas la mano de su compadre le cayó como una maza y le hizo trastabillar hasta el pie de mi banca.

Medio aturdido y palpándose el cuerpo en busca de una arma, quiso rehacerse y apostrofó:

—¡Mato a este bandido....! ¡a este ladrón!.... ¡sin falta!

Y dirigiéndose a mí, que me había sentado en mi cama, añadió:

—Sírvame usted de testigo de la trompada que me ha pegado.

—Y de las demás que te faltan, repuso el otro largándose sobre él.

Alejo y yo abandonamos nuestros lechos e intervinimos para restablecer la paz y para que se nos dejase dormir, lo que conseguimos bien tarde, adoptando por última medida la de disparar un botín sobre la vela e interponer la oscuridad entre los contendientes.

Febrero 5.—Salimos de *Las Colmenas* desayunados con una enorme taza de chocolate de harina y un gran vaso de la deliciosa agua que allí se toma. El titulado chocolate apenas conservaba reminiscencias de tal, pues según la fórmula que para prepararlo al uso popular antioqueño me suministró la señora, sus ingredientes se combinan en esta proporción: una libra de cacao, tres de panela y cuatro puchas de maíz: la pucha es lo que se abarca en las dos manos abiertas. Para *bogarse* este chocolate en regla, Alejo reclamó el *canalete*, o sea la cuchara de totuma.

Terminada la bajada, rápida y resbaladiza, que conserva el nombre de *Las Colmenas*, emprendimos la que desciende hasta el río de *El Buey*.

Este caudaloso río, de corrientes ruidosas y aguas acaneladas y espumosas, labra su cauce entre el estrecho asiento de las dos cuestas, formando, ya profundas charcas llenas de remansos y remolinos, ya angostos chiflones en donde el agua rueda a tumbos sobre grandes piedras y se estrella contra el pardo peñón de sus orillas.

Cuando llegamos a su margen, Alejo echó pie a tierra, se recostó sobre su montura y se sumió en honda cavilación.

—¿Y cómo pasamos este dragón? le dije.

—Hum.... refunfuñó él, pues ¡quién sabe!

—¿No tiene puente?

—Se cayó.

—Busquémosle vado.

—No lo da.

—Pasémosle a nado.

—Nos enguelle un remolino.

—Pues no me ocurre otro sistema.

—Ni a mí tampoco.

Alejo me dejó inspeccionando las cargas y se puso a recorrer la orilla, pri-

mero hacía abajo y luego hacia arriba. De pronto me gritó:

—Hay otro sistema: véngase para acá.

Acudí y hallamos tres varas recientemente cortadas del monte, desiguales, nudosas y flexibles, que salvaban el río, tendidas entre dos peñones; debajo hervían las aguas y a los lados se abría el vacío, pues no había baranda ni pasamano.

Este sistema era el de la maroma.

A falta de otro algo era él, y nos propusimos sacarle partido.

Mi proposición fue ésta: que montando uno en la vara central y apoyando las manos en las laterales, se deslizase hasta el otro lado, llevando rejos para establecer pasamano, atesando esos rejos entre dos estacones que al efecto había en las dos orillas.

—¿Y quién le pone el cascabel al gato? ¿quién es el que se desliza? observó Alejo.

—Usted, le dije con la mayor frescura.

—¡Ni por pienso !.... se me desvanece la cabeza....

—Entonces seré yo : amárreme a la cintura los rejos de las cargas, con eso caigo me cobra usted y no me deja ahogar, y si paso queda la cuestión resuelta.

Deliberábamos sobre la ejecución de este designio, cuando la Providencia nos deparó un ágil mocetón que nos sacó de dificultades. El extremo de una de las tres varas lo levantó cuanto más fue posible y lo amarró en un estacón, y apoyándose en esa vara que iba en plano inclinado, pasó por las otras dos; hizo igual operación en la opuesta orilla con el otro extremo de la misma vara, con lo que quedó firme el pasamano, y con su auxilio pasamos Alejo y yo. Pasó él luego a espaldas las cargas, monturas y aparejos, y en cuanto a las bestias, las condujo nadando, una por una, con el mayor cuidado.

—¿Qué le debemos por su trabajo? le preguntamos.

—Ahí serán cuatro *tomines* por los ocho viajes.

Lo que significaba que nos pedía un peso sencillo, el que le dimos de mil amores.

Es éste el único río notable que he encontrado en Antioquia desprovisto de puentes, y se me explicó que lo tenía muy bueno, pero que el río lo había destruído en una de sus recientes avenidas.

Trepamos una empinada y gredosa subida; luégo la cuesta hasta el alto de El Roble; después la bajada, la quebrada y la subida de Santa Catalina: en seguida la bajada, la pequeña quebrada (por entre la cual se camina largo trecho), la subida y el alto de Las Dantas. Abrese aquí, hacia la derecha, la pésima vereda de El Bizcocho, que se junta con el camino común en el paso del río de El Buey. Sirvió esta vía al ejército del General Herrera para dirigirse a Rionegro al fin del combate de Abejorral; y pueden calcularse los azares y las angustias a que se vio sujeto cuando, de noche, lloviendo, sin conocer el camino y creyéndose perseguido por el enemigo, rodaba, con el desconcierto de

una retirada, por semejantes breñas.

Síguese la subida, alto y bajada de El Chagualo. Desde aquí se ve el pueblo de Abejorral, situado en un terreno sembrado de verdes colinas y en el asiento de suaves declives. Las serranías le rodean y las aguas y los bosques amenizan la perspectiva.

Continuamos por la bajada, quebrada, molino y alto de Las Yeguas, descendiendo hasta el alto del Tusero.

Desde este punto hasta el pueblo tuvo lugar, el 14 de abril de 1831, la primera batalla de Abejorral. Desterrados de Antioquia por los secuaces del Gobierno intruso de 1830 el Coronel Salvador Córdoba y otros cuatro ciudadanos, fueron entregados en Nare al Teniente Bibiano Robledo para que los condujese a su destino. Unidos conductor y presos, desembarcaron en San Bartolomé, revolucionaron el cantón del Nordeste, maniobraron sobre Medellín y por un movimiento de flanco atacaron y dispersaron, el 13 de abril, la fuerza estacionada en Abejorral. Atacados a su vez en la mañana el siguiente día por el Co-

ronel Carlos Castelli, obtuvieron completo triunfo, y capturaron en La Ceja a Castelli, a quien después remitieron a Bogotá, en donde escapó de ser fusilado. No esperaba el mismo desenlace al benemérito Coronel Córdoba ni a su compañero Robledo: diez años más tarde se le inmoló con otras cinco víctimas en los escaños de Cartago.

Abejorral es un pueblo grande, de buenas casas de teja o de teja y paja, según las sinuosidades de su suelo; ni todas sus calles son rectas, ni todas empedradas, y por varias de ellas corre el agua en acequias; su plaza es espaciosa y la cruza un buen acueducto, que se presta para construir una fuente en su centro. Su iglesia tiene agradable fachada, pintada de rosado, con tres puertas y una torre; tiene también escuela pública y cementerio.

El clima de Abejorral es frío y saludable y sus terrenos tan feraces, que sus frutos bastan para el abastecimiento de un extenso radio de consumo. Como en todo país propio para la agricultura y poblado por gente industrio-

sa, hay en él buenas haciendas y familias acomodadas. Me complacía el aspecto de sus moradores, dignos representantes de la hermosa raza antioqueña. Mujeres altas, robustas, frescas, de excelentes colores y formas desarrolladas; hombres de gran talla, membrudos, esforzados, de barba cerrada y recia dentadura, y todos gente despierta, ágil, emprendedora, refractaria a la mugre y a la pereza, esas dos plagas de las tierras trías.

A la salida de Abejorral se encuentran las faldas dominadas por el pueblo al lado izquierdo y por los altos de *Purima* y *Las Letras* al derecho, en donde combatieron los ejércitos de los Generales Herrera y Borrero el 7 de septiembre de 1851. Todavía no me explico por qué los antioqueños no obraron como vencedores en ese día, a pesar de su superioridad en fuerzas y posiciones: falta de dirección, falta de fe, falta de tenacidad....eso que a los mismos hombres los hace aparecer en una ocasión como personajes y en otra como nulidades.

Hubo un tiempo en que Abejorral se mandó llamar *Mesenia* y *Sonsón Arcadia*;...aficiones clásicas de los viejos. Hoy también los mozos adolecen de aficiones románticas.

Pecaría de desagradecido si omitiese que en Abejorral me recibió en su casa, y en ella me dispensó las más finas atenciones, la excelente señora María Dolores Carmona.

Febrero 6—Por oír misa y dar cebada ninguno perdió jornada, dijo mi patrona presentándose con su pañolón puesto y los libros en la mano para invitarme a que la acompañase a la misa a que a la sazón llamaban las campanas de la iglesia. Tuve mucho gusto en complacerla, aunque no era día feriado, porque no soy descreído, y oí una misa bien dicha por un respetable eclesiástico que, ni la farfulló como algunos clérigos urgidos que parece quieren salir del paso atropellando lo que no suprimen, ni se ranchó en el altar, fastidiando a las gentes que tienen que hacer, como otros petacones que parecen más cargados de sueño que de devoción.

En Antioquia hay apenas los eclesiásticos indispensables para el servicio, y es la única parte que yo conozca en la República en donde, fuera del Conventico de monjas de Medellín, no hay ni un convento ni un cuartel. Según el censo levantado en 1851 entre los 244,442 habitantes que tienen las tres provincias en que se ha dividido Antioquia, sólo hay 124 eclesiásticos y 21 religiosas.

El pueblo antioqueño me parece creyente, pero no lo he hallado supersticioso, ni gazmoño, ni dado a las nimias prácticas de una piedad intempestiva. Tiene por lo general (no sé si haya excepciones) buenos párrocos, que propenden al adelanto de sus parroquias, viven dando buen ejemplo con su arreglada conducta y se concilian el respeto y el afecto de las poblaciones. En resumen: no creo que el embrutecedor fanatismo sea vicio que se pueda enrostrar a los antioqueños, y ojalá que nunca se les pueda enrostrar tampoco el contrario, que los desmoralizadores disfrazan entre otros nombres con el de

despreocupación. Los males del abuso de la religión no se remedian con renegar de ella.

Seguimos de Abejorral pasando la quebrada *Chorro-Hondo*, la cuesta, la quebrada y el alto de *San Antonio*, y la bajada del *Erizo*. Al pie de ella, Alejo me señaló dos bonitas casas; daba la una frente al camino y con ella formaba ángulo recto la otra. «Esas casas, me dijo, son tuyas y mías.»

Bien podía haberlo callado, pues desde que de las casas fuimos vistos, sus frentes se llenaron de chicos que gritaban: «¡Padre!, ¡Padre!» Y rebotando de alegría vinieron corriendo a nuestro encuentro, seguidos de una larga escolta de perros, gatos, gansos, patos, pavos, gallinas, palomas, una yegua con su cría y una vaca con la suya, que cerraba la marcha a paso grave sin dejar de rumiar y de azotarse con la cola. Se conocía que todos estos seres vivían en familia, formando una sola comunidad.

Cuando se reunieron con nosotros, los chicos tendieron su blanca frente a Alejo, pusieron rodilla en tierra y prorrumpieron a una:

—¡Alabado sea Dios! Buenos días, padre. ¿Qué tal viene su merced?

Alejo refrenó su bestia, dio su bendición a los muchachos con la gravedad de un Obispo, y les repuso:

—Por siempre sea alabado. Bien, hijos; ¿y por acá cómo están todos?... Saluden a este cabayero.

Y siguieron dando piruetas alrededor nuestro con el susodicho acompañamiento, hasta que llegamos procesionalmente al plano que servía de patio a las casas: allí nos esperaba la dueña de casa con el nené en los brazos, sonrosadas las mejillas por la emoción, pero dando a su continente el aspecto austero del jefe que manda una plaza.

En su presencia, Alejo saltó a tierra, recibió en su mano encallecida la redonda y blanda de su esposa y entre los dos se cruzó un saludo que expresaba tanto cariño como respeto.

Hízose luego mi presentación oficial, y con ella quedé reconocido como amigo de la casa.

La esposa de Alejo se llama Ana María Ramírez: es una hermosa mujer de

unos treinta años, cabellos negros, aire de formalidad, estilo autoritario cuando dispone, afable aunque concisa cuando conversa; hacendosa, vigilante, metódica; más al corriente que su marido en los negocios de éste, negocios cuyo giro y contabilidad lleva en la cabeza sin que olvide un pormenor, equivoque una fecha, ni en un saldo rebaje un cuarto. Ha dado a su marido ocho hijos, todos varones, todos sanos, todos enseñados por ella a leer, rezar, hacer oficio y portarse bien.

Ya permutaran con Alejo más de cuatro señorones sus marquesas, entecadas, inútiles, exigentes, plagadas de requisitos y de resabios y.... aquí son buenas las *et céteras*.

Los renuevos que ha producido este matrimonio nada tienen de notable en Antioquia, en donde las gentes se casan apenas llegan a la edad núbil, donde las mujeres son muy fecundas y donde es muy leve la desigualdad de la cifra de mujeres y de hombres. Según los datos del citado censo de 1851, por 67,635 personas casadas hay 55,139 solteras,

FAES
Biblioteca

y por 123,283 mujeres hay 121,159 hombres. En cuanto a movimiento de población es tan notable, que el dicho censo comparado con el de 1843 da en los ocho años 54,908 de aumento.

Conozco en Envigado un matrimonio, el del señor Bautista Uribe y la señora María Antonia Soto, que ha tenido treinta y tres hijos varones y dos mujeres, todos criados por la madre. Vive en buena salud la señora Antonina Ochoa, madre de aquella señora, y sería interesante contar su descendencia, pues los hijos de su hija no solamente están a su vez llenos de hijos sino que tienen nietos.

Juan de Dios Restrepo (Emiro Kastos), joven que espero sea uno de los hijos ilustres de Antioquia, dice hablando de sus paisanos: «La moralidad de sus costumbres débese también a la pasión que tienen por la vida de familia y a lo popular que entre ellos es el matrimonio. Sobre todo en las parroquias, las aldeas y los campos, todo hombre pobre o rico se casa apenas cumple diez y ocho o veinte años.»

Era mi designio llegar ese día a Sonsón; mas fue tan sincero el deseo que me manifestó mi compañero de que pasase un día en su casa, que no me hice de rogar y acepté agradecido su cariñosa hospitalidad.

De sus dos casas, cuidadosamente barridas y en las que todo pregonaba aseo y orden, la principal estaba destinada para habitación y la accesoria para depósitos, graneros, cocina y demás dependencias domésticas. Me instalé en la sala, amueblada con mesas y bancas, adornada con vitelas y comunicada con las alcobas laterales por puertas veladas con cortinas.

Fui para los muchachos objeto de curiosidad, y mientras sus padres departían sobre sus asuntos serios, ellos me recibían la visita, y poco a poco fueron haciéndose comunicativos; me tocaron los intermedios, porque los mayores andaban por la labranza y a los últimos se les reservaba en la cocina. Eran antioqueños de pura raza, pichones de andariegos y descuajabosques, movibles, preguntones, positivistas, atentos a los

arreos del galápago, a la forma de los estribos o a las hebillas del freno, más que a las baratijas de mi uso con que ensayaba distraerlos.

La casera se esmeró en la comida, la que temprano se me sirvió en la sala, y más tarde salimos a recorrer la posesión. Compónenla unas cuantas fanegadas de tierra labrantía, que rinde buenas cosechas de trigo y de maíz; algunas bestias escogidas de flete y acarreo con que trafica el dueño en persona; media docena de vacas gordas, cuya leche convierte la casera en quesos y mantequilla; varios cerdos que contraen méritos para el matadero, y el surtido completo de volatería que ya conocemos.

Fuera de los productos de su finca, Alejo allega lo más que puede, en lo que le ayudan su mujer y sus hijos, porque en este pueblo, en que son innatos el instinto de los negocios y el espíritu de especulación, todos emprenden y todos buscan. Alejo compra, transporta y revende frutos, desempeña comisiones, tiene participación en varias compañías.

Otro rasgo antioqueño es el espíritu

de asociación, compañero del de especulación. Aquí todos se asocian, parientes o extraños, ricos o pobres, hombres o mujeres, para lo grande como para lo pequeño, lo mismo para importar mercancías o explotar una mina que para hacer una sementera o poner una pulpería. Así multiplican sus medios de producción, puesto que a un tiempo hacen valer en diferentes empresas dinero, propiedad, industria y crédito.

¡Qué gran pueblo! dirá cualquiera; y es la verdad. Algo le falta: afinarse un poco más, instruirse un poco más.... ¡qué se yo!

Por la noche estaba la familia plena y se congregó en la sala. ¡Qué cuadro de vigor, de moralidad, de bienestar; y todo natural, todo modesto!

Y para no empalagar más con las descripciones, vamos a dormir en la limpia cama que se me ha preparado, también en la sala.

A soñar con aquel par de ingratas.... ¡Ellas se lo quisieran!.... A dormir el estropeo.

Febrero 7—Recibiendo de la familia de Alejo los más afectuosos adioses en cambio de mis expresiones de agradecimiento por las atenciones que me habían dispensado, y acompañado por él y por Polo su primogénito, reanudamos nuestro camino.

Tras la bajada, quebrada y subida de Quebradona que termina en el alto de Carrizales, emprendimos la bajada de este último nombre que conduce al río Aures.

Agreste y bello es el paisaje que presenta la profunda cuenca en cuyo fondo corre el río. El bosque profundo que viste las contrapuestas serranías que la forman, a medida que ellas en su base se aproximan, va él decreciendo, de manera que sobre los muros de roca que encajonan la corriente del río, son zarzas, juncos, helechos y carrizales los que de una y otra orilla proyectan sus flotantes ramas, que mecen las brisas y retratan las aguas. El rosado tejado del puente, que a una altura considerable salva el río, se destaca gracioso en medio de ese horizonte de verdura; y

el sordo, incesante mugido de la corriente llena aquella imponente soledad.

Cruzado el puente sigue la larguísima subida hasta el alto de Capiro, que domina a Sonsón. En su promedio hay una casa en una planicie engramada, especie de descanso de aquella enorme escala, en donde dimos resuello a las fatigadas bestias y enjugamos el sudor que nos empapaba. Esta parte se llama Las Llanadas.

Descansaba yo de largo sobre una banca y saqué el reloj para ver la hora: una muchacha, ayudante de la ventera, que me observaba, me dirigió la palabra:

—¿Con eso es con lo que ustedes adivinan?

—Sí, mi hija, ni más ni menos.

—Pues adivíneme una cosa...

—¿Será por dónde anda cierto perillán?

—Eyo siempre no: otra cosita....

—¿Será si me gustas?

—¡Mírenlo!... ¡Como si una fuera...!

—Pregúntala entonces.

—Bueno: dígame, ¿en dónde está el buey Toronjo que se perdió?

—¿Y cuánto pagas?

—¡Tan interesao!... ¡No le pega!

—Al buey Toronjo se lo almuerzan los gallinazos.

—¡Tiita (exclamó asustada, dirigiéndose a la ventera): conque se murió el buey!.... ¡Qué dirá D. Eligios!

Y lo dio por hecho la candorosa muchacha: para tranquilizarla terminé como los oráculos:

—Se lo almuerzan cuando se muera; por ahora, si lo encuentran parecerá.

De otro empuje dominamos el frío y ventoso Capiro, desde donde en un horizonte de altas montañas y en la intrincada y escabrosa reunión de sus contrafuertes, se divisan las largas y quebradizas calles de Sonsón.

En las márgenes del Aures que acabamos de dejar, el calor del sol y de la temperatura nos hacía transpirar en abundancia, y ahora el viento y las nieblas del Capiro casi nos entumecían las manos; tan rápidas así son las transiciones en este país, eminentemente mon-

tañoso. Con razón me decía mi conductor que en todas estas comarcas no había dónde amarrar un gallo sin que quedase colgando.

Al cabo de un corto descenso llegamos a Sonsón, en donde me acogió bajo el techo paterno el señor D. Gregorio Gutiérrez González.

Volvía a ver en su propio hogar, en el seno de su familia, al lado de sus padres, de sus hermanas, de su esposa y del primer renuevo de su amor, al amigo a quien tanto habíamos querido en el colegio, y a quien por su organización sensible y fina, exceptuábamos quizá únicamente del régimen de ruda franqueza y de implacable burla de aquella vida retozona y atolondrada.

A un gran talento, a un corazón honrado, unía Gutiérrez rica imaginación, trato jovial, y cierto olvido de sí mismo, cierto recato, cierta cortedad que, como un velo de gasa, se extendía sobre sus cualidades para hacerlas más simpáticas. Era un alma apasionada, pero pública; independiente, pero blanda; expansiva, pero discreta.

Gutiérrez era un buen compañero, que en todo seguía nuestra suerte y estaba sometido a nuestras comunes vicisitudes; pero sin que él se diese cuenta de ello, gozaba de un prestigio que todos acatábamos: era un ave canora que se nos había revelado desde sus primeros gorjeos, un poeta precoz, un destino en que intuitivamente presentíamos algo del Tasso.

En efecto: en aquella edad casi adolescente, en aquella época apenas rudimentaria, entre aquella atmósfera de inquietud y veleidad, cantar, y cantar de un solo arranque *Mi muerte* a Matilde, *Una lágrima*, *La desgracia*, *A un niño expósito*, *Super flumina Babylonis*, *Poesía*, *A una calavera*, *Al diablo*, *Coquería*, *Tu ramillete*, *Una visita*, era adelantarse a su generación, ser maestro desde el primer ensayo, tener genio, ser poeta.

De los claustros del colegio, de ese almácigo de donde después resulta, al trasplantarlo a la sociedad, toda especie de vegetación, desde la hortiga inútil y el manzanillo maléfico hasta el mirto sa-

grado y el victorioso laurel; de esos claustros de grato recuerdo, cada cual salió a cumplir su vocación, a arrostrar su suerte:

¡Quién será de los sabios de la tierra
El que rumbo señale a su destino!
¡Quién a sus pasos marcará camino
Por el caos fatal del porvenir!

Gutiérrez regresó a su provincia y, ajeno a toda ambición, queriendo esconder la luz debajo del celemín, se acogió a la sombra de su pueblo, y a su abrigo buscó su compañera y formó su nido. Casó con la bella señorita Juliana Isaza, a quien él, siempre poeta, llama *Sulamita*.

Es hijo del señor José Ignacio Gutiérrez y de la señora Inés González, hermana de la señora María Antonia González, madre que fue del almirante Aranzazu (Juan de Dios). Tiene tres hermanas: la señora Carlota, esposa del señor D. Valerio Isaza, y las señoritas Juana y Bárbara.

Creo que Gutiérrez González nació en jurisdicción de La Ceja del Tambo,

en 1827, y que hoy, por consiguiente, tiene veinticinco años.

Gutiérrez al par del más fino trato, tuvo la condescendencia de franquearme el libro en que guarda originales sus versos. Es un bello volumen en 4.º, escrito con limpieza y adornado con viñetas de su propio puño, pues reúne al numen del poeta las manos del artista: conservo un primoroso utensilio, obra de talla suya, que me regaló para memoria de la visita que le hice.

Para los dos, sus versos tenían doble interés, nos retrotraían a épocas pasadas, embellecidas ya por el recuerdo: así era que a cada estrofa venía un comentario, ya repasando un suceso, ya evocando un amigo; tan pronto entristeciéndonos con las amarguras, como riendo con las alegrías de entonces. Y como reflexionábamos que cuando esto hacíamos empezábamos a vivir, los acontecimientos estaban aún recientes y los amigos iniciaban apenas su destino, comprendíamos cuánto aumentaría de valor todo esto cuando el tiempo pusiese su sello definitivo sobre los re-

sultados de los hechos y la suerte de los hombres.

¡ Con razón, decíamos, que los viejos echen tanto de menos sus mocedades !
¡ Con razón que les parezca tan insulsa y descolorida la realidad del presente, viendo el pasado al través del prisma de los recuerdos !

¿Y nosotros llegaremos a ese estado?
¿Alcanzaremos la madurez? Si hasta allá vamos, ¿por cuántas averías, por cuántos desengaños tendremos que pasar?

De eso no hablemos, decía Gutiérrez, esos son romanticismos; se alquila la casa con sus goteras.....

Sonsón es un lugar importante, que no tardará en subir a rango de ciudad, porque en Antioquia es rápido el incremento de las poblaciones. Las tierras para su fundación me dijeron que se habían repartido en 1804, y que el único párroco que habían tenido, el presbítero D. José Tomás Henao, había fallecido pocos días hacía, llorado por todos sus feligreses. Cuarenta y a ocho años, pues, han bastado a Sonsón para ser lo extenso y poblado que hoy es.

Merece especial mención su nueva y elegante iglesia, que sobre un atrio espacioso levanta su gran fachada de tres puertas, rematando en un elevado campanario, en su centro, y en los costados de él una hermosa balaustrada. Entre el campanario y la puerta principal está la abertura circular que espera la muestra del reloj público que se ha pedido.

Calculé que midiese la iglesia 75 varas de longitud sobre 39 de anchura. Su elevado artesonado, que forma tres naves, se sostiene sobre veintidós pilares o sean columnas de madera, de dimensiones bien proporcionadas y formado cada uno por un solo trozo de árbol, sin remiendo ni ensambladura. Se escogió para este servicio el *quimulá*, árbol de madera compacta, fuerte y duradera, y que llega a tal altura, que me aseguraron haber medido uno que alcanzaba a 75 varas.

Una airosa cúpula sobre la nave central, veintiocho grandes ventanas y una enorme puerta lateral, dan luz a la iglesia, en la que hay solamente tres lata-

res, estucados y de buen gusto, uno a la cabeza de cada nave.

Como este día era domingo, concurrí al abundante y bien distribuído mercado que se ofrece en la plaza principal, lo que me proporcionó motivo para fijarme en lo sano y vigoroso de la constitución de la generalidad de los habitantes de este lugar, entre los que no escasean las hermosas mujeres y los hombres de tipo más distinguido cuanto más varonil.

Los sonsoneños y los demás habitantes del cantón Salamina son notables, además, por dos cualidades: su fortaleza y maestría en las faenas del campo, de manera que admiran sus labranzas y habitaciones en las cumbres de las montañas que descuajan, o en lo profundo de los senos en cuyas arenas buscan el oro; y lo aptos que son para el servicio militar, para el que los prepara su vida acostumbrada a la intemperie y el manejo de las armas con motivo de la caza que abunda en sus bosques.

Pero algunos de entre ellos tienen su lado flaco (me añadía un individuo detrás de su mostrador), dimanante quizá de la misma independencia de su género de vida: son propensos a la riña y al juego. Cuentan que se les ha visto en un combate tender la manta una hilera y decirse unas cuantas paradas mientras la otra sostenía el fuego.

Andaba yo curioseando el mercado y me detuve en una esquina de la plaza. Un sujeto montado en una mula se me abocó y tuvimos esta conversación:

—Buenos días, señor.

—Que los tenga usted muy felices.

—¿Es usted caucano?

—Para servir a usted.

—¿Trajo usted cacao?

—Un poco.

—A cómo me lo da?

—¿A cómo me lo paga?

El individuo aparentó reflexionar, y como quien se resuelve a una gran cosa, me dijo:

—Se lo pago a.... cuarenta pesos.

Yo, que una de las muchas cosas que ignoro es el precio de ese grano, creí

que el marchante se contentaría con ganar diez pesos en carga, y para imposibilitar el negocio le repuse:

—No lo doy menos de a sesenta.

—¿Cuántas cargas tiene?

Me vi atrapado y eché por copas.

—Trescientas tres.

—¡Trescientas tres!..... ¿Y qué diablos piensa hacer usted aquí con trescientas tres cargas de cacao?

—Entre otras cosas pienso hacer diez y ocho mil y tantos pesos.

El sujeto picó su mula y se marchó diciendo:

—Me parece que ni usted ni yo nos pondremos en esa suma, ni en cacao ni en plata.

—¡Quién quita!.... ¡nadie está libre de una mala hora!

Esto me hizo recordar una ocasión en que una partida de mozos regresábamos a Bogotá de fiestas en tierra caliente y subimos a Barroblanco ya sin un cuarto ni un cigarro. Venía con nosotros el Capitán Antonio Herrera, quien acosado por la necesidad de fumar, cuando llegó a la venta, a la cabeza del

pelotón, en tono de protección exclamó:

—¡Ohhh, p-troncita!.... ¿Qué cosas buenas tiene de venta?

—Hay de todo, señor; pida.

Ella creyó que iba a realizar toda la tienda.

—Los tabacos ¿qué tal están?

—¡Superiores!.... secos.... curados....

—Pues....regáleme uno.

Como sucede en casi todas las poblaciones antioqueñas, hay en Sonsón contados apellidos, que llevan los millares de sus habitantes: así es que, a ojos cerrados, se puede llamar a cualquiera que allí se necesite, diciéndole: Jaramillo, Henao, Londoño, Botero o Alvarez. Esto prueba, por una parte, lo nuevas de esas poblaciones, y por otra, que en ellas los enlaces matrimoniales se verifican entre próximos parientes, circunstancia que, según afirman los entendidos, es perniciosa en la propagación de las razas. Algo habrá en ello cuando, fuera de lo que digan la experiencia y los doctos, el derecho ha enumerado entre los impedimentos dirimentes para las nupcias el parentesco hasta ciertos grados de consanguinidad.

Es cierto que, remontándonos a los orígenes del mundo por la relación mosaica, todos los hombres somos parientes, como hijos de los que nos embromaron en el paraíso o de los que se sobreaguaron en el arca. Es innegable que algunos rasgos característicos patentizan nuestro parentesco universal, pues lo que nos enseñaron Caín, los hijos de Noé, los gemelos de Isaac, los hermanos de José y otros de nuestros comunes progenitores, es lo que hemos seguido practicando en todos los tiempos y bajo todos los climas, los hombres con los hombres y las naciones con las naciones.

Pero ¿quién se mete a desenredar esas antigüedades? Queden ellas para amenizar el *spleen* de los ingleses arrendados o de los maniáticos alemanes, y nosotros volvamos a Sonsón.

Permítaseme otra digresioncilla: soy tan escrupuloso. He cargado en cuenta a la especie humana cierta transmisión hereditaria que puede no hacer su elogio: para saldar tengo que hacerle un abono. Ella, en sus ratos desocupados, ha

sacado partido del soplo divino que la anima, y ha inventado desde el alfabeto, la numeración y la moneda hasta los fósforos y las plumas de acero:.... sin contar las pelucas y las tenazas para arrancar muelas.

En materia de invenciones la humanidad no ha hecho muchachadas ni procedido con precipitación: se ha tomado hasta ahora 5,885 años, y Fulton y Morse son de ayer, y el mundo es lo más viejo que hay en el mundo.

Hasta Sonsón llegaba el compromiso del amigo Alejo, y aunque me instó para que le permitiese prorrogarlo hasta conducirme a Salamina, temí abusar de su benevolencia, y únicamente le rogué me buscara buen relevo. Así lo hizo y nos despedimos con un estrecho abrazo, encareciéndome que cuando volviese a Antioquia le avisara para salir a mi encuentro con sus mejores bestias, incluso el famoso *Cuesco*, si hasta entonces no habían mejorado los aficionados la insuficiente propuesta de cuatrocientos patacones con que se lo querían sonsar.

Febrero 9—Seguí mi derrota para Salamina sobre un caballo overo, en compañía de un hombre agigantado, verdadero Goliat, de guedejudos cabellos, tupida barba y belloso cutis, que servía de arriero para las dos mulitas de mi equipaje. Era el tipo del vigor físico, y me parecía que podría cargarse una mula sobre cada hombro y caminar todavía con desembarazo.

Desde que nos encontramos solos siguiendo las escabrosidades de este rugoso camino, la necesidad de la conversación me indujo a romper el silencio y a sondear a mi hombre. Le ofrecí un trago, y no bebía; un puro, y no fumaba; le indagué por su mujer, y no la tenía; le hablé de la guerra, y era pacífico; de las sementeras, y era minero; de las minas, y las había abandonado; era hombre de monosílabos, naturaleza negativa, bola de jabón inasible. Resolví no contrariar su genio, y continuamos avanzando sin desplegar los labios.

Pero el silencio no se ha hecho para mí: me desazona, me hastía, me enferma.

Recuerdo que en la Portería del Convento de San Diego de Bogotá, había un cuadro que representaba a un monje de fisonomía severa, con el índice sobre los labios y al pie la palabra *silencio*. Cuando con otros estudiantes invadíamos esos claustros tétricos para saquear en su celda al bondadosísimo Padre Benjumea, nos parecía que aquel monje imponente se desprendía de su marco y venía tras nosotros para increparnos la profanación que cometíamos: y al salir por frente de él enmudecíamos, bajábamos la vista y nos deslizábamos presurosos como para escapar de su justo enojo.

Y recuerdo también que una vez, en un buque inglés, pasé tres días con sus noches sin atravesar palabra con alma viviente: me hubiera echado al agua si no hubiese dado con una señora limeña que se hallaba en la misma extremidad.

Hay ocasiones en que se apetece el aislamiento, y el hablar cuesta un esfuerzo que mortifica; horas de fastidio en que está el alma anublada, oprimido el corazón, pesada la cabeza; pero

ese silencio, que entonces es voluntario, y al que ponemos término cuando queremos, es nuestro y no de los otros para con nosotros, con él no se nos excluye sino que nos retraemos del trato. Una cosa es sentir desgana y otra no tener qué comer.

El silencio es la muerte: el que duerme hace oír el ritmo de su aliento, y acompaña y consuela, mientras que el cadáver es masa muda que contrista y repele.

Con estas y otras cavilaciones iba yo entretenido, cuando una de las mulas se insurreccionó y quiso sacudir a corcovos la carga que la oprimía. Era el caso de que luciera sus habilidades mi peón.

—Amigo Goliat, le dije: arréglese usted con ese bicho para ver en dónde le mata la carga.

Goliat no dio un paso.

—¡Animo! le repetí: ¡Ese animal se lastima y rompe los baúles! ¡Menéese usted!

Goliat sin moverse deletreó:

—Co-ce-a.

—¡Váyasele usted de frente y tómela del cabestro!

—A-tro-pe-lla.

Era urgente tomar un partido, y me apeé para intentarlo. Me encaminaba hacia la bestia rebelde, cuando por un recodo del camino asomó un individuo, jinete en un potro retinto de falsa rienda, de tez bronceada, negros bigotes y ojos fosforescentes, quien me gritó:

—Permítame usted que le ayude.

Era el amigo Cosme Henao, lo que se llama todo un hombre, quien juntando al dicho el hecho y abandonando su cabalgadura, se apoderó de la mula y con mano vigorosa la contuvo. Arregló después, como quien lo entiende, los aparejos y la carga, y en su amable compañía seguí la marcha.

La conversación recayó sobre Goliat, al que, vista su formidable catadura y su absoluta inutilidad teórica y práctica, breve y sumariamente declaramos sofisma de hombre, faldero disfrazado de mastín, y alma de cántaro. Mi compañero agregó que como éste conocía otros personajes de mucho aparato y escasa

sustancia, de gran cáscara y pequeña almendra, especie de moneda falsa que a poco roce le resulta el cobre.

Con Goliat (siempre al decir de mi interlocutor) sucedía lo que con cierto letrado que enviaron juez a Los Llanos. En la primera fiesta que hubo le presentaron un potro para que lo montase, y declaró que no era picador; lo invitaron luego para que colease a un novillo furioso, y se excusó por no haberlo hecho en toda su vida; por último le exigieron que siquiera torease, y se denegó por igual motivo. Admirados de su ignorancia los llaneros, le preguntaron:

—«Si usted no monta, ni colea, ni torea, ¿entonces en qué es doctor?»

Sobre Sonsón queda el alto de Buenavista, desde el cual el poblado presenta mejor aspecto que cuando se le divisa de Capiro: sigue el alto del Canelo, y después la bajada, el río (que se pasa por un puente cubierto de paja) y la subida de Sirgua hasta el alto de Los Medios. El abra profunda, fragosa y pesadísima del río Arma nos ocupó en todo el resto la jornada.

El cañón de Arma, como lo denominan por acá, es rudo y fatigoso, pues desde el frío y las nieblas de sus cumbrés se descende hasta el sofocante calor de sus senos. La trocha o vereda (que sería calumnia denominar camino) que se recorre, es pésima, y para salir ileso de ella se requiere, además de suerte, buen tiempo y buenas caballerías. Como las mías no aspiraban a ese título, nos hicieron pasar algunos malos ratos. Principalmente en la cuesta, desde el río hasta el alto de Los Medios, menudean los pasos azarosos, consistentes en desfiladeros de tierra deleznable tajados sobre precipicios que van a dar al río; en hondos fangales en donde las bestias se consumen hasta los pechos; en estrechuras obstruídas por la maleza, sin hacer mérito de la continua sucesión de saltos y resbaladeros que constituyen el resto del camino.

El río es magnífico. Corre entre muros de granito, rápido y sonoro, estrellando su corriente contra grandes piedras, sobre las que saltan, atropellándose, los copos de espuma en que se

convierten sus turbias aguas. ¡Qué naturaleza tan grandiosa la de Antioquia! ¡Cómo se revela Dios entre estos rasgos gigantescos de su infinito poder! ¡Con razón que le desconozcan los que no le han visto, presos entre las paredes blanqueadas y las ridículas calles de las ciudades!

Dos rocas contrapuestas, con una elevación vertical quizá de 40 varas sobre el nivel de las aguas, sirven de estribos al puente construido sobre el río; de suerte que al pasarlo, el abismo oscuro y rugiente se abre bajo los pies y el vértigo trastorna la cabeza. Y sin embargo, son tales las avenidas de este río que suelen alcanzar hasta el puente y arrastrarlo entre su turbión.

No ha muchos años, el 28 de octubre de 1848, que el señor D. Dionisio Mejía, distinguido caballero muy querido en esta comarca, al pasar con su familia por otro puente que había construido sobre este río, se enredó en las espuelas que llevaba, cayó al agua y se ahogó, en presencia y a pesar de los esfuerzos supremos de todos los suyos. En el

país recuerdan siempre con dolor esta catástrofe.

Pernocté en casa de Cosme Henao, la habitación de un cazador emérito, adornada en sus pilares con cráneos y cornamentas de ciervos, en sus piezas con pieles de animales bravíos, provista de abundante depósito de armas y municiones y guardada por una jauría de perrazos, a la cual ¿qué resistencia podían oponer los venados tímidos y demás pobres reses asaltadas en sus selváticas guaridas por semejante regimiento de facinerosos? Esto sin contar con la escopeta de cañón doble y el inexorable rifle de un hombre como Henao, que combatió, adolescente, en la acción de Salamina, que tiene ojos de águila y músculos de oso y que coloca una bala en donde le place, con la misma certeza que un pensamiento.

Mucho me agrada el amigo Henao, porque me parece de la masa de que se-formaron Guillermo Tell y Pascual Bruno.

Febrero 10—Seguí por terrenos quebrados como en los días anteriores. El

aspecto del país, bien que labrado por todas partes, no indica la prosperidad y el adelanto que los que preceden a Sonsón: las casas pajizas y descuidadas, las pobres chozas, los largos trechos despoblados y los terrenos eriales, son ya frecuentes.

Subí el alto y cuesta de La Chorrera, pasé el alto y la quebrada de Pore, el alto y quebrada de La Arenosa y la subida de Aguasclaras, que conduce al pueblo de Aguadas.

En el declive de la cumbre de la serranía, inclinándose hacia la falda de la izquierda y descendiendo por ella como por los lomos de un monstruo enorme, presenta la población de Aguadas su iglesia, que parece desproporcionadamente baja, su plaza espaciosa y las manzanas de su caserío, formadas en su mayor parte por una casa aislada en uno de los ángulos de un cuadro de verdura demarcado por cercas de madera y árboles.

Aunque de poca extensión y de aspecto pobre, tiene este lugar vecinos industriosos y da su nombre a los mejo-

res sombreros de paja que se hacen en Antioquia. En él se recibieron por los comisionados del General Herrera las armas que, a consecuencia del convenio de Las Coles, debió entregar en la pasada lucha el Coronel Braulio Henao: fueron unos cuatrocientos fusiles, que sirvieron de grande auxilio en su campaña al ejército que los recibió.

Antes de llegar a Aguadas se me reunió un individuo de sombrero sobre la oreja, ruana terciada y garrote pendiente de la muñeca: era un guapetón con sus ribetes de chusco. Refirióme varias anécdotas encaminadas a ponderar el desgraciado cacumen de los habitantes de cierto lugar; entre ellas recuerdo la siguiente:

Al penetrar en una estrechura un caminante, dio con un tigre que estaba en acecho: felizmente se hallaba de espaldas, y pudo el viajero retroceder y treparse a un árbol mientras aquel se marchaba. Más héte aquí que desde la altura vio a un su amigo, José María, que venía rectamente a encontrarse con

la fiera. Para advertirle el peligro ~~sin~~ que lo entendiese el tigre quiso gritar: le; pero para él el castellano debía de ser el idioma así del animal como del amigo. Discurrió entonces invertir las sílabas, y prorrumpió en grandes voces: «Laoh, ñorséjo ríama, no se tame en el nalonca; raco, remi que se lo meco el greti.» Efectivamente, el tigre quedó en ayunas de la jerigonza, pero se almorzó al amigo, que tampoco la entendió.

Continúa el camino por el terreno y alto de La Montañita, la quebrada de Castrillón, el alto del Oso y la Vibora, a donde llegué con tan recia lluvia que tuve que solicitar hospedaje del señor Hermenegildo Vallejo y su señora, María del Carmen Tobón, dueños de la buena casa que hay en este sitio. Me lo otorgaron con la mayor bondad, y me trataron más bien como a viejo amigo que como a pasajero desconocido.

Hay por esta región un punto denominado Pito, en el que reside el Mohán, o sea el adivino y el curandero de la gente común. Es, según informes, un

Indio Loaisa, viejo desaseado y beodo, que se hace pasar por docto en la astrología, gran herbolario y poseedor de secreto: peregrinos contra las enfermedades, las hechicerías y los maleficios. Es cierto que no sabe leer, que nada ha estudiado y que lo ignora todo; pero en cambio posee la *ciencia infusa*, que hace inútiles los libros y sobrepuja a toda humana sabiduría, y tiene espíritus *familiares* que le asisten y ayudan. El resultado es que, con sus vaticinios, menjurjes y brebajes vive y bebe a costa de los crédulos y que su clientela refiere de él prodigios. Veamos uno:

Una señora aquejada de mil dolencias y nerviosidades y cansada de bregar con los médicos titulados, se confió a las prescripciones de Loaisa, porque, como ella decía: «a desesperado mal, desesperado remedio.» Loaisa la preparó con ciertos bebedizos, y a la media noche de un sábado, a la luz de dos bujías verdes y después de los ensalmos y conjuros y las evocaciones del caso, declaró que era maleficio lo que tenía la paciente. En efecto, se averi-

guó que una su malqueriente le había propinado un caldo, y en ese caldo iba el embrión de una rata que había nacido y crecido en el estómago, y esa rata era la que ocasionaba todos los males.

Febrero 11—Las ligeras sinuosidades que siguen a la bajada de Viboral, regadas por los arroyos de San Pablo y Pécora, las pasé en menos de dos horas, hasta llegar a la población de este último nombre. Demora ésta al pie de la cordillera, y se comprende que, como Aguadas, es una población de reciente data y de excelentes condiciones para prosperar, tanto por hallarse en la línea que recorre el tránsito en la parte sur de Antioquia, cuanto por la buena calidad de los terrenos que la rodean y lo benigno de su temperatura.

Ascendiendo luego en suave plano inclinado llegué al alto de Ranchoalegre, próximo al de Las Coles, en donde algunos recuerdos históricos me detuvieron.

Desviando algún trecho hacia la derecha se divisa la Loma de Pozo, teatro

de la tragedia de Jorge Robledo, el conquistador de Antioquia y el más ilustre de los compañeros de Belalcázar.

Hechos en la Corte, en premio de sus merecimientos, éste Adelantado y aquél Mariscal y desavenidos por cuestiones de mando en Antioquia, Belalcázar marchó del Cauca con ciento cincuenta hombres, y superando enormes dificultades y desoyendo las proposiciones de avenimiento de su adversario, apareció a su frente. Robledo, obligado a resistir, se atrincheró en un punto intermedio entre Pipintá y la Loma de Pozo; pero abandonado por la mayor parte de los setenta compañeros con que contaba y temeroso por la suerte que podía caber a tres de sus oficiales que como parlamentarios había mandado a Belalcázar y que éste retuvo prisioneros, se entregó el 1.º de octubre de 1546.

Confiaba quizá en la magnanimidad de su antiguo jefe y en el gran mérito de sus propios servicios; mas Belalcázar lo sometió a un Consejo de sus tenientes, que condenó a Robledo a sufrir la muerte de garrote vil con tres de sus

compañeros. Pidió por única gracia que se le degollase como a hidalgo, y ni eso se le concedió. Se le sacrificó el día 5 en la Loma de Pozo junto con los oficiales Sousa, Baltasar de Ledesma y Juan Márquez de Sanabria.

Su sangre cayó sobre quien la había vertido. Residenciado en Popayán Belalcázar por el Oidor Francisco Briceño, ante el cual instaba por el castigo María de Carvajal, viuda de Robledo, se le condenó a muerte. Apeló para ante la Corte; y preso en vía para ella, este hombre de tan esforzado ánimo, murió de tristeza en Cartagena en 1550. Los autos de la residencia de Belalcázar se mandaron con Esteban Belforte, a quien se dieron para el viaje quinientos pesos de oro.

La viuda de Robledo obtuvo algo más que vengar a su marido.... lo repuso con el Oidor Briceño, que fue más tarde Presidente del Nuevo Reino.

Todavía se ven los vestigios de esas trincheras levantadas trescientos seis años há por Robledo. ¡Todo dura más que el hombre!

En esta misma dirección la quebrada de Arquía entra en el río Cauca en el paso que se llama de Bufú. Existen allí los restos de las obras de defensa construídas a mediados de 1813 por el sabio Caldas para detener a los españoles que se habían apoderado del valle del Cauca, a las órdenes de Sámano. Era entonces Dictador en Antioquia el ilustre Juan del Corral, a quien sorprendió la muerte ocho meses después, cuando apenas contaba treinta y cinco años.

Con Caldas estaba Ulloa : el patíbulo de la reconquista los juntó también el 29 de octubre de 1816.

En el terreno ondulado que sigue desde el alto de Las Coles hay muchas casas, y en una de ellas se verificaron las conferencias que debieron dar por resultado la terminación de la guerra en Antioquia en 1851, y apoyándose en las cuales el Coronel Braulio Henao entregó en Aguadas las armas y disolvió su División.

Las pequeñas sabanas de Las Trojes se encuentran luego ; y al terminarlas se emprende el descenso de la gran

cuesta que conduce al río Pozo, en cuya opuesta eminencia se alcanza a ver la población de Salamina. Temo repetirme al apuntar algo sobre esta abra y este río, tan semejantes en su grandiosidad a los del Buey, Aures y Arma, que dejo bosquejados.

A corta distancia del río Pozo encuéntrase el pequeño llano y la quebrada de La Frisolera, desde la cual, serpeando por el cerro, sube el hondo y encajonado camino que termina en Salamina.

El enorme cerro que sustenta a Salamina dibuja el perfil semicircular de su cumbre sobre el horizonte que remotamente limita la cordillera, y aparece como en el fondo de un escenario al que sirvieran de bastidores laterales los abruptos cortes de una serie progresiva de cerros. En la cúspide de esa mole gigantesca, la población exhibe sus casas entejadas y desiguales y sus calles trazadas en declives rápidos. Es un nido de águilas encaramado en un peñasco, desde el que se registran y dominan los alrededores, y al que parece que puede llegarse no escalando paso a paso el pe-

nasco sino de un vuelo cortando los aires.

He dicho que el camino asciende en hondos y caprichosos sesgos desde la quebrada de La Frisolera hasta el poblado; y fue ese camino el que intentaron forzar el 5 de mayo de 1841 el Coronel José María Vesga y el Comandante Tadeo Galindo a la cabeza de una columna de 800 hombres contra 221 allegados por los Comandantes Braulio Henao y Clemente Jaramillo y por el señor Elías González.

Los defensores de la población se aprovecharon de las escabrosidades del terreno para desplegarse en cazadores y sostener un fuego mortífero; pero fue principalmente en una sabaneta que hay a media cuesta de donde resistieron a pie firme y rechazaron la carga valerosísima con que intentaron arrollarlos sus contrarios. Muerto hubo entre los acometedores al que se le hallaron seis balazos, y puntos en donde cayeron seguidamente hasta doce de los que unos tras otros intentaron dominarlos. El impetuoso Comandante Galindo con unos

pocos compañeros pasó de la terrible explanada, pero cayó herido y fue hecho prisionero: esta circunstancia y la exclamación «¡A la carga, muchachos, que los enemigos huyen!» que entonces lanzó Henao, determinaron en sus compañeros un último esfuerzo ofensivo que les dio el triunfo.

Más de 80 muertos, de 100 heridos y de 400 prisioneros, entre ellos 19 Jefes y Oficiales, perdieron los asaltantes. El Coronel Vesga fue aprehendido por el señor Elías González en una casa de Las Trojes. Los de salamina tuvieron muy poca pérdida, pero la del señor Escolástico Marulanda les fue muy sensible.

En esta campaña y en la batalla que le puso fin, los salaminas tuvieron sus heroínas: la señora María Martínez de Nisser, a quien se concedió la medalla de oro decretada por el Congreso para los Jefes, y la señorita Dolores Macías, que la acompañaba.

¡Voe Victis! Ocho meses más tarde el Coronel Vesga, uno de los más beneméritos Jefes que tenía la República y

que con gloria había acompañado al Mariscal Sucre en el Perú y Bolivia, el brioso Comandante Galindo y el Capitán Pablo Vegal, fueron fusilados en la plaza de Medellín...

Febrero 12 a 17—La importante población de Salamina se ha visto obligada a seguir en la distribución de su caserío la pendiente del terreno; así es que la mayor parte de sus calles son cuestas que van a dar a la plaza. Tiene una regular iglesia, se está construyendo en uno de sus ángulos una casa consistorial alta, y hay en su cuadro tiendas muy abastecidas de telas, granos, licores, etc. El agua es escasa, pues hay que tomarla de unos pequeños ojos o vertientes que brotan en las vecinas cañadas, y para bañarse es preciso descender hasta la quebrada de La Frisolería. No obstante la eminencia en que está situada, su clima es suave aunque algo húmedo, y la generalidad de sus vecinos es de la raza alta, vigorosa y sana de este cantón. Su distrito creo que no contará menos de 10,000 habi-

tantes, dedicados en su mayor parte a la agricultura.

Por cualquier causa me deluve en Salamina seis días, hospedado a boca qué quieres por el señor Rafael Macías, persona tan agradable en su figura como en su trato, valeroso oficial el día en que a la puerta de sus hogares tocó la guerra, y padre de una lucida familia. Como ha habido ocasión de notarlo, la hospitalidad se ejerce en Antioquia de la manera más franca y generosa; y el cargo de huraños o retraídos que otros hacen a los antioqueños se origina quizá más bien de que ellos no son zalameros ni se franquean a ciegas con las gentes que no conocen, y no sé que quien los busque deje de hallarlos tan comunicativos y serviciales como los desee.

Dígalo si no la espléndida acogida, propia del más rumboso caballero, que al señor D. Rafael Samper y a mí tuvo la bondad de dispensarnos en la ciudad de Antioquia el tan respetable ciudadano como galante amigo señor doctor Román de Hoyos, cuando concurrimos a la

afamada fiesta popular de Los Diablitos. Y sirvan estas breves frases, escritas con toda la efusión del agradecimiento, para manifestarle cuán obligado le estoy por todas sus atenciones y finezas.

Díganlo también la amistad, los servicios, el agasajo con que a mis compañeros y a mí nos favorecieron en diferentes lugares tantas otras personas cuya enumeración sería larga y a quienes me es grato rendir este agradecido recuerdo.

Encontré aquí a los miembros de la Comisión corográfica, señores Coronel Agustín Codazzi, José Triana y Enrique Price, tostados, despellejados, magullados por su campaña en el Herveo, como decía el primero. Se habían detenido para remediar sus personas, hacer lavar su ropa y sus toldos llenos de lodo, reparar sus instrumentos averiados y reponer sus apuntes y diseños empapados.

—¡Qué caminos! ¡Qué caminos! me repetía el señor Price: no sabe usted lo que le espera. Es difícil que en el mundo se pueda imaginar una cosa

peor. ¡Qué despeñaderos, qué fangales, qué bosques!.... ¡Y vientos que son huracanes! ¡Y lluvias que son diluvios!....

—¡Bah! ¡bah! le replicaba con buen humor el Coronel: esto no quiebra hueso, y la prueba es que, aunque un tanto malparados, aquí estamos contando el cuento. Guárdese usted para cuando tengamos que habérmolas con las fiebres del Chucurí o del Patía, con los caimanes del Lebrija o del Cesar, con las selvas del Opón o Samaná, habitadas por jaguares y serpientes, con la hoya del Atrato, con las sabanas y los cenegales de Casanare, etc. Esta naturaleza intertropical tiene caracteres gigantescos en todos sus reinos.

—Es verdad, y en ellos la admiro, así como la hallo inimitable en mis ramos de vistas y paisajes; pero no por eso dejan de ser infernales los caminos de esta provincia; y no soy yo el primero que lo declara, vea usted lo que escribía en 1826 el señor Boussingault: «Antioquia es una comarca que se distingue por la dificultad de sus comunica-

ciones. Su acceso es difícil porque está rodeada de montañas ásperas, de tal suerte que por algunas los viajeros tienen que hacerse transportar a espaldas de hombres. Todavía hay memoria de muchos habitantes de la provincia que no pudieron nunca salir de ella, porque siendo muy pesados les fue imposible hallar cargueros bastante fuertes para llevarlos a cuestras.»

—Y el señor Triana, ¿qué hace entre tanta hojarasca?

—Trato de analizar y clasificar algunos de los vegetales que hemos recogido. Aquí encuentra usted desde los dijes y las filigranas de las plantas—si usted me pasa la expresión—como los musgos, líquenes, helechos y zarzas, hasta los fibrosos cactus, el nunca bien alabado bambú ó guadua, recurso de las tierras cálidas; el nogal, la ceiba, el roble y el guayacán. Plantas alimenticias y medicinales; flores, frutas, gomas y resinas, maderas de tinte, de ebanistería y de construcción; riquezas, en fin, y maravillas del ramo vegetal halla usted diseminadas con mano pródiga por la

naturaleza en estas selvas inexploradas.....

Tuve también la honra de tratar a la heroína de 1841, señora María Martínez, casada con el señor Pedro Nisser, natural de Suecia.

Me pareció una mujer de treinta y seis años, agraciada e interesante, de rasgos fisonómicos que revelan inteligencia, imaginación y vehemencia de sentimientos: buen cuerpo, tez perlina, cabellos, cejas y ojos negros y brillantes, modales desembarazados y conversación viva y afluyente. Fuera del idioma patrio, que maneja con cultura, traduce con facilidad el inglés y el francés, lee mucho y en bien escogidos libros; y escribiría sobre algunos asuntos que tiene meditados si la modesta desconfianza en sus fuerzas y el temor de extralimitar la esfera en que nuestra sociedad quiere encerrar a las mujeres, no la retrajese de intentarlo.

En 1841 se imprimió su *Diario de los sucesos de la revolución de Antioquia*, el que tuvo la condescendencia de leerme ella misma, añadiéndole incidentes y

comentarios en cuya recitación parecía inspirada por su antiguo entusiasmo y revestida aún del prestigio del heroísmo; y cuando yo, no por contradecirla sino por estimularla y hacer remontar el vuelo a su imaginación, le argüía sobre algunos acontecimientos o tal cual de sus apreciaciones, poco a poco se energizaba y tenía momentos de entonación épica, que me hacía comprender que esa mujer en otra época y en otro teatro pudiera haberse hecho famosa. Al terminar algunas de estas discusiones le dije con arranque de sinceridad:

—Ha sido usted vaciada en el molde de Judith, Juana de Arco o Carlota Corday.

Ella me dejó sin respuesta, replicándome:

—Aceptando la galantería de usted, más me gustara haberlo sido en el de Policarpa Salabarrieta.

Febrero 18—En compañía de los señores Jorge Juan Hoyos, Fidel Méndez, Félix Vélez y Rafael Monedero dejé a Salamina con dirección a Manizales.

Las precauciones que nos hicieron tomar para la marcha me hicieron comprender que subían de punto las dificultades del camino que nos esperaba. Tan sólo los hombres íbamos en mulas calificadas de prácticas y veteranas en su oficio; las cargas se encomendaron a bueyes, lentos pero seguros en su andar, incesantemente estimulados por las voces y los azotes de tres fornidos arrieros, que iban desembarazados de sus ruanas y con los pantalones enrollados hasta los muslos. En cuanto a nosotros, se nos hizo quedar expeditos en personas y monturas para zafar con presteza el bulto en las caídas y los porrazos y para caminar a pie cuando otra cosa no fuera ya posible: al efecto eliminamos los zamarros y cambiamos los botines por alpargatas bien atadas sobre los pies desnudos.

El día estaba nublado y anunciaba lluvia; los que nos veían marchar nada de bueno nos pronosticaban, y nosotros nos sentíamos animados de esa especie de vanidoso arrojo con que se arrostra el peligro cuando no queda otro reme-

dio y cuando creemos causar sensación en los espectadores. El papel de héroe es provocativo, y si pudiera adivinarse el móvil de muchas hazañas, se le hallaría bien ridículo.

A medida que nos alejábamos del poblado la vereda empeoraba y entrábamos en materia. Desfilábamos pausadamente, dando tiempo a nuestras cabalgaduras para que recapacitasen sobre los pasos que habían de aventurar, cuando el que rompía la marcha dio con el primer resbaladero, liso y perpendicular como un espejo en la pared. La mula se detuvo, vaciló y volvió la cabeza en diferentes direcciones, como buscando otra senda menos abrupta.

—Hum.... dijo el jinete, ¿esto lo bajará o lo saltará? Para lo primero está muy pendiente y para lo segundo muy alto..

—No le sugiera usted nada: deje que ella resuelva el punto bajo su responsabilidad.

La mula tomó al cabo su partido; reunió las patas y las manos y, procurando guardar el equilibrio, se dejó

deslizar, estampando en su descenso una huella más bruñida aún sobre el resbaladero. El jinete agarró las riendas y se aferró de la gurupera para no salir despedido por las orejas.... ¡Sus!.... en un segundo estuvieron abajo.

Cada uno de nosotros tuvo, a su turno, que hacer lo mismo.

Cuando todos estuvimos al pie del rodadero, nos detuvimos a contemplarlo.

—Que esto se baje, dijo uno, pase, porque para abajo hasta las piedras ruedan; pero los que tengan de subirlo, ¿qué harán?

—Confirmar la regla del señor Eboli le observó otro, de que «en la Nova Granata se sube en mula por las paredes.»

— Y este precipicio ¿será una excepción, o será la regla general en este maldito camino?

—Me inclino a creer lo último.

—¡Pues por aquí, quedarán nuestros huesos!....

—No, señores, exclamó otro enarbolando la botella; para estos casos se in-

ventó el brandy, y no para hostigar con sus tufos a las señoras en los bailes. Un trago, y adelante.

—Así lo hicimos, y continuamos. A poco trecho el delantero gritó :

—¡ Su botella !

—¿Qué ocurre?

—Otro ídem, peor que el precedente.

—A mayor desnucadero mayor trago, dijo el de la botella, haciéndola recorrer la fila.

—Pero, observó el doctor Hoyos, con este sistema y según va el camino, en el cuarto precipicio ya no nos entenderemos.

—Al contrario : se nos afinará tanto el entendimiento, que hablaremos todos los idiomas, como los apóstoles.

En esta vez no salimos tan bien librados como en la anterior, pues que sufrió uno una costalada en la que poco le faltó para fracturarse una pierna.

—Eso nos tiene que suceder a todos y no una sino muchas veces, filosofó el de la botella ; pero tengo examinado que, con el auxilio del brandy, en cien casos de porrazo apenas ocurren diez

graves y cinco esencialmente mortales.

—Mal vamos con este facultativo, me dijo por lo bajo el doctor Hoyos.

Seguimos avanzando por un sendero provisto en abundancia de cuanto malo podía tener en su género, perfeccionado todo por las lluvias, constantes, según parece, en estos bosques.

En un punto denominado La Palma y teniendo por centro un hondo lodazal de inextricable maleza, la vía se trifurcaba.

—¿Por dónde echo? preguntó el delantero, con el fango hasta las narices de la mula.

—Por donde vaya el rastro más marcado.

—¡ Qué marca puede quedar sobre este mar de lodo !

—Conversión por la izquierda, dispuso el amigo Vélez, que otras veces había pasado por este camino.

Así lo hicimos ; pero a poco andar aquella trocha apareció obstruída e impracticable y no podía, por consiguiente, ser la del tráfico general. Retrocedimos hasta el lodazal, y nos encontramos

perdidos en un laberinto de árboles y barro.

—Variación por la derecha, que tal vez me he equivocado, propuso Vélez.

Aunque un poco más franca esta vía, tampoco nos pareció suficiente para camino público, y la desanduvimos para embarcarnos por tercera vez en el fangal del centro. Tomamos la dirección recta que nos quedaba por ensayar y nos resolvimos a seguirla a todo trance, aun cuando nos condujese a Patagonia.

Más o menos era como las otras: profundos barrizales, plagados en su fondo de redes de raíces, que enredaban los cascos de las bestias; derrumbaderos empinados, de greda amarilla y brillante o de tierra negra deleznable, en donde no se podían afirmar los pies, y en cuyo descenso rodaban confundidos jinete y mula; troncos caídos, maleza que cerraba el paso, púas y estacas por todas partes, árboles que goteaban por todas las ramas, y una atmósfera de niebla y frío, que interceptaba la luz y el calor del sol. Nosotros y

nuestras mulas teníamos lodo desde los pies hasta la cabeza, y, a pesar del brandy, la humedad nos traía entumecidos. En cuanto a caídas y golpes, cada cual pudo al principio numerar los suyos; mas luego fueron tan consecutivos, que se hizo preciso cortar la cuenta.

En tal situación llegamos al alto de Chamberí, a cuyas casas nos acogimos para descansar y tomar ración doble de chocolate caliente y perfumado, que nos pareció delicioso: vino sobre el chocolate un vaso de excelente agua, y sobre el agua un cigarro, que fumamos con voluptuosidad, tendidos a la bartola sobre unas pieles de toro que nos franqueó la casera. Supimos también entonces que al fin habíamos acertado en el camino que conducía a Neira, pues los otros dos que ensayamos se dirigían el uno a Cabuyal y el otro a Sabanalarga.

La idea de reanudar la marcha, de volver a rodar y a revolcarnos en el barro nos repugnaba: las mulas estaban cabizbajas, fatigadas y revestidas

de una costra de lodo desde los cascos hasta las crines; y en cuanto a las monturas formaban una sola pieza con las mulas. Razón sobra a Mr. Price para detestar este titulado camino ¡qué pereza hacía de continuarlo! Y cuando para colmo de males la casera observaba que la lluvia no tardaría, le envidiábamos su suerte, a ella que habría de quedarse tranquila y satisfecha en esa casa triste, enclavada entre la selva, la niebla y los fangales.

Por fin el doctor Hoyos hizo un esfuerzo, sacudió la murria, se puso en pie y nos hizo seguir su ejemplo. Bostezando y desperezándonos apretamos cinchas, exhortamos a las mulas a la conformidad, y de nuevo desfilamos silenciosos rompiendo la bruma que nos envolvía y nos comunicaba.

Habíamos avanzado algo y nos debatíamos en la bajada del río Chamberí, cuando el aguacero se nos vino encima, violento y copioso como si pretendiera acabar de aturdirnos entre aquellas soledades que se estremecían a su ruido y por todas partes nos enviaban vientos

y torrentes. Las mulas vencían con trabajo la doble resistencia que les oponían los atolladeros del suelo y el impetu del chubasco, y a nosotros nos escurría el agua por todo el cuerpo, al que se nos habían adherido los vestidos empapados. En tan lastimoso estado y cayendo y levantando llegamos al río.

Venía por las cumbres, arrastrando en su avenida grandes piedras y árboles recién descuajados: era preciso aprovecharnos del puente, antes que la creciente, que casi lo alcanzaba, pudiera arrastrarlo.

—Pie a tierra, dijo Vélez, y démonos prisa porque el puente se estremece y flaquea por sus cimientos.

—¿Y si se cae con nuestro peso?

—Eso haría honor a nuestra gravedad específica, dijo el doctor Hoyos.

—Pasemos uno por uno para dividir el riesgo, propuso alguien.

—Al contrario, contradijo otro, arros-trémolos juntos pasando a un tiempo.

—Pasemos de cualquier modo, concluyó un tercero, que si para matarnos fuera, ya nos hubiéramos desnucado.

cuarenta veces en este camino criminal.

Y poniendo por obra entró en el puente con su mula de cabestro, y los demás le seguimos. El angosto piso del puente, resbaloso y lleno de hoyos, cubría apenas a relazos las largas y apartadas vigas que lo formaban, y éstas crujían y se mecían al impulso de nuestros pasos, y las aguas estrepitosas distaban ya poco de nosotros. Las mulas se resistían, los pies se nos deslizaban, la cabeza nos flaqueaba y el aguacero nos cegaba casi. Arreando unos y otros cabestreando las bestias, todos ateridos de frío y calados de agua y barro, representábamos un cuadro que en medio del afán nos provocaba a risa: nos asemejábamos a esos espíritus grotescos de las leyendas que, en medio del fragor de los elementos conjurados, aparecen para burlarse de la consternación de los hombres.

El que primero pisó la margen opuesta con el fango hasta la rodilla, fue el doctor Hloyos, quien nos conjuraba que apurásemos, como si fuera operación corta la de hacer evolucionar a cada

mula de manera de desviarla de los agujeros sin exponerla a precipitarse del puente. Mas al fin todo lo superamos, pasamos todos con nuestras cabalgaduras, y el ruinoso puente continuó deshaciéndose a nuestra vista.

Excusado parece añadir que tan plausible desenlace fue celebrado con doble batería de tragos por el de la botella.

Ibase alejando y desapareciendo el estrépito del río Chamberí, e íbamos nosotros hablando del mal rato que él nos había proporcionado, con el desenfado con que se trata de los peligros pasados y que no se presume hayan de repetirse, cuando nos pareció empezar a percibir el rumor de otro río. Nadie quiso de pronto consentir en tal cosa ni darse por notificado de la amenaza con que de nuevo la suerte tentaba nuestro ánimo, ya bien quebranta lo; así fue que nos hicimos los desentendidos y continuamos afectando buen humor.

Persistía, sin embargo, el ruido, y a cada paso se marcaba y se aproximaba más: no veíamos todavía el raudal que lo producía y en nuestra mente for-

hacíamos conjeturas para cohonestar con nuestro deseo aquel siniestro anuncio. Avanzábamos, y el ruido tomaba cuerpo; pero podía dimanar de un sesgo, de una tortuosidad del río que ya habíamos dejado atrás.

Al dominar una eminencia dio al traste nuestro disimulo: en el fondo de la cañada y repercutiendo por sus ecos, otro gran torrente nos parecía que bramaba como fiera embravecida.

—¡Otro río!.... prorrumpió al fin uno, con despecho.

—No es río...., aventuró Vélez.

—¡Canario!.... si no es río ¿qué es?

—Quebrada.

—¡Acabáramos! ¿Y en qué se diferencian las quebradas de los ríos?

—Será en el sexo, terció otro, como las gatas de los gatos.

—No, señor, insistió Vélez; en dos condiciones sustanciales.

—¿La primera?

—En su caudal.

—¿Este no le satisface?

—No, porque no es permanente; es como el de los tramposos, mucha bulla a costa ajena.

—¿Y la segunda?

La segunda la sabrán ustedes pronto.

—¡Y por qué no ahora!.... Lo que se ha de empeñar que se venda.

—Más sesudo sería quizá: lo que se ha de vender se empeña.

La titulada quebrada era la de Pocitos. Cuando llegamos a su orilla buscámosle el puente.

—Es inútil, advirtió Vélez.

—¡Cómo inútil!.... es indispensable.

—Las quebradas no disfrutan de los honores de puente, y esta es la segunda diferencia que nos quedaba pendiente.

—¿Y cómo se las pasa cuando crecen?

En ellas el crecer es una veleidad femenil, que no se debe tomar en serio; a pesar de todo, se les busca vado.

—¡Pero hombre!.... exclamó compungido el doctor Hoyos: eso es ser víctima de las teorías.... ¡jugar la vida contra un gracejo!

Todo bien considerado, y no obstante la sensatez de las objeciones del doctor Hoyos, nos pareció preferible correr

el azar de la quebrada. Escogimos el punto en que se mostraba menos poderosa su corriente y por él nos aventuramos, tropezando y resbalando las mulas en los pedrejones diseminados por el cauce y resistiendo a los borbollones del agua, que a veces pasaban por sobre sus ancas. Entre zabulladuras y sobreaguadas y más bien rodando que caminando, alcanzamos la opuesta orilla, perfectamente lavados y con las mulas limpias de cuanto barro habían acopiado hasta entonces.

Llegamos tan empapados y tan molidos a unas casuchas que ocupaban el centro de una gran labranza, que quisimos pernoctar en ellas y esperar las cargas para cambiar de ropa. Pero la casera torció el gesto:

—Aquí no hay cabimento, cabayeros.

—Nos acomodaremos de cualquier modo.

—¿Y los bastimentos?... ¡nían candelal!... Váyanse al alto, a la casa grande de D. Alejos, que allá hay de todo.

—¿Está muy distante?

—¡Y hora! aquí cerquita, adelantico no más: cogen la cuestecita y en esto yegan. ¡Lo que es no ser baquianos!

Nos resignamos: obtuvimos por transacción un pienso de maíz para confortar y dejar descansar las bestias, y luego, como quien dice nada, entramos a la *cuestecita*.

Intransitable, interminable, abominable era la tal, no obstante los minorativos de la mañosa mujer, y a pies desnudos tuvimos que aguantarla porque las mulas se caían solas y teníamos que llevarlas por delante. Y trepábamos, y trepábamos, y el día terminaba y la luz menguaba, y la fatiga nos ahogaba y el alto estaba siempre a la misma distancia.

Callábamos unas veces, renegábamos otras, reíamos las más, procurábamos engañar el tiempo de todos modos para que transcurriera sin sentirlo; pero el alto, el maldito alto no se acercaba un punto.

Por último cerró la noche lluviosa y quedamos en tinieblas y perdidos en aquel caos de lodo y despeñaderos, sin

más guías que las mulas a cuyo instinto tuvimos que confiarnos. Con la obscuridad, las dificultades tomaron las dimensiones de lo fanfástico: los árboles parecían sombras, las piedras túmulos, fosas las grietas del terreno, las laderas abismos, cavernas las estrechuras. El don del desierto nos acompañaba; tomábamos por veredas el cauce de las aguas y nos extraviábamos; por suelo firme el barro y en él nos hundíamos; nos ocurrían, en fin, todas las complicaciones, sin hallarles mejora ni término.

Mucho tiempo llevábamos de esta angustiosa brega cuando sorprendió agradablemente nuestros oídos un acento amigo, una voz de auxilio que nos reanimó: el ladrido de un perro. ¿Quién no ha experimentado esa misma grata sensación cuando en una noche de insomnio ha oído cantar el gallo anunciándole el día, o tras larga jornada ladrar el perro o relinchar el caballo prometiéndole refugio y descanso? ¿Para quién que haya pasado por algunas vicisitudes en la vida, no son simpáticos

esos nobles animales, tipos de la gentileza, la lealtad y el valor, compañeros del hombre, miembros de la familia, centinelas vigilantes del hogar?

Siguiendo la dirección de esa voz protectora, que instaba a proporción que avanzábamos, dimos con una casa en donde en rústica algazara se solazaban riendo y cantando al rasgueado son de la vihuela unos tantos labradores. Obtuvimos que dos de ellos nos condujeran a la anhelada *casa grande del alto*, de cuya evidente proximidad nos cercioramos, y que iba a pasar al fin del campo de la quimera al de la realidad. A ella llegamos desfallecidos por el ayuno y el cansancio; y cuando el grotesco grupo de nuestras cuitadas figuras compareció ante la mirada impasible del señor Granados, la risa y la compasión asomaron involuntariamente a su fisonomía.

—¿Como que han traído ustedes un mal día? nos preguntó.

—Átroz, le repuso alguien: un día de una sola pieza, un día *atravesado*, de cuyos estragos hemos escapado so-

brenatural y milagrosamente. No hay en nuestro cuerpo un punto seco ni limpio, venimos literalmente molidos por el estropeo y los porrazos, y hemos pasado más aventuras que las que le acomodan a ese excelente muchacho de Telémaco.

—Será bueno que ustedes en primer lugar cambien de vestidos, en segundo descansen, en tercero echen un buen sueño que les repare sus fuerzas.

—Y en cuanto el estómago se despreague del espinazo, mediante la introducción de algún alimento; y aun si se invirtiese el orden cronológico, no nos sentaría mal.

El buen señor Granados nos vistió como pude con ropa colectada en la casa, con la que quedamos disfrazados como para danza de matachines: nuestros despojos se destinaron a la cocina para que el fuego los secase y pudiesen servir al otro día, porque juzgando piadosamente, nuestros equipajes deberían de andar rodando por las ondas del Chamberí.

Febrero 19—Triste, lluvioso, opaco y frío, como de invierno entre las montañas, amaneció el día.

Aunque dura y desabrigada la cama en que habíamos pasado la noche, disfrutábamos con tal delicia de su reposo y su calor, que después de regatearlo mucho, nos costó gran sacrificio el resolvernos a abandonarla y empezar de nuevo la faena, ensillando cada uno su entumida y empapada mula.

Terminada esta operación y la de consolar el estómago con el desayuno que nos pudo proporcionar nuestro bondadoso huésped, nos pusimos a esperar que la lluvia calmase para emprender jornada.

Entre tanto el buen señor Granados, recostado cómodamente en su silla de brazos y lanzando a bocanadas el humo de su grueso cigarro, podía contemplar dos grupos a cual más lastimoso: el de las mulas con el cuello estirado, la cara sobre el suelo, las orejas gachas y goteando agua por todos sus pelos; y el que formábamos nosotros, tiritando de frío, con los vestidos chamusca-

dos y apestando a humo de leña, más semejantes a convalecientes de hospital, a reclutas o derrotados, que a viajeros en actitud de ponerse en camino.

Al compás del aguacero, que en mil hebras cristalinas descendía del empujado levantando blanca espuma y tornasoladas burbujas en los hoyuelos en que se empozaba, departimos con aquel buen señor sobre los variados asuntos que concurrían a su imaginación, en que, las lecturas abstrusas y cavilaciones solitarias habían amontonado una miscelánea de ideas, profundas unas, incompletas y abstractas otras. Era, sin embargo, notable hallar entre estas soledades una especie de filósofo que leía y meditaba por vocación natural las cuestiones que agita la ciencia del mundo, del que él parece sustraído, mientras que tantos de los que viven en la corriente de la civilización lo ignoran todo, menos a veces los vicios que la degradan.

A las diez, hora en que comenzó a escampar, hicimos un ánimo, nos encaramamos sobre las monturas mojadas, y a más no poder dejamos la casa del

alto de *Manzanillo* (que así llaman la del amigo Granados) y dimos principio a las aventuras del día.

El camino era exacta continuación del de la víspera; por consiguiente tengásemos por reproducidos y con creces los desafueros y desaguisados que se permitió contra nuestras personas: desmanes cuya responsabilidad él declinaba en el invierno, época en la cual en nuestro país los malos caminos se ponen peores y los peores....el superlativo nos lo dio un cuentecillo que a propósito soltó el doctor Méndez.

—¿Qué tal es el Alcalde que tienen ustedes ahora? le preguntaba él a un indio.

—*Pior*, respondió.

—¿De modo que el que tenía antes no lo era tanto?

—Ese era *piorísimo*, mi amo.

Tuvimos por la mañana la ventaja de la tregua que nos concedió la lluvia; tregua que aprovechan las guacharacas para repetir dentro de la espesura sus graznidos estridentes y los pájaros mochileros para salir de sus nidos, pen-

dientes de las altas ramas de los árboles, como lo están las lámparas de un artesonado. Hallábamos también grandes rozas y labranzas; semejantes aquellas a las ruinas de una ciudad, por los gruesos y astillados troncos que mostraban en pie los enormes árboles abatidos en caprichosa confusión, mientras que en éstas los verdes tallos de maíz naciente formaban un extenso tapiz que ondulaba al vaivén del viento.

Cuando coronamos el Alto de Alegrías la niebla lo encapotaba y lo batía el viento silbando desapaciblemente; nada, pues, por entonces justificaba su nombre. Pronto reflexionamos que así hay otros que aparecen rodeados por la tristeza, las alegrías pasadas, aquellas de que sólo queda el recuerdo y de las que dijo la copla:

Pasaron mis alegrías
Como ajenas, como ajenas;
Y me quedaron mis penas
Como mías, como mías.

Descendimos luego hacia la quebrada del Sargento, en cuyas cercanías encontramos a unos peones, los solos

transeúntes que hasta entonces se nos habían presentado. Pasábamos de largo, y uno de ellos se resolvió a preguntarnos:

—Patrones, ¿qué tal dejan el camino?

—Malísimo, ¿y ustedes?

—¡Uiff....! *condenao*, y perdone la mala palabra.

—¿Cuál es el trecho más malo de aquí a Manizales?

—Ese.

—¿Cuál?

—El de aquí a Manizales.... ¡si todo está parejo!

Alejábanse, y levantando la voz les recomendamos:

—Si a unos arrieros que han de venir con nuestro equipaje, no se los ha llevado la trampa, díganles que apuren.

—Pierdan cuidado, que en haciendo una orillita ellos los alcanzan.

El trayecto de esta quebrada a la Honda lo ocupaba, sin solución de continuidad, un cenagal profundo en el que batallamos y batallaron las mulas hasta quedar jadeantes de fatiga. Dímosles

un respiro y emprendimos la cuesta de Muelas.

Fueron tales y tantos los desastres que sufrimos trepando a pie esta escabrosa y empinada cuesta, que íbamos ya afligidos y no sabíamos qué inventar para distraer el ánimo. Sentóse uno sobre un barranco y enjugándose el sudor y exhalando un exagerado suspiro, dijo en son de lamento:

—¡Qué hará aquella desalmada!

Tomó de aquí pie el doctor Méndez para proponernos que entretuviésemos el tiempo glosando la trillada redondilla.:

¡Ay! pobre suspiro mío,
Cuando te apartas de mí
No quisiera más de ti
Que hallarme donde te envío.

Le ajustamos varias glosas de pie quebrado y a cual más disparatada, que nos hacían estallar en ruidosas carcajadas, no obstante lo enojoso de la situación, hasta que al fin aceptamos la siguiente, que cedimos al galán asendereado que parecía necesitarla:

Mensajero a quien confío
Mis últimos sentimientos,
Vuela en alas de los vientos,
¡Ay, pobre suspiro mío!

Y a aquella de quien oí
Promesas que no merezco,
Cuéntala lo que padezco
Cuando te apartas de mí.

Si tú lograras así
Asegurar su firmeza,
En medio de mi tristeza
No quisiera más de ti.

Porque temo su desvío
Y de mi suerte el encono,
Y otra dicha no ambiciono
Que hallarme donde te envío.

Descansamos en las casas cercanas al alto, en donde encontramos a discreción aire húmedo para los pulmones, mazamorra *cerrera* para el estómago y cogollo u hoja fresca de maíz para las mulas.

—¿Por qué se les ocurriría llamar muelas a este repechón? observó uno.

—Tal vez, dijo el doctor Hoyos, porque *muelas* significa, entre otras cosas, cerro alto, y hay en esta dirección varios de ellos.

—O quizá, opinó otro, por el mismo motivo que al llanero que dijo en su galerón:

Me llaman el *tantas muelas*
Aunque no las he mostrao,
Que si llegara a mostrarlas
Quedaría el sol eclipsao,
Las estrellas apagadas
Y el universo admirao,
Que tengo los dedos romos
De pegarle a los malcriaos
Y ninguno me la ha hecho
Que no me la haya pagao.

Las travesías de La Chillon, que nos tocó recorrer en seguida, abreviado pero repetido compendio como para repasar la materia de todo lo atrasado; bajadas, subidas, fangales, laderas, precipicios, etc., todo en menor escala pero en incesante alternativa. Nos hubiera convenido caminarlas pronto, porque las nubes se aglomeraban sobre nosotros y la lluvia era inminente; pero no había ni por excepción un palmo de tierra plano u oreado en donde pudiesen trotar las mulas, y harto hacían las infelices en sacarnos de estos andurriales al lento andar que ellos permi-

Alcanzamos así hasta las casas del señor Castaño, a las que no bien nos hubimos acogido cuando se desplomaron los cielos, como se dice, y lanzaron a cántaros el aguacero. El misericordioso huésped puso su casa a nuestra disposición y nos demostró que debíamos dar por concluída la jornada porque, en su concepto, así había riesgo de que escampase como de que él se hiciese musulmán: tentadora demostración que además dimos por concluyente, por lo poco que apetecíamos repetir el baño y las aulagas de la noche de la víspera. Serían apenas las dos de la tarde cuando acampamos, y llovió hasta que, agotados los recursos para ahuyentar el sueño, nos rendimos en sus brazos casi a la media noche.

En la comida que debimos a la obsequiosidad del señor Castaño, figuraba un provocativo chicharrón, blanco y ojoso como un copo de espuma, con cuyo motivo el doctor Méndez nos suministró este otro cacho:

Cuando venía de su patria el médico inglés doctor D.... en la comida que el

ofreció en Guaduas el generoso Coronel Acosta le hizo servir un gran chicharrón. El doctor lo engulló con delicia y luego preguntó:

—¿De qué se hace esta excelente pasta?

—De pellejo de piel de cuero de cutis de marrano, le contestó el Coronel.

—¿De la epidermis del cerdo?

—Sí, señor,

—¡Oh! exclamó el doctor, y son tan bárbaros mis paisanos que lo emplean en galápagos.

Febrero 20—De La Chilloná continuamos por laderas semejantes a las del día precedente. Trepamos la cuesta y el alto del Cardal, luego pasamos la bajada y la quebrada de Tarea, la subida y el alto de Pan de Azúcar, la bajada y el río de Tapias, las travesías y quebrada de Santa Isabel, y después de subir el alto de Cantadelicias entramos al pueblo de Neira.

Este pueblo, apenas en proyecto, como de nueva creación y que parece recordar con su nombre al del caudillo de Buenavista en 1841, se compone al pre-

sente de algunas casas diseminadas sobre un área desigual, y de una mala iglesia pajiza, en la que probablemente habrá de ser plaza. Como trata de establecerse sobre un suelo virgen y agreste, tiene campos feraces propios para dehesas y labranzas, pero su clima húmedo debe de ser malsano y desagradable. Nos dijeron que sus pobladores tenían determinado trasladarse a otro punto, Criaderos, que es más llano y de mejores condiciones de salubridad.

Como según decía el maniático hidalgo pintado por el más sensato de los hombres, «el buen paso, el regalo y el reposo allá se inventó para los blandos cortesanos; mas el trabajo, la inquietud y las armas se inventaron e hicieron para aquellos que el mundo llama caballeros andantes,» poco pudimos gozar de las conveniencias del poblado, y continuamos en demanda de Manizales, adonde ya ansiábamos llegar para poner punto a esta penosa parte de nuestro viaje. Tres jornadas llevábamos desde Salamina y quizá no habíamos caminado diez leguas, a consecuencia,

como se ha visto, de lo fragoso de las vías y de la crudeza del invierno.

Pasamos las travesías de Pueblorrico, y volvimos a las de marras, cuando nos tocó descender la gran cuesta que conduce al río Guacaica.

Tuvimos que vadear también este caudaloso y pedregoso río, porque del antiguo puente existían solamente los estribos. Frente al de la margen opuesta no quedaba más que un platanar, cercado con guaduas y matas de fique, y a corta distancia una cruz aislada parece señalar un punto notable. El 6 de marzo de 1851 el señor D. Elías González, que había seguido un largo litigio sobre todas estas tierras, venía en compañía del Juez del Circuito y de otras personas, parece que a tomar posesión judicial de algunas de las dichas tierras. En el platanar le asechaban dos individuos que a quemarropa le dispararon un tiro, tan certero que apenas avanzó sobre su mula hasta el lugar marcado con la cruz, y allí cayó muerto.

El señor González, como lo hemos visto, había sido diez años antes uno

de los héroes de Salamina: hombre notable, enérgico y vigoroso, era el tipo del antioqueño emprendedor y activo, para quien no hay fatiga, obstáculos ni distancias. Refieren de él jornadas y viajes de increíble celeridad, hasta tal punto que sus paisanos lo llamaban «cansa perros.» Era tío materno del poeta Gutiérrez González. Séale la tierra tan ligera como él lo fue para ella.

¡Qué tragedias las de la vida, capaces de desanimar a cualquiera! ¿A qué conducen la fatiga, el afán, la congoja, de los pasos contados que se dan sobre la tierra, si un mismo desenlace espera a todos, si todo lo dejamos con la muerte y si ella sobreviene tan pronto y tan inopinadamente? ¡Tan en serio que cada cual toma sus ilusiones y sus intereses de un día, sus lisonjas y sus agravios, sus amores y sus odios, sus goces y sus pesadumbres, todos variables y pasajeros como la ráfaga del viento!

«¿Qué es la vida?, decía Byron: un poco de amor y de vino.... polvo.... y después un nombre.»— Pero ¿qué es

un nombre, qué son la fama y la gloria para unos huesos sin vida?—Ese nombre póstumo es el apetito del alma, el instinto de su inmortalidad, la noción que tiene de que para ella el sepulcro no es más que una transformación....

Continúa el camino por la subida de La Linda, cuya etimología no dejó de inspirarnos curiosidad, y desde donde empezamos a encontrar las casas y posesiones arregladas que anuncian de ordinario la proximidad de una población de importancia. Sigue el alto y luego las travesías de Morrogacho hasta entrar al pueblo de Manizales.

Las cartas de recomendación que tenía para los estimables señores Joaquín Echeverri y Marcelino Palacio, hicieron que ellos, con amistosa solicitud, me buscasen alojamiento, ventaja que se hizo extensiva a mis amables y sufridos compañeros de viaje.

Instalados satisfactoriamente y cuando apenas pensábamos en buscar el descanso que apetecíamos después de tanto estropeo, dos caballeros se nos presentaron para invitarnos con instancia a un

buen baile que se daba esa noche y en el que se había tenido la galantería de asignarnos el primer puesto en dos contradanzas. A pesar del cansancio, la boca se nos hizo agua con tan provocativo convite; pero no teníamos más ropa que lo encapillado, y tuvimos que pasar por la pena de excusarnos, salvo el caso de que nuestro equipaje llegase oportunamente.

No llegó sino al siguiente día, a consecuencia de que el puente del Chamberí se había desbaratado detrás de nosotros y el río en dos días había estado impasable.

Febrero 21 y 22—Manizales, última población de Antioquia y su baluarte hacia el sur, cuenta hoy apenas tres años de fundación y todavía suele tropezarse en sus calles con las raíces de los árboles seculares que cedieron su lugar a los hombres. Como las ciudadelas inexpugnables de los antiguos tiempos, corona la población la eminencia de una cuchilla que domina los contornos y está casi perpendicular, cortada sobre el

vallecito de Chinchiná, desde donde empieza la poderosa región del Cauca.

Los antioqueños han escogido bien este punto y pueden hacer de él una plaza formidable en la guerra o floreciente en el comercio con sus vecinos los caucanos y marquetanos: militar y comercialmente se presta a ser posición de primer orden y a seguir un incremento más rápido que el de las demás poblaciones de Antioquia.

Hoy, con tres años de edad, exhibe hermoso caserío, iglesia, escuela y cementerio bien contruidos y cuenta con tres mil vecinos, todos industrioses y varios de ellos acaudalados. Su clima sano y agradable, sus aires puros, sus buenas aguas y los excelentes terrenos de sus inmediaciones, en donde, bajo diversas temperaturas, pueden prosperar casi indefinidamente la agricultura y la ganadería, le asignan grandes ventajas para la vida y el trabajo, que se completan con la importantísima de ser el cruce del tráfico y el comercio de pueblos y regiones de mucha importancia.

Tendrá que luchar con sus difíciles vías de comunicación, porque enclavado entre los repliegues de la falda accidental de los Andes centrales, su descenso hasta las planicies, aunque de pocas leguas en distancia directa, tiene que sujetarse a las incesantes ondulaciones que forman los bastiones y cimientos y la gran cordillera. Manizales tiene dos mil ciento cuarenta metros de altura absoluta, y, sin embargo, es apenas un peldaño de la mole andina, que en la dirección oriental sube hasta cinco mil quinientos noventa metros en el perfil nevado de la Mesa de Herveo, por cuyo límite interior y en un trayecto que no será mayor de veinte leguas desde Manizales, se baja para los valles ardientes de Mariquita. La vía nueva hacia el Sur que conduce al valle del Cauca aunque no tiene que trasmontar la cordillera sino salvar sus estribaciones, y no obstante que no alcanza a recorrer quince leguas hasta Cartago, se franquea lentamente y en cortas jornadas.

En cuanto a sus caminos para el in-

terior de la provincia, acabamos de experimentar el peine o serrucho que los constituye en las treinta y seis leguas que dicen hay hasta Medellín.

La posición estratégica de Manizales no deja, por otra parte, de ser una amenaza para su porvenir comercial, si a los antioqueños les da por belicosos y hacen de esa plaza la base de sus operaciones defensivas u ofensivas. Puede suponerse cuál sea la suerte de los establecimientos mercantiles que quedan dentro de su recinto y de los agrícolas de sus inmediaciones cuando las devastadoras necesidades de la guerra se radiquen allí: ellas aniquilarán en pocos meses cuanto la industria haya acumulado en largos años, y dejarán cruelmente escarmentados a los que vean que el fruto de sus faenas sirve en definitiva para mantener el monstruo de la discordia.

El experto General Herrera creía que deberían estudiarse por propios y extraños la topografía y el sistema de defensa y ataque de ese Gibraltar antioqueño, que puede con el transcurso del

tiempo tener alguna significación en nuestra vida política. Por ahora esto se halla en embrión y, prescindiendo de mi absoluta insuficiencia, hay mucho invier- no y muchos bosque para intentar una exploración: me limito a apuntar la idea del vencedor en Rionegro.

En la guerra ofensiva o de invasión los antioqueños concentrados en Manizales pueden excursionar por muchos puntos sobre el valle de Mariquita, cuya línea defensiva es tan extensa que es difícil resguardarla; no creo que le suceda lo mismo hacia el Cauca en donde, prescindiendo de posiciones intermedias, la hoya del Otún les opone una barrera que puede hacérseles formidable. Aliados, u obrando en combinación sobre el centro antioqueños y caucanos, en operaciones diestramente dirigidas, pueden poner en conflictos al resto de la República, aun suponiendo que esa otra parte de ella se opusiese uniformemente a aquellos.

Como mis compañeros debían tomar la vía del Cauca y yo la de Mariquita, tuve que buscar otros con quienes aso-

ciarme y di con unos arrieros que debían marchar, presididos por un moce-
tón esbelto y robusto, de fisonomía fran-
ca y naturaleza simpática que funciona-
ba de caporal y se llamaba Dionisio.
Con él hicimos nuestro mercado el do-
mingo para procurarnos el avío o bas-
timento necesario para los cuatro o cin-
co días de travesía de la helada y de-
sierta cordillera, consistente en carne,
arroz, bizcocho, chocolate y panela, a
lo que agregamos unas botellas del que
preconizaba nuestro conocido camara-
da como el mejor ingeniero para com-
poner los caminos.

También me suministró Dionisio la
brigada para mi montura y equipaje,
toda formada por bueyes. No contaba
yo con cabalgar en este cornudo бага-
je, a la manera de los sabaneros en las
fiestas de toros en Bogotá, y por eso le
observé con extrañeza :

—¡ Hombre !.... ¿ Y yo también voy
en buey ?

—Por supuesto, y si no ¿ en qué ?
Ellos son un tantico jeti-duros pero no
se caen con uno.

—¿ Y cómo se ensillan ?

—Lo mismo que los demás alima-
les, y les sirve de freno la nariguera.

—Pero serán de movimientos muy
duros....

—Eso sí, porque casi todos son tro-
tones, pero yo le voy a escoger un an-
dón.

—¡ Cuántos géneros de vehículos hay
en nuestro país, desde el carguero has-
ta el buey y el burro ! Recuerdo que
una vez viajé en el Alcalde de un pue-
blo.

Voy, pues, a dejar a Antioquia ; pero
antes de hacerlo, y por el interés que
por ella tengo, permítaseme hacerles
una indicación a su pueblo y a su Go-
bierno, que, si no la hallan desacertada,
puede serles útil.

Puesto que los antioqueños reúnen
tantas condiciones de yanquis, séanlo
también en cuanto a su política exte-
rior ; adopten la doctrina de la no inter-
vención. El quijotismo político, el me-
terse a desfacer ajenos tuertos y agra-
vios, puede ser la ruina de Antioquia,
de su respetabilidad, de su progreso,

de su riqueza, de su moralidad, dígalos si no la pasada contienda que vengo de presenciar. Como Antioquia es rica y fuerte y puede tener vida propia, quieren erigirla en campeón de partido para que, en resumen, se halle con auxilios débiles y discontentadizos haciendo frente al resto de la República, que se desploma sobre ella, la invade, la humilla, la desorganiza y puede hacerle pagar caro su rescate. Con esto pierde ella en pocos meses cuanto haya acopiado de influencia, orden, riqueza y prosperidad en años anteriores de buen régimen interior. Que adopte para sí las instituciones que juzgue mejores, y deje que hagan lo mismo las otras secciones del país, de manera que cada cual mande en su casa y pase por las penalidades, los desengaños y los escarmientos consiguientes a todo el que yerra. El remedio puede venir así del tiempo, de la práctica de las instituciones y de la legalidad, y no de la atolondrada impaciencia y de la violencia presuntuosa.

No quiero decir con esto que cuando se trate de los principios cardinales, de

los intereses permanentes de la República, de una causa, en fin, digna y sensata que no sea de bandería, de partido, y de aspiraciones de círculo, se abroquele en el egoísmo y deje de cumplir con toda su espontaneidad y su fuerza los deberes para con la patria. Una cosa es el deber patrio y otra las aventuras políticas: el prescindir de éstas no induce a no llenar aquel.

Asímismo me atrevo a indicar otra observación al país con respecto a Antioquia. La masa de la gente antioqueña es de constitución fuerte, índole recia y pasiones crudas, de tendencias positivistas y por consiguiente, imaginativa y poco sujeta a los transportes de la sensibilidad: es necesario, pues, educar, morigerar, suavizar y no dar brida entera a esa naturaleza un tanto rudimentaria. Ella puede desbordarse y llegar a los extremos; y una vez que en Antioquia el pueblo como pueblo, y con causa y por inspiraciones propias, se apasione y se lance, puede llegar a ser un torrente difícil de contener.

Apasionados son los caucanos, impe-

tuosos y exagerados, pero los creo susceptibles de ceder a estímulos que obren sobre su imaginación o su corazón; mientras que los antioqueños, una vez precipitados y ciegos, los juzgo inatajables ante otra cosa que no sea la fuerza material.

¿Luego en Antioquia debe prevalecer el régimen represivo y el sistema conservador? No: aquí, como en todas partes, los pueblos y los individuos son dueños de sus derechos, y defraudárselos o escatimárselos es arrebatárselos lo que legítimamente les pertenece. No es del ejercicio del derecho de lo que se puede desconfiar, sino que al par de él es preciso hacer que se ejercite también su correlativo, el deber, por medio de las sanciones que hagan eficaz su cumplimiento. No es obscureciendo y debilitando la noción del derecho sino aclarando y robusteciendo la del deber, como creo que puede obrarse sobre los antioqueños: es indispensable propinarles conjuntamente la política y la moral: sin las inspiraciones de la libertad, pueden ellos ser los retrógrados más reacios;

pero sin el freno de la moral pueden ser también los anarquistas más desenfrenados.

Es para mí admirable en la raza inglesa la coexistencia de esos dos móviles, derecho y deber, que la hacen tan libre y tan gobernable, tan digna y tan próspera, bajo la monarquía europea como bajo la democracia norteamericana.

Y puesto que he tocado estas materias, completaré francamente mi pensamiento: así como la libertad necesita hermanarse con la moral, ésta necesita tener por base la religión. Para mí un pueblo irreligioso no puede ser un pueblo libre, porque es un pueblo inmoral.

Hermanar la religión con la libertad en vez de hacerlas antagónicas, me parece que debe ser la tarea de los verdaderos demócratas, de los que sinceramente aman al pueblo.

Sin Dios no hay nada: EL es el alfa y la omega, el principio y el fin de cuanto existe. Donde el orden de Dios desaparece, sobreviene la confusión del caos.

Febrero 23—A las siete de la mañana, envueltos en una atmósfera nebulosa, húmeda y fría, estábamos disponibles los que formábamos la expedición que debía abrir operaciones sobre el camino de la cordillera del Ruiz y Herveo. Trece bueyes, tres perros, un muchacho guión, cuatro arrieros, Dionisio y yo: he aquí el efectivo de la expedición.

En previsión de lo que pudiera acontecer, todos reforzamos el almuerzo, municionando el estómago con doble pertrecho por si en uno o dos días le esperaba régimen de abstinencia. Duplicamos también la provisión de encerrados, y tratamos de poner a prueba de agua la cama, esa última ilusión en un día de cansancio y frío.

A las ocho rompió la marcha la vanguardia, en la que iban Pedro (alias *Peranchico*) el guión, conduciendo por la nariguera al buey madrino, que marcaba el sendero que debía seguirse; seis bueyes en pelo o sin carga, e Isidro (o sea ñor Garrón), encargado de arrearlos. Poseía éste el repertorio completo de los silbos, gritos e interjeccio-

nes de estilo para manejar los bueyes, avivar su movimiento en los malos pasos, sacarlos del bosque o de los desechos cuando se *desmanchaban*, etc. Ter-ciaba guarniel, llevaba en la cintura cuchillo y totuma y manejaba largo arrea-dor.

Partió luego el centro con cinco bueyes cargados con mi equipaje, los hatillos, en que iban los víveres, la paila, ollas y olletas para cocinar, el tarro de guadua con las velas, dos grandes toldos para acampar en los buenos *contaderos* en que hubiera agua y se pudiesen cerrar los *portillos* para que no desertasen los bueyes, y las enjalmas de los que iban sin ellas y habían de volver cargados con sal, tabaco y otros artículos que se compran en Ambalema. *Calistro* y *Toribio* regían esta importante sección, y en los largos intermedios en que no era necesaria su intervención para que los pacienzudos bueyes adelantasen en su camino, ellos cantaban a dúo las tonadas del país, melancólicas a veces, y a veces llenas de malicia y gracia, cuyas notas sonaban en to-

do su vigor entre el silencio de estas vastas soledades.

Cerrábamos la marcha Dionisio y yo repantigados tranquilamente sobre nuestros bueyes, aderezados con enjalma el suyo y con mi galápago el mío. *Meregildo*, peón despabilado y chusco, nos servía de oficial de órdenes, y de escolta los perros Rifle y Chucho y la perra Caspiroleta.

La pésima trocha que seguimos, sublimada hasta lo abominable por el invierno, era de una fiereza superior a toda descripción y aun a toda ponderación. Sobre un piso fangoso, lleno en su fondo de hoyos, raíces, troncos astillados y palos caídos, el estrecho sendero se abría entre dos muros de tupido y erizado chuscal, cuyas espinosas ramas ya en flexibles y colgantes garfios, ya en púas laterales de todas formas y dimensiones, obstruían el paso y prendían, punzaban, herían, desgarraban el vestido y las carnes del transeúnte. Y no se crea que dentro de este callejón circulaba el aire y que sobre él se abría el cielo: el mismo enmarañado

chuscal se cerraba en bóveda a ocho o nueve cuartas del suelo, espacio apenas suficiente para el tránsito de los bueyes o de los peones, pero no para los que cabalgan. Estos tienen que andar largos trechos por aquella pestilente y lóbrega estrechura tendidos sobre sus cabalgaduras, esquivando los golpes de la cabeza y sacando lances con el resto del cuerpo a los garfios que lo hostilizan en todos sentidos.

De vez en cuando, en los recodos del camino despéjase la maleza y se sale a llanaditas, por la arenilla de cuyo suelo se abre cauce un hilo de agua que mana de entre el musgo y los helechos del bosque y, susurrando tímidamente, parece que se afana por refugiarse en la espesura del bosque opuesto. Se hace allí alto, se resuella, se desentumece el cuerpo, se enciende cigarro y se oyen zumbar los tábanos, chirriar los grillos y repetir su quejumbrosa cántiga el torito montés.

Llegábamos otras veces a pequeñas y despejadas colinas entapizadas de grama, en donde los guijarros ahuma-

dos o los fríos tizones atestiguaban que otros pasajeros habían hecho lumbre y detenídose allí, quizá para gozar de la luz y el aire que les negaba la aspe-
reza por donde habían transitado.

Solíamos también encontrar escondi-
das entre el bosque alguna que otra
pobre choza, ruinosas las que estaban
desiertas, y traspirando el humo tenue
del fogón por entre el ennegrecido em-
pajado las que cubrían seres vivien-
tes. Algún gozque canijo, marrano en-
teco o cuando más merodeadora gallina
daban idea de vida entre esta naturale-
za yerta y llorosa.

La alta montaña tiene grandeza agres-
te, y aire y luz y ruidos y torrentes y
paisajes, pero este barzal rastrero, que
vive mudo entre el fango, hasta con su
monotonía, entristece con su silencio.

En cuanto a lodazales profundos, em-
pinados rodaderos, estrechuras excava-
das entre barrancas gredosas y demás
pormenores en que ya me cansa insis-
tir, todo se halla aquí en su mayor pro-
porción y desarrollo. Esta puede servir
de tipo y modelo de las desastrosas

vías de comunicación que a nuestra es-
casa población, nuestro atraso y nues-
tra pobreza e incuria es dable abrirse
luchando con los obstáculos enormes
de nuestra portentosa naturaleza.

Desde la cuchilla nos empezó a llo-
ver, lloviendo pasamos la quebrada del
Perro y lloviendo llegamos a la de Ma-
nizales, en donde había hecho alto toda
la expedición.

Era la hora de merendar y de per-
mitir a los bueyes que mordiscasen el
nudillo que abunda en la cañada. Pe-
ranchico desprendió de una carga una
mochila empapada, sacó de entre ella y
puso en una totuma con sus propias
manos un trozo de carne fría y los frag-
mentos de unas arepas de maíz, todo lo
cual entregó a Dionisio. Este desenvai-
nó su ancho *belduque*, apretó la carne
con una mano y con la otra cortó de
ella tantas tajadas cuantos éramos los
concurrentes y, añadiendo la parte pro-
porcional de arepa que a cada cual to-
caba, nos repartió nuestra respectiva ra-
ción. Se nos distribuyó después panela
y agua, registráronse las cinchas o so-
brecargas y seguimos andando.

—¿Por qué no dejó usted en su casa a estos pobres perros? pregunté a Dionisio.

—En primer lugar porque ellos no se amañan sin mí, y en segundo porque en este viaje nos pueden servir de mucho.

—Hasta ahora no veo para qué, si no es para que se embarren, se lastimen y se emparamen.

—Eso es hasta ahora; después ya variará usted de opinión, sobre todo si nos embisten los toros.

—¿Cómo es eso de embestirnos los toros? ¿Hay hatos por aquí?

—Los hubo en el otro siglo en las pampas y en los pajonales del Ruiz: cargó el diablo con los dueños, se alzó el ganado y hoy en bandas feroces suele atacar a los transeúntes.

—Y un transeúnte ¿cómo se defiende de una banda de toros bravos? Solamente que se encarama a los árboles....

—Ni ese recurso le queda, porque los toros le acometen a la pampa limpia del pie de los nevados, en donde no hay más que arena y paja.

—¿Qué hace entonces el transeúnte?

—Ahí entran los bueyes y los perros: los bueyes para formar cuadro con ellos y colocarse adentro, y los perros para que por fuera hostiguen y espanten al enemigo. Usted habrá observado que el toro antipatiza con el perro, porque este ágil animal le muerde y le mortifica sin que el otro pueda cornearlo.

—¿De manera que para hacer este viaje es preciso formar caravana?

—Es por lo menos lo más prudente. Cada día son más raras las acometidas de los toros, porque con la cacería que les hacemos los hemos puesto ariscos; ¿pero quién quita que el día en que uno pase les dé la humorada de venir-sele encima?

—¿Y cómo son esos toros?

—Son pequeños pero macizos, de color oscuro, cuernos cortos, robusto y crespo el pescuezo, anchas narices, ojos como ascuas y rápidos como la exhalación. Andan en partidas; desde lejos se les columbra como una sombra que vuela mugiendo de cólera.

—¿Me dice usted que los cazan?

—Sí, señor : nos juntamos buenos tiradores y con bastantes perros los acosamos en puntos a propósito en donde los fusilamos. Vez ha habido de caer doce de una descarga. También en trampas los hemos cogido vivos, pero la furia los encalambra y los mata: su carne entonces no sirve, porque se pone morada como la de los calenturientos. Otra cosa hay terrible con estos animales y es el furor con que combaten unos con otros, hasta que muere el vencido y el vencedor cae extenuado de fatiga.

—Pero las vacas, los terneros, ¿no se pueden amansar?

—Las vacas y sus crías viven probablemente en el corazón de estas montañas y jamás se dejan ver. Estos animales tienen el instinto de la conservación: los machos exploran, viajan y combaten, y las hembras y los chicos no se arriesgan fuera de sus guaridas.

—Me gusta la crianza de los toros, que ni que fueran cristianos,—intervino Meregildo: los hombres por fuera buscando la vida y las mujeres y los niños en la casa haciendo su oficio.

Mientras nosotros nos entreteníamos en estas pláticas, interrumpidas a cada paso por los accidentes del camino, Calixto y Toribio cantaban adelante un bambuco de cuyos interminables versos apuntaré los menos escabrosos. Tenía el siguiente estribillo para después de cada cuarteta:

¡ Ay! que me zambuyo,
Que me zambuyo,
Que me zambuyo mamita en el agua
De cabeza como el cucuyo.

Quien bebe agua en calabazo
O se casa en tierra ajena,
No sabe si bebe sapos
Ni si lleva mujer buena.

Pobrecita mi mujer,
Le estoy tan agradecido
De ver que al volverse vieja
Me empieza a coger cariño.

Dicen las viejas antiguas
Que el que ha sido niguatero
Aunque le saquen las niguas
Siempre le queda el aujero.

Por un beso que me diste
Me cobraste cuatro reales,
¡ Caramba el beso tan caro!
Dando yo los materiales.

Adiós, adiós, vida mía,
Querida de tantos años,
Tú estás en las puras latas
Y yo en los atravesanos.

Pobre del Rey Salomón
Con sus mil y más mujeres,
Si yo con una que tengo
Me doy contra las paredes.

Mojaba muchos pañuelos
La que fue mi dulce hechizo,
Pero no por mis amores
Sino por el romadizo.

Mamita del corazón,
No tenga malas entrañas,
Hágase para el rincón
Que estoy en las puras cañas.

¿A quién le habrá sucedido
En medio de sus congojas
Comerse tamal y medio
Y no dejar ni las hojas?

La que me quiera querer
Que se venga con mañita,
Que ya yo estoy receloso
De toda mujer bonita.

Que mi mujer no me quiera
No es cosa que me enflaquece,
Porque si quiere a un borrico
Ella bien se lo merece.

¡Qué bien que juega el que mira
El naípe en ajena mano!
¡Qué bien que receta el sano
Al que de dolor suspira!

Engañé a treinta mujeres
Y una mujer me engañó:
Ese sexo veleidoso
¡Qué mal me correspondió!

Cuando Dios se determina
A no remediar los males,
Nada valen los cordiales
Ni los caldos de gallina.

Todos comen, todos beben,
Todos llenan su barriga,
Y el pobrecito de yo
Mirar y pasar saliva.

Eres, mi vida, muy loca,
Y en tu querer muy liviana,
Eres como la campana
Que el que quiere llega y toca.

Las mujeres cuando quieren,
Quieren como el gallinazo,
Que en comiéndose la carne
Al hueso no le hacen caso.

¡Oh! qué lindo es el amor
Cuando se arraiga en el pecho,
Que no tiene quien lo cure
Sino el mismo autor del hecho.

FAES
Biblioteca

Al que se casa con vieja
La vieja se le eterniza;
Los calvos de la corona
Parecen padres de misa.

La mujer que a mí me quiere
No tiene más que canillas,
Cuando la crió su madre
No se usaban pantorrillas.

Allá te mandé tres reales
Envueltos en un trapito,
Para que te mantengás
Y vistás al muchachito.

Aunque se acueste entre plumas
No pega el malo los ojos,
Que los cargos de conciencia
Le rascan más que los piojos.

Esto dijo el armadillo
Yéndose para su cueva:
Con que no me moje el rabo
Yo qué tengo con que llueva.

Tus ojos, vidita mía,
Son grandes y son azules,
Se parecen a los cielos
Cuando se apartan las nubes.

Rio de la Magdalena
No te muestres tan ufano,
Que lo que te dio el invierno
Te lo quitará el verano.

Yo me arrimé a un árbol seco
Por ver si sombra me daba,
¡Qué sombra me puede dar
Árbol sin hojas ni ramas !....

Después de otra corta detención en las márgenes del Chinchiná, llegamos a la explanada de Los Frailes, designada para acampar. Puestas en tierra las cargas y pasada revista de inspección a los bueyes, los arrieros se dividieron, unos para proporcionar acomodo a aquellos animales y otros para buscar las varas, la leña y el agua que se requerían para levantar los toldos y cocinar la merienda.

Silbaba el viento destemplado, pisábamos barro y nos rodeaba un horizonte estrecho, cargado de nubes cenicientas que anunciaban próxima lluvia. Mientras los arrieros cumplían sus comisiones, Dionisio y yo, estropeados por la jornada y sentados sobre un montón de enjalmas, única cosa seca que se nos presentaba, discurríamos acerca de los víveres con que contaba nuestra proveeduría.

—Mis caseros de Manizales, que Dios prospere, le dije, me revelaron confidencialmente que, entre otras co-

sas, habían agregado a nuestro avío cuatro gallinas asadas y un jamón.

—¡Excelente idea! prorrumpió él, frotándose las manos con alegría: se nos esperan cuatro banquetes para cuatro noches, a gallina por noche. Un arroz largo cocido con *patacones*, rebanadas de jamón y presas de gallina, es plato de lamerse los dedos; le añadiremos tasajo gordo, asado en las brasas, con arepa caliente, chocolate en totuma, migado con bizeochos y queso, espejuelo de guayaba y un chisguete del que se sube a la cabeza, y ¡carambola!.... tiene usted unos prójimos bien cuidados.

—Pinta usted las cosas tan a lo vivo, que me provoca: me parece que las veo.

—Y nos falta lo mejor: el apetito que abre una jornada de continuo ejercicio, la sabrosura con que despacharemos nuestros manjares al abrigo de nuestra tienda, cuando el viento helado zumba en su contorno y en la lona se estrella el aguacero.

Sobre dos varas perpendiculares y

otra de través entre ellas, se templó nuestra tienda, reforzada en la cumbre con encerados, asegurados sus extremos con estacas en el suelo, y rodeándola de una zanja que recogiese y diese curso al agua de la lluvia. Sobre el lado del piso amontonamos ramas y hojas y sobre ellas encerados; introdujimos como mobiliario mi equipaje, los hatillos y los jotos más importantes, encendimos vela en un farol de papel, preparamos las camas, y hétenos instalados más satisfactoriamente que muchos magnates. A éstos las rivalidades, la ambición o la codicia suelen torturar bajo el dorado artesón y sobre el tapiz mullido. La riqueza tiene sus ventajas, ¿quién lo niega? pero apareja también sus inconvenientes: pensar que la vida sea para alguno otra cosa que una ensalada de frutas agrias y dulces, en la que con frecuencia se carga la mano a las agrias, es cuadro digno de boquirrubios.

En nuestra tienda debíamos alojarnos Dionisio, Meregildo y yo, más la guardia de los tres perros.

Los arrieros alzaron también la suya, en la que almacenaron los aparejos y enjalmas, y cerca de su boca de entrada se dieron todos al improbo trabajo de hacer fogón y encender lumbre. Sobre la llama de un cabo de vela acopiaron las astillas menos húmedas y encima de éstas formaron una pira de leños verdes, cuya corteza manaba agua viva. Imposible parecía que esta madera empapada entrase en combustión; pero tanto soplaron a dos carrillos los empecinados peones, que a poco rato chirriaba la madera, el humo nos escocía en los ojos y la hoguera tenía brasas y despedía llamas. Todo cede ante el esfuerzo del hombre con tal que ese esfuerzo se proporcione al obstáculo que se le opone; quizá lo único que no cede es el carácter del hombre mismo, que cada uno es víctima del suyo: natural y figura hasta la sepultura.

Dos horas después la paila hervía y sus efluvios provocativos llegaban a tentarnos hasta nuestra tienda, en la que, envueltos en nuestras mantas y oyendo llover, esperábamos a que Mere-

gildo apareciese con el arroz largo y sus arandelas de que Dionisio había anticipado la apología.

Trascurrió un rato más y de improviso nuestro Ganimedes se presentó hecho sopa, abrigando bajo su ruana de encerado nuestra ración, fraternalmente servida en un solo platón de loza del país, para Dionisio y para mí. El arroz hervía y humeaba, y al primer envite que de contado le hicimos nos asó la boca.

—¡Arre! exclamó mi compañero ¡cómo se conoce que esto es hecho con leña verde!

—¿Por lo ahumado?

—Porque levanta ampolla. ¡Caramba!.... si es como comer ascuas....

—Pues sople, amigo, y adelante.

—Item.... esto está a medio pespunte....

—¿Cómo es eso?

—Cocho.... medio crudón.

—¡Eh, hombre! déjese usted de remilgos y éntrele de firme al arroz, dé donde dé.

—Como yo lo decía por usted.... ¡para que viera que no paso entero!

—¡Vaya!.... ¡Qué escrúpulos! Yo hallo todo tan bueno, que propongo un ascenso para el cocinero.

Sea porque el gargüero se cauterizase o porque se enfriase el arroz, hicimos a éste los honores de su clase, así como a lo demás que vino en seguida, con lo que entramos en otro temple y nos pusimos de excelente humor. Pero yo me rebujé entre mis frazadas para dormir.

—¿No quiere echar unas manitas de tute mientras reposamos la comida? me propuso Dionisio sacando la baraja de entre el guarniel.

—No estoy para el paso, amigo, porque me caigo de sueño....

—Es que yo no puedo dormir con la comida en la olla: me sueño casándome, sorteando todos los toros del Ruiz, dando vueltas de carnero de los chorros de Honda para abajo....

—¡Conténtese con que todavía eso sea sueño y abur!

—¡Ah condenao! le oí mascullar a Dionisio, no lo desvelan nian las cachacas de Medeyín, que estarán pensando que va hecho una aflicción!....

Febrero 24—Antes de que la rubia aurora pensase en alegrar la tierra asomando su faz risueña por el rosado oriente, ya la charla y las chanzonetas de los madrugadores arrieros nos habían interrumpido el grato sueño de la madrugada, ese indefinible calofrío en que el cuerpo se repliega con la voluptuosidad del gato que se enrosca, esa hora fluctuante entre el sueño y la vigilia, en que los blandos deseos y las vagas reminiscencias acuden al alma y ella no comprende si es que sueña o si es que piensa.

Fue entonces cuando si por una parte me retenía en la cama el calorcillo de las mantas, por otra las varas sobre que estaba tendido me magullaban el cuerpo por donde quiera que lo movía. El frío exterior era intenso, y la neblina como capas de algodón escarmenado, condensaba y humedecía el ambiente respirable.

Poco a poco la luz pálida, filtrando al través de la neblina, empezó a alumbrarnos; pero la naturaleza despertaba callada y triste como la persona a quien

el pesar domina: ni un airecillo susurraba, ni en el bosque se movía una hoja, ni un ave saludaba al nuevo día.

Al parloteo de los arrieros se juntaba el acompasado soplo de Peranchico, empeñado en avivar los restos de la lumbre para hervir el agua de panela del desayuno.

Cuando ya los arrieros se pusieron en movimiento y se trató de traer los bueyes para aparejarlos y cargar, desde mi lecho recogía los diálogos:

—¡Upa, mano Garrón! gritaba Calixto, tréigase el pintao Chaverra pa los hatillos.

—Ese es muy maganzón, contestaba a lo lejos aquel, cuasi que sería mejor el Pechi-bayo.

—Tréigalo pues, y el Vayuno y el Desrabao pa plantarles hoy las enjalmes vacidas....

—Güeeeno....

—Conque compae Toribio (recortando la voz) ¿no me largás el Moginito por los diez y seis patacones?.... Te doy de fiador a D. Dionisio.

—No compae: dejate de güeltas y de

una vez consagrá en los veinte. Es baratísimo.... D. Lucio los afloja en el auto....

—¿Echemos suertes entre diez y ocho y veinte?

—¡Yo por qué!.... si el potrico es alhaja y a mí no me hace peso....

Llegó el momento de plegar el toldo y preciso fue abandonar la cama y entrar de lleno en las vicisitudes del día.

Despachamos a soplo y sorbo el agua de panela ahumada, y dispuesta la marcha como la víspera nos pusimos en camino.

La trocha que seguíamos continuaba abierta entre el desmonte invadido por el carrizal y la maleza, con bosque tupido a los lados y con los fangales, rodaderos y estrechuras de uso y costumbre. Mi buey no obedecía a la nariquera y me conducía a su antojo con la misma imparcialidad con que llevara una carga de petacas: inflexible como el hado, trepaba, descendía, se hundía en los lodazales, salía a botes de ellos, caía o levantaba conmigo; semejante a los matrimonios en que el consorte

díscolo y abusivo se alza con los poderes y arrastra en sus caprichos a la infeliz pareja, que le está adherida como Mazeppa a su caballo salvaje.

Había en la trocha pedazos impracticables aun para bueyes, y en ellos teníamos que echar pie a tierra, ya para pasar como maromeros por el corte de un desfiladero, ya para defender mejor la persona en lóbregos callejones. Y, cosa rara y hasta inexplicable, en el barro gredoso en que yo me hundía hasta las rodillas, los arrieros caminaban con la seguridad y el desembarazo con que lo hicieran en la sala de su casa: en donde ellos, pesados y corpulentos, dejaban impresa apenas la huella de sus grandes pies, ponía yo los míos y se iban a fondo como si cargaran a un elefante. Con mis imprecaciones de impaciencia y cólera, Dionisio y Meregildo acudían riendo a auxiliarme, sin lo cual en muchas ocasiones me hubiera sido imposible moverme, pegado como quedaba, a la manera de las moscas en la miel. Y las piernas se me desgarraban, y me estacaba los pies, y sudaba de fatiga y de congoja.

Al caer la tarde llegamos a una hondonada no muy considerable en su primera pendiente, cuyas dos grandes paredes avanzan hacia el camino abriendo sobre él un ángulo al que sirve de vértice el peñón tajado, por el que descien- de un torrente sonoro y cristalino, que se parte en hilos al llegar a su asiento pedregoso. Las paredes laterales están cubiertas de un tapiz verde y lozano formado por una especie de malva gigantesca, de tallos cortos y hojas tan grandes que miden hasta tres varas de anchura. El torrente cruza luego la corta planicie por donde va el camino y de nuevo se precipita por otra pendiente cuyo obscuro fondo intercepta a la vista la trabazón de los árboles y la maleza que crece en sus peñas.

Este romántico punto, más adecuado para el pincel que para la pluma, está situado a 3,354 metros de altura y se denomina Hojasanchas.

Tomamos aquí la refacción de carne fría y panela del medio día y continuamos hasta la sabana de Termales en donde acampamos a 3,680 metros de altura.

Como se ve, íbamos ascendiendo suavemente hacia la región de la nieve. La vegetación decrecía y escaseaba, reducida ya a arbustos y chaparrales en las faldas y a la grama erizada, los helechos y el chusque en las planicies: la monotonía, la soledad y el silencio de estas desamparadas eminencias conturbaba el espíritu al par que el frío mortificaba el cuerpo.

Levantamos con toda diligencia los toldos para procurarnos abrigo, y cuando dejamos aderezado el nuestro, tuvimos que bañarnos en las frigidísimas aguas de un arroyo para deshacernos de la costra de barro que traíamos en el cuerpo. El agua al principio atenazaba las carnes y taladraba el cráneo, pero cuando nos enjugamos y vestimos ropa limpia y estuvimos abrigados, experimentamos la más agradable reacción. Cuán cierto es que muchas veces del exceso del mal viene el remedio.

Probablemente este sitio debe su nombre a las varias vertientes cargadas de sustancias volcánicas y minerales que hay en él. La tierra de donde manan se

siente cálida lo mismo que el ambiente hediondo que las circunda; y sus aguas brotan a diferentes temperaturas, desde las simplemente tibias hasta las hirvientes, que despiden vapor y queman la mano que las toca. Su cauce y cuanto les está próximo se reviste de una capa sulfurosa hasta de tres pulgadas de espesor, y hasta donde alcanzan sus effluvios toda vegetación desaparece.

Estas circunstancias parecen indicar la existencia de fuegos subterráneos y de volcanes en combustión, de una de esas fraguas espantosas, como respiraderos del infierno, encerradas en las entrañas de nuestros Andes, que tantas calamidades han producido y que hicieron decir a Humboldt que en ciertas poblaciones las gentes cantan sobre sus sepulcros. La existencia del volcán del Ruiz es tan notoria, que no lejos de aquí se halla su gran cráter formando un cono truncado en la cumbre de la cordillera: hoy aparece apagado, pero en otras épocas estuvo en actividad, como lo comprueba la piedra pómez que abunda en sus inmediaciones, y aun la

lava que dicen se encuentra a poca profundidad de la tierra superficial.

Caldas decía en su Semanario: «Hemos contemplado mil veces esta soberbia cordillera desde nuestro Observatorio, la hemos registrado menudamente ayudados del telescopio, y nunca he visto la menor señal de humo ni de que esté encendido. No obstante, estamos persuadidos que existe en algún punto de esta inmensa montaña algún cráter, y creemos que las desgracias que padeció la villa de Honda en junio de 1805 no tienen otro origen.»

El cráter que anunciaba el sabio existe, pues en realidad tiene más de cuarenta metros de diámetro en su abertura, y es conocido vulgarmente con el nombre de Olleta. Y como la nieve que rodea su boca es de color amarillento, se infiere que sea por los vapores sulfurosos que él despide.

Aun hay quienes afirman que existen otros cráteres en la mesa inaccesible de Herveo, y que la serie de nevados de Herveo, Ruiz, Santa Isabel, Tolima y Quindío formaban un solo y seguido

yelmo nevado que coronaba la altísima cumbre de la gran cordillera, la que fue destrozada por las convulsiones terribles que debieron de ocasionar los volcanes.

¡Qué magnífico espectáculo debió de ser el de esa inmensa línea, cuando sobre el azul del horizonte destacaba su argentada cimera, orlada por las llamas de sus volcanes!

¡No me canso de admirar a Dios viendo su grandeza infinita en los grandes rasgos de sus grandes obras!

Febrero 25—Cuando fue necesario salir de la inacción a que nos reducía el frío glacial de la mañana y determinamos seguir camino, todo lo hallamos cubierto de un manto de escarcha, la lona de las tiendas, los árboles del bosque, la fangosa superficie de la tierra. El agua congelada en los charcos semejaba espejos, y la que se había cristalizado en los extremos de los barrancos y de las ramas, pendía en forma de largas agujas transparentes. Respirábamos niebla helada, sentíamos los

miembros ateridos, y patrones, arrieros y bestias tiritábamos todos. Poco nos faltaba para llegar a la cumbre de la cordillera y al pie de los nevados, apurando en el ascenso los rigores del clima.

Por algún tiempo seguimos batallando entre los atolladeros de la *trocha*, hasta que llegamos al término en que la vegetación se reduce a esparto, iraca y frailejón. Estábamos a cuatro mil metros de altura, y se abrió ante nosotros una inmensa explanada cubierta de pa-jonal azotado por el ímpetu del viento. A la derecha, sobre arenales áridos y restostados, que el huracán agita en remolinos, se alzan pardos y bruscos peñones, y sobre ellos se dilata la mesa de blanca-refulgente del Herveo, de cuyo límite exterior se desprenden, a manera de derrumbamientos de la nieve, caprichosas prolongaciones en forma de las raíces o garras con que el monstruo de hielo se adhiere a peñón que lo soporta.

Según los datos que recogí del Coronel Codazzi, esta mole de nieve de 22 $\frac{1}{2}$ de legua de largo por $\frac{3}{5}$ de ancho y de 645 metros de alto por 14 de espesor,

se alza a la altura total de 5,590 metros. Los *neveros* o derrumbamientos nevados descenden hasta 300 metros de su límite inferior, de suerte que en la vía que recorriamos los tuvimos a menos de 400 metros de distancia y a la temperatura media de 6° centígrados.

Cuando ocupamos este punto, la escena cambió rápidamente: la niebla se disipó arrebatada por el viento, rasgáronse las nubes, y el cielo, diáfano y azul, nos descubrió un horizonte inmenso, iluminado por los torrentes de luz de un sol de fuego que reverberaba en el hielo bruñido de la mesa y teñía con los vivos colores del iris los deformes ramales de los neveros. Al occidente y al norte dominábamos la serie escalonada de montañas de Antioquia, al oriente el descenso hacia los valles del Magdalena, y al sur erguían sus cabezas resplandecientes El Ruiz, Santa Isabel y Tolima. Día de inolvidable belleza, del que gozábamos escalando el cielo como las águilas.

En esas planicies, llamadas *sabanas*, se reparten las aguas y tienen sus lími-

tes las provincias de Córdoba y Mariquita. Las sabanas no son completamente planas, sino onduladas graciosamente; ni presentan tampoco al principio las numerosas vertientes u orígenes de ríos que puede suponerse, pues con excepción de algunas lagunitas y pantanos, no hay aguas hasta las cabeceras del río Gualí, siendo de allí para adelante frecuentes y exquisitas. El terreno es calcáreo, poroso y húmedo, y entre las plantas que produce, además de la paja larga y amarilla, son notables el frailejón de diversas clases, que por sus hojas afelpadas y sus tallos resinosos parece previsto por la naturaleza solícita para recurso del hombre en estos sitios rigurosos; y una especie de estrella blanca que compacta sus raíces sobre las lagunas de una manera tan resistente, que se transita sobre su movable alfombra sin que se rompa.

En la extensión de la planicie encontrábamos osamentas y restos de animales que, según mis compañeros, se habían emparamado por las granizadas y la *chapola* que los habían sorprendido

en esta región desamparada. Llama *chapola* a la lluvia condensada en polvo de nieve, que se forma cuando sube el frío a su mayor intensidad y que envuelve con su mortaja glacial cuanto encuentra.

Dionisio tenía sus ribetes de filósofo:

—¿Qué será, me decía, que las alturas en el mundo enfrían; se enfrían los amigos que se elevan, y en las eminencias, a los dominadores que se encumbran, se les hiela el corazón? La desgracia como que es la tierra caliente de la vida: plagada de insectos mortificantes y de reptiles venenosos, muchas veces sin agua y sin sombra, pero con la sangre en ebullición y con la vida en común con los seres que nos rodean.

—De todo hay en la viña del Señor; pero por lo que hace a nosotros me parece que estamos a prueba de bomba, pues ya usted ve lo *frescos* que estamos no obstante la altura a que hemos llegado.

—Si fuera altura social, sabe Dios cómo estaríamos: tengo para mí que más personas pueden resistir a los ries-

gos del cuerpo que a las tentaciones del alma. Satanás, para tentar al Señor, lo transportó a la cumbre de la montaña, y para tentar al hombre lo encarama en las puntas de la vanidad.

—¿De dónde saca usted toda esa literatura?

—De lo que se ve, señor: el trato con los hombres enferma a veces más que la ascensión a los nevados: de éstos se puede bajar, mientras que el desengaño es una cumbre a la que se sube por mil caminos y de la que por ninguno se baja.

—Amén. Muchas veces el desengaño es engaño también, o es una de las formas de nuestra propia vanidad: nos forjamos monstruos y quimeras para martirizarnos, o somos tan engreídos que el agravio y la sinrazón siempre la adjudicamos a los otros y nunca a nosotros mismos.

—De donde se deduce—terció Meregildo—que unas vienen de cal y otras de arena, y que al bien que viene se le abren las puertas, que en cuanto al mal él mismo las abre, y que nada nos ha de faltar y plata nos ha de sobrar. Estoy

con el patrón, es triste el oficio de los tristes y, como dice el dicho, el garbo tapa todo.

—Este Meregildo vale siete pesos....

—Que son los que voy ajuntando para mi casamiento con una muchacha que... ¡mire!.... y se chupó la punta de los dedos.

Era tal el estado de humedad y avería de nosotros y de lo que traíamos, que a pesar de lo extremado del clima y de los accidentes que pudieran sobrevenir, determinamos aprovechar el viento y el sol para abrir y orear todo. Acampamos al efecto a poca distancia de La Cueva de Nieto, que se me pintó como un refugio en caso desesperado contra la intemperie. Es esta cueva una hendidura tenebrosa, abierta en la base del peñón, que puede tener hasta 10 metros de altura por 1 y medio de ancho y más de 20 de fondo; el piso está erizado de trozos de roca, desprendidos del cielo, quedando otros en flagrante tentativa, de hacer lo mismo sobre quien está debajo. Me horrorizó este antro, y no solamente renuncié a guarecerme en él

sino que me parecía que se desplomaba y me atortillaba en los instantes en que estuve adentro.

—Sabe usted, pregunté a Dionisio, ¿de dónde proviene el nombre de esta cueva?

—Sí señor, y le contaré la historia. Fue D. Elías González quien discurrió en 1847 abrir esta vía de comunicación entre Manizales y Mariquita, para lo cual comisionó a los señores Joaquín Arango y Fernando Henao. Venía con ellos, entre otros, un señor Nieto, quien no siendo suficientemente fuerte para resistir a la *chapola* que aquí les cayó, fue llevado por sus compañeros a la cueva, en donde murió. Más adelante veremos otra que se llama del Toro, por uno de esos soberbios animales que dentro de ella fusilaron los mismos exploradores.

En vano fue que pretendiésemos levantar los toldos, porque el viento, hinchando su lona como la vela de un buque, los arrebatava y rompía. Discurrimos entonces el arbitrio de formar una especie de reducto o nido circular con

las cargas y los aparejos asegurados con piedras y estacones, y rellenarlo de paja para apiñarnos en su centro por la noche, cubriéndonos en cama franca con cuantos encerados y mantas llevábamos. Preparamos, además, en contorno, grandes hogueras de frailejón, arrasando la paja en un gran trecho para evitar que las sabanas se incendiasen y acaso nos viésemos en conflictos.

Terminó felizmente el hermoso día, favoreciéndonos a nosotros, únicos habitantes de la inmensa pampa. Hundía el sol poco a poco su disco inflamado tras la argentada cima del Herveo: nosotros presenciábamos de pies y silenciosos tan grandioso espectáculo, y en el momento en que el astro desaparecía entre celajes de fuego y oro, Dionisio me interrogó de pronto:

—Patrón, ¿qué horas son?

—Las seis en punto.

El y sus compañeros se descubrieron, hincaron una rodilla y rezaron en coro las Avemarías.

Yo, firme en medio de ellos, me sentí

conmovido, y mi alma recordó *las oraciones* de otro. ¿De quién?... ¿de un retrógrado, de un rezandero, de un beato?... No: de uno de los más libres y grandes poetas, de Byron.

Me quité también el sombrero, busqué al través del firmamento la mística figura a quien me dirigía, y oré con el cantor de D. Juan:

«Avemaría: ¡Salud, María, sobre la tierra y el mar! Esta hora celestial del día moribundo es la más digna de ti.

«Avemaría: ¡Bendita sea estahora encantadora; sean benditos el tiempo, el clima, los lugares queridos donde tan frecuentemente he sentido la influencia de este momento difundirse sobre la tierra con tanto encanto y dulzura! La campana de la vieja torre resonaba a lo lejos, el sonido expirante del himno de la tarde se alzaba aún en los cielos; ningún soplo resbalaba a través del aire color de rosa, y por todas partes las hojas del bosque parecían conmovidas por una súplica religiosa.

«Avemaría: es la hora de la oración.

Avemaría: es la hora del amor. Avemaría: puedan nuestras almas elevarse hasta Ti y hasta tu Hijo. Avemaría: ¡Oh, cuán lleno de encantos está tu rostro, y cuán grato me es contemplar tus ojos inclinados, mientras que la paloma mística se cierne sobre tu cabeza! ¿Este no es más que un cuadro? No: es ante la realidad ante quien yo me prosterno.» (Canto 3.º, versos 150, 51 y 52).

Bajo la bóveda estrellada, oyendo batallar el viento contra el parapeto de nuestra guarida, en aquella soledad y en aquella altura, pasamos la noche fraternalmente agrupados y revueltos, conversando y tratando de contrarrestar el frío atroz que quebrantaba los huesos colándose por nuestros abrigos.

Los perros estaban con nosotros y gruñían vigilantes cada vez que el diapasón del viento subía hasta mugir enfurecido.

Eramos, pues, diez seres vivientes los que, en un espacio de menos de cuatro varas, debíamos permanecer aglomerados por diez horas.

Felizmente no nos asfixiábamos porque teníamos por techumbre el cielo, y en cuanto al aire.... lo gastábamos a discreción, podíamos decir que lo tomábamos a pie de fábrica.

Febrero 26—La aurora no se anuncia en estas regiones: como en la mansión de los muertos, nadie la espera, ni la saluda, ni se alegra con ella. En el lejano confín del horizonte aparecen franjas luminosas que se prolongan, se ensanchan, se tiñen de colores, hasta que, rojo y sin destellos, como un globo de fuego, surge a botes el disco solar. La atmósfera se inunda de luz; con lujo espléndido el firmamento se engalana como en el primer día de la creación; pero en la tierra nada tiene vida, ni el hielo impasible, ni el desierto vacío, ni el yerto silencio. Así errarán por el éter esos mundos muertos en los que sólo hay rocas despedazadas, hielos y cráteres.

Aunque la fortuna nos protegía deparándonos un día sereno, esperamos en nuestro refugio a que *calentase el*

sol, como decía el caporal, para movernos. Nos distraíamos mientras tanto observando las variadas figuras que representaban los neveros de hielo del Herveo con los caprichosos tintes que les prestaba la luz. Parecían las ruinas de un edificio fantástico: columnas rotas, pedestales y capiteles dispersos, balaustradas, cúpulas, arcadas, galerías, grutas, fuentes..... y todo con la más espléndida coloración y con la apariencia del alabastro, el topacio, el rubí, la esmeralda, el zafiro, el oro y cuanta suntuosidad hubieran acumulado los genios en un palacio mágico. El más opulento potentado de la tierra en los días felices de su ridículo orgullo no podría remedar una mínima parte de lo que con infinita variedad improvisa la naturaleza.

Nuestra marcha continuó en suave pero no interrumpida ascensión hasta el alto del Derrumbe, que principia y domina, como su nombre lo da a entender, la enorme sima de Lagunilla. Allí el viento soplaba vertiginoso y terrible, de manera que temíamos ser por él

arrebatados y volar al abismo, y teníamos que agrupar los bueyes y tenderlos boca-abajo para dejar pasar sus corrientes.

El Derrumbe de Lagunilla es el reverso de la mesa de Herveo: el uno es en vacío y para abajo, lo que el otro en mole y para arriba; podría imaginarse que el último se levantó amontonando la tierra que se excavó al primero, como se forma una trinchera con la tierra que se saca a un foso. Parece que la naturaleza se complace en los contrastes y los presenta grandes como todo lo suyo: Dios es tan infinito que no se repite en ninguna de sus infinitas obras.

Se abre el Derrumbe en la base del nevado del Ruiz, a la que, faltándole el necesario apoyo tanto por el declive y lo flojo del terreno inferior cuanto por las vertientes que lo minan, ha ido fraccionándose y rodando en grandes trozos hasta el fondo en donde corre el río Lagunilla. Así es que el Derrumbe tiene por respaldo el muro vertical del Ruiz, de 5,300 metros de altura, en el que se demarcan a la vista las fajas sucesivas

de hielo, rocas y tierra, como si hubiera sido tajado desde la cumbre hasta el cimiento con una inmensa cuchilla. Este nevado dista una media legua del de Herveo, y tras de los dos, cerrando casi un triángulo, se encuentra el Cráter, que ya he mencionado, a 4,885 metros de elevación: en la misma línea al norte, es decir, en la prolongación de la cresta de la cordillera, se alcanza a ver el cono argentado del Tolima, de 5,616 metros, y detrás del Ruiz se ve también el Santa Isabel, de 5,100 metros.

Desde el alto hay que bajar al fondo por cuestas rápidas y deleznales, en las que al menor tropiezo puede rodar el que pierda el equilibrio quién sabe hasta qué profundidad, y en las que es tan precipitado el declive, que las piedras ruedan solas y por tan largo trecho que se desvanece la cabeza al seguir las en su curso. Alternan en sus cuestas escalones descomunales con planos inclinados cortos y sucesivos que llegan a los abismos. El camino desciende hasta una de las gargantas del Derrumbe, traza en toda su anchura

casi un semicírculo y trepa hasta el alto opuesto, que llaman del Boquerón. Frecuentes hilos de agua provocan por su transparencia y pureza, pero son minerales y astringentes, principalmente uno por el hedor que despide denominado Aguahedionda. A la orilla del camino se precipita un torrente de mediano caudal a tal hondura y tan reciamente combatido por el viento, que sus aguas se disuelven en gotas que vuelven a subir en forma de lluvia y empapan el camino, por cuya razón dan a este punto el nombre de Chispeadero.

La tierra porosa y llena de grietas del fondo, está erizada de pequeñas protuberancias como las burbujas que levanta un líquido en ebullición, y salpicada de lagunitas de diferentes colores, cuyas aguas impregnadas de azufre, caparrosa y otras sustancias, indican su procedencia volcánica. Las piedras pómez y calcáreas abundan, la vegetación es casi nula, y hay atolladeros tan profundos que mis compañeros me hicieron ver en uno de ellos las puntas de las astas de una res, único vestigio

de varios bueyes que allí se habían hundido hacía poco.

Una de las masas de tierra precipitada desde el Ruiz ocasionó, en 1846, la formidable inundación de Lagunilla. Ella obstruyó por cinco días el curso del río, el que luego arrastró hacia el valle un torrente de lodo, grandes piedras y árboles arrancados de cuajo y cubrió hasta la techumbre de las casas. Muchas gentes pudieron huir advertidas por el ruido que se oía en el Ruiz, pero de las que no lo hicieron muchas perecieron arrebatadas por la inundación, y muchas de hambre y sed privadas de todo auxilio en la copa de los árboles que sobresalían en aquel océano de barro. Según datos suministrados por personas competentes, esta inundación elevó el piso 3 metros y 20 centímetros en cerca de 14 leguas cuadradas, de modo que la materia acarreada del Ruiz puede estimarse en 300,000 metros cúbicos de tierra.

Años más tarde (me ha informado el inteligente señor Ramón Guerra Azuola) el señor Roberto J. Treffry hizo una

excavación profunda en el trapiche de San Jorge, hacienda de La Unión; y descubrimos los vestigios de otras inundaciones que pueden calificarse de periódicas y progresivas. Periódicas, porque las capas de tierra vegetal que alternaban con las de acarreo de la inundación tenían igual espesor, lo que prueba que después de cada cataclismo ha debido transcurrir un cierto número de años igual entre derrumbe y de y derrumbe: progresivas porque las capas superpuestas iban siendo mayores a medida que se acercaban a la superficie, lo que prueba que cada vez han sido mayores el estrago en la cordillera y la materia acarreada por las aguas.

La parte, pues, del valle de Mariquita que tiene este mal vecino, ha sido víctima de él en tiempos pasados y está amenazada de serlo en los futuros. Indica esto también que la cordillera irá aplanándose, y los valles que reciben sus despojos irán elevándose, hasta producir cambios en los climas y en la configuración de estas comarcas, imposibles de prever.

Del alto del Boquerón sigue la cuesta hasta el río Lagunilla, de aguas blancas y espesas y que se pasa tres veces por pésimos vados. El camino, a medida que desciende, va presentando más vigorosa vegetación; así fue que a la caída de la tarde volvimos a encontrar bosque, barrizales y trocha como en la parte antioqueña, alternados con alegres llanaditas. En Sabanalarga hallamos un hermoso tambo nuevo, agua exquisita, grama para los bueyes y clima soportable, por lo que resolvimos hacer alto y darnos el desquite de las penalidades pasadas preparando sabrosa comida y tendiendo buena cama.

Estábamos de excelente humor, aunque con la piel tostada y los ojos irritados por el frío del páramo, y con el cuerpo lastimado por las heridas y contusiones.

—Mañana, me decía Dionisio mientras barajaba para la *primera vieja* que jugábamos de sobremesa, mañana pasaremos los *canjilones* de Bermúdez y la María Pardo.

—Después de los pasados, me río de ellos; ¿tienen algo de particular? 8

—El nombre que llevan, para usted que gusta de las historias.

—Veamos esa historia, mientras arreglo mis veinticinco de mano.

—El Bermúdez era un hombre rico, dueño de tierras, hatos salados y minas por estos lados. Era renegado de Dios y malintencionado con los prójimos, áspero de genio, de lengua viperina, matrero, caviloso y de un engreimiento tal, que creía que el mundo había sido creado para servirle y obedecerle. La María Pardo, la esposa, que tenía que sufrirle todo su despotismo, era una buena mujer, aunque atontada por el trato de su consorte; y como no tenía hijos, todo el amor de su corazón lo consagraba a los pobres.

Vivieron así muchos años sin que el hombre se amansase ni con los frecuentes avisos que le daba la Providencia, ni con los sinsabores que le acarreaba su carácter, hasta que un acontecimiento vino a terminarlo todo de una manera extraña.

Incurrió en una leve falta un esclavo, y el amo lo condenó a la desproporcio-

nada pena de un novenario de ayuno y látigo. El culpado imploró el perdón, pero el hombre fue implacable.

Al tercer día del castigo el esclavo pudo fugarse, y previendo que por esa dirección no se le buscaría, tomó para el Magdalena y en unos balsos se echó río abajo, resuelto a dejarse devorar por los caimanes si por acaso se veía alcanzado.

Furioso el dueño cuando supo que su víctima se le escapaba, ensilló su macho alazán y ante los cielos y la tierra pronunció este voto:

—¡Que el diablo me lleve en cuerpo y alma si me desmonto antes de atrapar a ese bellaco!

Y creyendo encontrarle entre las breñas de la cordillera, montó para perseguirle.

Apenas ocupó la silla cuando el macho se desbocó, y desbocado anda todavía desde hace más de cien años, sin dejar apear al jinete y pasando con él como relámpago por su casa y por toda la extensión de la cordillera. Andará así hasta el juicio final, y entonces el diablo le cogerá la palabra.

Es terrible para los viajeros encontrarse con él en la estrechura de los canjilones; porque los estrella con el ímpetu de huracán que lleva el maldito macho.

La María Pardo, persuadida de lo irrevocable de la suerte de su marido, se fue a Bogotá e invirtió todo su caudal en obras piadosas para obtener de Dios lo único que es ya posible: que el día del juicio su marido aprehenda al prófugo, para que no se cumpla la condición que le ha de entregar al diablo.

—¿Y usted sabe de alguno que haya tropezado con ese estimable sujeto?

—No, señor, puede ser que este privilegio nos esté reservado a nosotros; y con tal de que no nos atropelle el patrón Bermúdez, lo celebraría para cerciorarme de que es posible lo que nos cuenta Eugenio Sué en su *Judio Errante*.

—¿Ha leído usted, pues, ese libro?

—¡Vaya !.... si me lo tengo al dedillo, y me parece que veo a Dagoberto, a las hijas del Mariscal Simón y a la pobre señorita de Cardoville sacrificadas por la codicia, esa pasión que, como dice

San Pablo, es la raíz de todos los males.

—Según veo, usted así le hace a la literatura profana como a la sagrada.

—Son cosas que me quedan de lo que leo; porque para mí tengo que la memoria es hija de la atención, y la atención de la curiosidad, ¡y como yo soy tan curioso !....

Febrero 27—Sobre el suelo seco y al abrigo del buen empajado del tambo nuevo de Sabanalarga, pasamos una noche que hubiera podido parecernos excelente sin la plaga de ratones hambrientos que se cruzaban en todas direcciones y atentaban hasta contra nuestras orejas y narices: hasta a los perros los mantuvieron en incesante desasosiego, haciéndoles cambiar cada rato de lugar. Cosa rara que en un desierto como este abunden esas alimañas, que yo creía puramente domésticas. Al atrapar, después de una larga abstinencia, a un viajero solitario, serían capaces estos animalejos de devorarlo, como cuentan las consejas que hicieron en

un cementerio con un coronel viudo que quiso despedirse de los restos de su irremplazable mitad, justamente en la noche que había de preceder a sus segundas nupcias.

Dionisio me notificó que ese día dejaría mi buey y tornaría a cabalgar en mi mula; y como yo me manifestase satisfecho del cambio, me dijo con sorna:

—Y eso que su buey es andón, que si le hubiera salido como el que trajo el patrón Mejía....

—¿Qué tenía ese de particular?

—Que era de tan duro trote, que cuando llegamos aquí, el pobre señor traía dos llagas en los muslos, de tal manera que al ponerlo en la mula tuvimos que montarlo al revés, con la cara para las ancas.

—¿Y a dónde pusieron el freno a la mula para que la manejase? interrogó un arriero.

—Esto te toca adivinarlo.... ¡caviloso! le replicó Dionisio.

Sigue el camino en *trocha*, de fango hondo, obstruido por la maleza, hallán-

dose de trecho en trecho pequeñas llanadas limpias, cuyas gramas succulentas pastaban las bestias con delicia. Mi pobre mula llegaba jadeante y forrada en barro hasta las orejas, en lo que no le iba yo en zaga, puesto que nuestra suerte era común y juntos caíamos y levantábamos entre los rodaderos y lodazales.

Tras larga y fatigosa brega, una casa lejana, única en aquellas soledades, nos instigaba con la esperanza de descanso y de ofrecernos algo diferente de nuestras averiadas provisiones. Era la casa llamada de *Los Buriticaes*, probablemente por haberla construido o habitado alguna familia de ese apellido, y cuando a ella llegamos resolvimos hacer alto y dar respiro a nuestra brigada.

Salvo aguardiente, en la casa nada había disponible, porque el solitario gallo que clamaba en el desierto, era de raza fina, destinado a la pelea, y por consiguiente sobre ser de carnes escasas y duras, estaba predestinado a una muerte más heroica que la de la olla.

Esta circunstancia trajo a la memoria de mi caporal otro de sus inagotables chascarrillos.

Pernoctó en una casa un pasajero, y como madrugara mucho para seguir su viaje, la compasiva casera le instaba:

—No se vaya, señor, que está oscuro y es muy temprano; aguarde a que cante el gallo.

—No tenga cuidado, patroncita, que en el camino me cantará.

Efectivamente que le cantó, porque no oyendo el gallo en toda la madrugada, la casera lo buscó en vano: el viajero había cargado con él.

Lejos de encontrar recursos en la casa, tuvimos que rebajar de nuestro resto algunos que ofrecimos a dos soldados que, con los ojos amarillos, la tez verdosa, los labios crispados, los dientes largos y el cuerpo esqueletado, yacían tirados sobre un cuero en un rincón de la sala, devorados por la fiebre. Miserable destino el de estos seres anónimos, especie de bestias de servicio de la sociedad, que viven al remo de las fatigas y las privaciones y rinden su úl-

timo aliento lejos de todo afecto y destituidos de toda protección. Y sin embargo seguro es que algún recuerdo entristece su agonía, que de alguien desearan despedirse antes de entregar sus restos a la tierra extraña, que los cubre impasible como sorben las ondas del mar al náufrago que se ahoga. ¡Pobres de los pobres!

Como no ofrecía conveniencia la expresada casa de los Buriticaes, alzamos el campo y continuamos avanzando lentamente como lo exigía el permanente lodazal del camino. En toda la travesía de la cordillera no habíamos encontrado un viajero, y sin embargo las pésimas condiciones de la ruta, si indicaban incuria y abandono en cuanto a su apertura y conservación, también daban a entender que se hacía por ella tráfico suficiente para determinar su mal estado. En realidad, el comercio entre los pueblos del extremo sur de Antioquia y los ribereños del Magdalena, que se hace por esta vía, abierta hace pocos años, es ya de alguna consideración, que acrecentará cada día, tanto por los

productos de las tierras cálidas que necesitan los montañeses de Antioquia, tales como el tabaco y el dulce, cuanto por el incremento rápido de las poblaciones y el carácter laborioso, especulador y andariego de las gentes antioqueñas. El invierno crudo que traíamos explicaba por lo demás la falta de transeúntes que notábamos.

En *Vallecito*, explanada alegre en donde quedan los escombros de una casa incendiada, nos detuvimos para *engañar el hambre*, como decía un arriero, con algo de nuestras provisiones frías, ya que todas habían perdido su sabor propio y uniformemente habían adquirido el del costal que las conducía. Las pobres provisiones, húmedas y revenidas, nos tenían hostigados, y si las pasábamos a más no poder, era ya más un sacrificio que un placer el que nos proporcionaban.

Al fin, después de otras horas de marcha, divisamos el caserío de *El Líbano* y nos regocijamos como los navegantes que columbran la tierra. Los cinco días de intemperie y desierto nos

parecían una época interminable y anhelábamos el reincorporarnos a la sociedad, al abrigo y comodidades de las poblaciones. Aun no estábamos suficientemente agraviados por los hombres y desengañados de las farsas sociales para amar el yermo y para fantasear sobre la gran vida que puede disfrutarse habitando una gruta, durmiendo sobre los terrones, comiendo raíces y frutas silvestres con postre de la miel de las laboriosas abejas y apagando la sed con las aguas de las cristalinas fuentes. Vida honesta y divertida, vida barata y desahogada, mal que les pesase a la anemia, la pulmonía y el reumatismo, que se sobreentiende no habrían de dejar hacer su gusto impunemente al renegado de la vida social.

En cuanto al trato y comunicación con las fieras, si no mejoraba, poco tendría que extrañar de la amable especie humana: no calumnio a los salvajes creyéndolos más feroces que los civilizados.

¡Qué fiera es el hombre! Desde que hubo dos sobre la tierra, el uno mató al

otro: devora cuanto ve; se ceba en sus semejantes y se destruye a sí mismo, y esto después de que la civilización y la molicie le han amansado y domesticado por millares de años. Sobre los instintos del bruto, tiene la centella divina de la inteligencia, pero tiene también las furias de las pasiones, que acallan la razón y encienden los apetitos.

¿Qué es la historia sino el relato de las atrocidades y las matanzas humanas? Libro escandaloso, escrito con sangre, que podría ponerse de texto a los tigres y los chacales para perfeccionar su educación. Epoca por época, país por país, eso es la historia.

Abrámosla al acaso en uno de los grandes pueblos y en uno de sus grandes hombres. César, el *divino* César, que para consuelo nuestro no fue el primero ni el último de los de su oficio, asistió a la friolera de mil doscientos combates y destruyó algo así como un millón largo de seres humanos. Su excelente amigo Bruto se encargó de obsequiarle veintitrés puñaladas en pleno Senado, para vindicar la libertad roma-

na, sazonándolas con aquello del *Sic Semper Tirannis*, lo que salió al pie de la letra, pues que a César siguió el taimado Augusto, primero en la serie de Tiberio, Calígula, Nerón y demás insig-nes carnívoros, uno de los cuales deseaba que la humanidad tuviera una sola cabeza para cortársela con más comodidad de un solo tajo.

Y a Augusto, que sistemáticamente exterminó la libertad romana, seduciendo al pueblo rey con pan y circo, es decir con comida y carnicería, no faltó quien lo cantase, y fue nada menos que el *Divino Mantuano*, cuyos versos durarán lo que el mundo dure. *Exegi monumentum aere perennius!*

Pero, en fin, llegamos al caserío de El Líbano, agasajados por un hermoso sol de la tarde, respirando aire más benigno y recogiendo los ruidos confusos de la vida social: las voces que altercan, el hacha que corta, el perro que ladra, el toro que muge. Algunas familias antioqueñas, vigorosas y diligentes, forman este núcleo de lo que con el tiempo será gran poblado, y están allí

como avanzada de sus compatriotas, tando monte, limpiando el terreno virgen y estableciendo sementeras y labranzas. Todas estas faldas de la cordillera, sanas y feraces, serán colonia antioqueña, y esa hermosa raza vendrá así a mejorar la desmedrada de esta parte de Mariquita.

Nos alojamos en una limpia y espaciosa casa, en donde se trabajaba por todos, en todas partes y de todos modos: en mesas y bancas para despresar marranos; en la piedra y el pilón para moler cacao y maíz; en la hornilla y el horno para cocer arepas y pan, y en una tienda bien abastecida de artículos alimenticios, para atender al consumo de sus locuaces y numerosos parroquianos. La casa de gentes hacendosas es un espectáculo agradable, una colmena en la que cada cual se agita llenando su oficio, risueño, decididor, alegre, con la satisfacción en el rostro y la esperanza en el alma. Animación, vida, progreso hay en ella, disfrutan de bienestar sus habitantes, y el trabajo les despeja los problemas del porvenir.

Compáresela con la vivienda de los ineptos u ociosos, gentes que consumen y no producen, donde todo tiene el sello del abandono y la decadencia: la casa está ruinoso, sus piezas mondas y escuetas, y sus displicentes moradores vegetan entre el fastidio de la inacción, llenos de rencillas y murmurando del prójimo: incapaces para su propio bien, les escuece el ajeno. Con razón se ha dicho que la ociosidad es madre de todos los vicios, con razón que esos personajes arrentados y holgazanes y sus marquesas y condesas ociosas y derrochadoras de las novelas y los dramas, a falta de otra cosa peor en qué ocuparse, se den a las intrigas y aventuras y cultiven los pecados capitales, en el seno de las sociedades podridas en que se agitan.

Febrero 28 — Bañados, jabonados, afeitados, vestidos de limpio como para comparecer en tierra de cristianos, y confortadas las vías digestivas con un abundante almuerzo, nos despedimos de las buenas caseras del Libano, con

el aditamento de dos picadores antioqueños (*chalanés*, que dicen mal por allá) caballeros en muleros cerreros, que se nos incorporaron.

A medida que descendíamos hacia el valle, subían la temperatura y la vegetación y aumentaban los ruidos y el movimiento de la vida animal. En el bosque que cruzábamos con el fresco ambiente de la mañana, los gorriones trinaban alegres, se quejaba la tórtola, lanzaban la pava y la guacharaca su estridente graznido, y en las lejanas copas de los árboles, gruñendo como cerdos veíamos los monos de piel azafranada y blancas barbas, con la cola enroscada y la cara llena de muecas, luciendo su habilidad de volatineros en equilibrios, saltos y cabriolas. Nuestros nuevos consocios, los desbravadores de muleros, hombres de la vida alegre, profesores en lo del hueso, la copa y las hijas de Eva, y cantores de primera fuerza, entonaban a dúo interminables estrofas sobre el tema de «los monos» del tenor de éstas:

Allá van los monos
Jugando baraja,

Que ninguno sabe
Para quien trabaja.

Allá van los monos
Tocando guitarra,
Porque ya no afloja
Nadie lo que agarra.

Allá van los monos
Tocando bandola,
Como ellos hay otros
Que no tienen cola.

Allá van los monos
Hechos una pena,
Después de comerse
Una roza ajena.

Sucesivamente pasamos por los sitios y casas de Manzanillo, San Juan y Aguador hasta que llegamos a las lomas y casas de Santa Bárbara, en donde nos detuvimos. Dominábamos desde aquí el valle de Mariquita, que se desarrollaba a nuestros ojos en una grande extensión, con sus vegas y llanadas, con su Magdalena, que arrastra perezoso sus aguas describiendo curvas caprichosas como serpiente de plateadas escamas, y con sus celajes orlados de púrpura y oro sobre el oscuro perfil de la remota cordillera. Tras larga perma-

nencia entre los cerros y montañas gigantes de la fragosa Antioquia, la tierra caliente volvía a ofrecernos su cariñoso regazo.

La tierra caliente, con su lujo de luz y de vitalidad, sus horizontes dilatados, su imperturbable cielo azul y su sol implacable; con sus selvas achicharradas y sus llanuras áridas salpicadas por arroyuelos peregrinos; con su ambiente dormido y su suelo calcinado; con el incesante chirrido de sus chicharras y sus lagartos, que asoman y huyen veloces bajo las piedras o sobre la arena: la tierra de las palmeras, las ceibas, los cauchos y los tamarindos, de los guadales, de las plataneras y los cacaotales, de los trapiches entre las suertes de caña, de los caneyes en que se aliña el tabaco, de los arrozales que ondulan con los vienteojos y de los pastales de guinea que reposadamente mordiscan los toros robustos.

La tierra caliente: tierra de caudalosos ríos que resbalan entre selvosas márgenes, cruzados por las ágiles cañoas o surcados por las balsas perezosas;

la tierra del jaguar y de los camanes, de la venenosa culebra y de los loros que en ruidosas bandadas turban los aires; la tierra en donde se nada y se torea, en donde se bebe y se suda: tierra de fiestas y galanteo, de celos y de rencores, tierra de pasiones tórridas como su clima.

La tierra caliente.... En un caserío del fondo del Valle del Cauca presenciábamos un baile popular: la hora era avanzada; el banbuco de picantes versos, ruidosamente acentuado por la pandeleta y el alfandoque, llenaba el aire, a la temperatura de un horno, de una sala alumbrada por velas de sebo en alcayatas de carrizo; el aguardiente se apuraba con profusión, y los efluvios del que se trasudaba impregnaban el espeso y abrasado ambiente respirable.

Una mulata de 18 años, de mirada relampagueante, labios pícaramente sombreados por un bocito sedoso, dientes de perlas, pecho convulso, cintura atormentada por el chumbe y formas ricas, blandas, redondas como las de la

Venus afrodita, llenaba el puesto. Dábala frente un negro joven, esbelto y de vigorosos músculos, semejante a una estatua de bronce.

Al ritmo de la música avanzaron el uno hacia el otro; la mulata luego, cambiando con sensual contoneo, recorrió danzando un semicírculo perseguida por su pareja, hizo alto y de nuevo se enfrentaron.

La mulata estaba linda, sonrosada, sonriente: el deleite la circundaba, la tentación la seguía: algo como pringues de fuego, como crispaturas nerviosas sentían los espectadores.

Repentinamente otro negro rompe el círculo que rodea a los danzantes y ágil como el tigre, alcanza de un salto a la mulata y le clava un cuchillo en el corazón. Ella dobla la cabeza, vacila sobre las rodillas y cae muerta....El, con la fisonomía feroz y paseando su mirada iracunda como la del toro salvaje por el concurso, prorrumpe en voz ronca:

—¡No quiso ser mía.... que no sea de nadie!

La tierra caliente.... Estábamos en

fiestas en la villa coronada de palmas, posada sobre un peñón ardiente cuya base arenosa azota el ancho Magdalena: en la Villa de Purificación.

De los tres elementos de las fiestas, la música se había colectado entre los lugares vecinos regida por el clarinete de Obdulio; los toros bravos venían de las dehesas de Saldaña o el Tigre; y en cuanto a los cachacos, Calixto Leiva había hecho leva de ellos en Bogotá. Las muchachas, señoritas o cintureras, tipo puro del país, de flexible cuerpo, cabellera abundante, dentadura de marfil, y ojos....

Ojos en cuya hermosura
Retratado mi amor veo,
Negros como mi ventura,
Grandes como mi deseo.

Hay ojos que dan enojos,
Hay ojos que congracean,
Hay ojos que con mirar
Consiguen lo que desean....

Las muchachas, repito, habían venido a hermohear las fiestas con las de la Villa desde El Espinal, San Luis, El Guamo, hasta Aipe y Natagaima.

Los héroes de la comarca, los gallos

de aquel patio, Miguel Montealegre, Tomás Pinto, Severiano Covaleta, Téllez, Vicente Ibáñez y otros estaban todos con nosotros.

Se hacían los encierros del tercer día, bajo los rayos de fuego del sol en el cenit: era alférez el magnate del país, el hidalgo y dadivoso General Domingo Caicedo, y por sabido se calla que, bajo su generoso patrocinio, cuanto podía contribuir a la diversión se prodigaba sin tasa y sin medida.

Inmenso y clamoroso concurso se apiñaba en las barreras, y las damas desde los tablados clamaban atemorizadas. Se jugaba un toro espantoso, de esos que en la angustia de los sueños exagera la imaginación: negro y lustroso como azabache bruñado, la cornuda cerviz poblada de rizada melena, bajo sus astas cortas y agudas reverberaba un par de ojos que parecían los respiraderos de una fragua encendida. La liza estaba desierta; el toro campeaba solo por su respeto, porque ante aquella fiera veloz y furiosa, ávida de combate y matanza, la concurrencia toda impedía el que los valientes entrasen a ella.

El toro, dueño del campo, recorrió varias veces la plaza buscando con quién medirse, y no encontrando dentro a quién acometer, se fijó en la muchedumbre de afuera: tanteó las varas que formaban la barrera, y entre dos que encontró apartadas introdujo su esforzada cabeza, y se abrió paso para la calle que en declive conduce al río.

La calle estaba solitaria y cerradas cuantas puertas se abrían sobre ella: hacia su término apareció en aquel momento un grupo de señoras y niñas que subían del baño.... Inadvertidas e indefensas, el toro iba sobre ellas.

—¡Socorro!.... ¡Socorro!.... gritan mil voces.

—¡Socorro!.... repitió la plaza entera.

Tras el toro y más veloz que él, se lanza Covaleta, lo alcanza, lo pasa y se interpone entre él y las damas: trábase una lucha entre los dos, entre la fuerza y la agilidad, entre la cólera ciega y la inteligente entereza; lucha tenaz que duró varios minutos y que dio tiempo para que se salvaran las señoras y para que los vaqueros enlazaran el toro.

Covaleda fue conducido a la plaza en brazos del pueblo entusiasmado, y un ¡hurra! inmenso de admiración y gratitud y flores y coronas que llovían de los palcos y de las barreras, le acogieron a su entrada.

Nosotros le decretamos los honores del triunfo y por aclamación lo ascendimos a Coronel efectivo. (1)

Febrero 29—Pueblo de Peladeros, cuyo Cabildo dispuso que se nombrase Lérída.

Pueblo, tus nombres son dos:
Un nombre perecedero
Y otro nombre verdadero
Que te puso el mismo Dios.

(Parodia de Caro) del señor Fernando Escobar.

(1) El autor suspendió la relación de su viaje en el capítulo anterior. Sobre el resto hasta su llegada a Bogotá, no dejó sino los apuntes siguientes, que parece no llegó nunca a desarrollar, los que copiamos porque no carecen de interés.

Marzo 1.º—Salida de Peladeros. Chorrillos, hacienda del señor Pastor Lezama. En ella encontré al doctor José María Samper, que acababa de perder su joven y bella esposa Elvira Levy. Me quedé con él todo el día.

Marzo 2 y 3—De Chorrillos a Ambalema. Señor Melitón Salazar. Tabaco. Prosperidad de este pueblo. El Magdalena. Casa de comercio de Montoya, Sáenz & C.^a Barrio de Campoalegre, en donde está el edificio de la antigua factoría. Hay también establecimientos comerciales de Powles, Wilson & C.^a, Uribe & Restrepo. Posada, Villa & C.^a Laverde y Alvarez. Rizo. Castellanos. Los puntos principales en los que se cultiva el tabaco, agrupándolos en Distritos de siembra, son:

En Guayabal:

Macute, del señor Lorenzo A. Viana.

Papayal, de Florencio Armero.

Cañabrava, de Ricardo Diago.

En Ambalema:

Pajonal, de Vicente Campuzano.

Colombaima y Paquiló, de indígenas.

Beltrán, de la Cofradía de la Virgen.
Guaco, de José Agustín Rodríguez.
Chorrillos, de Pastor Lezama.

Pequeños cosecheros establecidos entre Ambalema y Lérída, como los de Llano de la Cruz, La Elvira, Capilla de San Roque, Tajomedio y San Ramón.

En Lérída:

Espinalito, de Arturo Lersundi.
La Insula, de Felipe Ordóñez.
Bledonia, de Néstor Escobar.
Oromazo, de Felipe Terreros.

Y mayor número de cosecheros sueltos que en Ambalema.

En Venadillo:

Caimá, de varios dueños.
Bite, de varios dueños.
Tautau, de Felipe Encinales.

Y cosecheros sueltos, principalmente en la mesa de Ríorrecio.

En Guataquí:

La Vega de los Padres, del señor Juan de la Rosa Barrios, y cosecheros sueltos. Se calcula la producción al presente en un mínimo de 350,000@ anuales, que al precio medio de 15 reales, vale \$ 525,000.

Hoy se matan para el consumo de Ambalema 35 reses semanales, y para el de los campos 30 más. Los cueros, que antes se estimaban a 4 o 5 reales, hoy se venden a peso. Pastales.

Como se ve, esta región está en vía de gran prosperidad si se sostiene la industria que la ocasiona. Baño agradable en Ríorrecio.

Por la noche del 3 pasé el Magdalena para quedarme al otro lado, y poder continuar mi viaje con la fresca de la madrugada.

Marzo 4—El amanecer en tierra caliente. Vega de Colombaima. Se camina mucho tiempo costearlo el Magdalena, más o menos de cerca, hasta el paso de Opia, que es el que conduce a Ibagué. Sol tórrido. Aguas detestables. Ríoseco que se pasa cinco veces. Algodón silvestre por el camino. Dormí (si es que aquí se duerme) en El Neme.

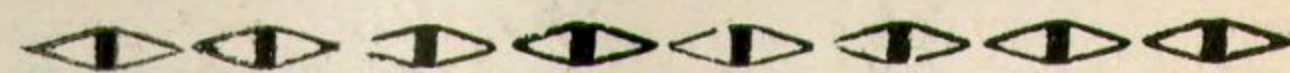
Marzo 5—Día sin una nube que interceptase por un momento los rayos abrasadores del sol. Guarapo y más

guarapo. Casasviejas. Airecillo que se oye, pero que no se siente. Depósitos de agua salobre y caliente. Subida de Limba. Fuego que se respira. Quemazones que acrecientan el calor. Tocaima: la piscina de los sacrificadores a Venus y Cupido. Catarnica y Cerro de los tres Coroneles, que ni siquiera muertos yacen al fresco. Si en Chagres se pagan los ratos de mal humor, aquí se purgan los humores de los malos ratos. Camino por las orillas del Bogotá hasta las Juntas de Apulo, en donde me quedé. En este último trayecto hay bonitos puntos. Como Portillo con el río y en su orilla cauchos hermosísimos.

Marzo 6—Bello punto de vista sobre el alto que domina a Apulo. Cuesta y estrechuras que preceden a Sócota. Mesa y pueblo de Anapoima. Camino es constante ascensión, casajoso y de tierra colorada hasta El Tigre. Subida de aquí a La Mesa, lugar que se puede decir que lo forma una calle larga, punto de cruce importante entre la Sabana y el valle de Neiva: buen mercado;

sal que viene de Bogotá y cacao de Neiva. Clima medio, insalubre. Malas y escasas aguas. Mis caseros de siempre, D. Pantaleón y doña Dolores. Reminiscencias de las últimas fiestas en 1845, a las que concurrí. Baile para el día siguiente.

Marzo 7—Hasta Tena el camino está muy mejorado. En Tena recuerdos del General Santander. El Tambo con su vista pintoresca. De aquí para adelante el camino nuevo y excelente hasta la Boca del Monte. La Sabana con su monotonía, su aire frío. Barroblanco. Balsillas. Cuatro esquinas. Fontibón. En Bogotá, a las siete de la noche.



LA NIÑA AGUEDA

(A RICARDO SILVA)

No sabemos cómo pasan hoy estas cosas en la sociedad en que vivimos, ni si los adultos de ahora guardarán para amenizar sus pasatiempos el caudal de memorias que, al declinar hacia el ocaso de la vida, nos deleitamos en saborear.

Rafael E. Santander

En casa de mi buena tía Mariquita había mucha gente, y por consiguiente mucho que hacer.

Además de los caseros con sus seis hijos, vivían en ella: tío Bruno, dos huéspedes que se alternaban de nuestra provincia, con sus respectivos sirvientes; el maestro Guillermo y ña Rosa, su mujer; la niña Prima; Cecilia la expósita; siete criadas, y yo. Era un efectivo permanente de veinticuatro perso-

nas, fuera de gatos, lora, mico; mirla y completo surtido de aves de corral.

Mi tío Pepe, el dueño de casa, sobre ser un hombre hermoso, hidalgo de raza, formado en la escuela del mundo y los estudios, patriota benemérito desde 1810, era un sabio distinguido, ocupado siempre en el servicio público, de incansable laboriosidad en su gabinete o en su oficina, de carácter recto y probo, conducta ejemplar, eximia cortesía y llano y afable en su trato particular: era un hombre de provecho, legítimo representante de la gloriosa generación a que perteneció. Mi tía, su digna consorte, que conservaba restos de su belleza juvenil, era mujer despierta, emprendedora, perseverante, dotada del don de gobierno, a quien el tiempo alcanzaba para atender a todo; comunicativa, servicial, piadosa y del corazón más misericordioso que yo haya conocido. Fue aquel un hogar modelo destruido hoy por la muerte.

Para mostrar el corazón de mi tía basta decir pocas palabras acerca de algunos de los alojados con que llenaba las piezas disponibles en su casa.

El tío Bruno (a quien llamábamos tío Pica-pica), hermano de ella, era entonces un ingerto de militar sin colocación y negociante cambalachero, de logrero y calavera, de timorato y descreído, de atrabiliario y chancero, asiduo en la gallera y mediano y malhumorado tresilista. Sus alternativas y rabiets las soportaba mi tía, y cuando subían de punto, las disculpaba calificándolas de «ventoleras de Bruno.» Este tío tenía sus máximas, como los sabios de la Grecia, de las que recuerdo algunas: Paraguas que empieza por olvidarse acaba por perderse. Todo botón cabe en todo ojal. Todo gato resulta gata. Ningún hombre enviuda. Casarse es la primera operación que hace todo majadero. Los héroes y los sabios han perdido al mundo. Adolecía también de la más curiosa inversión de las palabras, por ejemplo: a la señora Rosa Barberi la llamaba Bárbara Rosales.

El maestro Guillermo Portobela era un viejo hosco y sucio, que no hablaba sino que gruñía, de medias de lana colorada, zapatos amarillos de gamuza, ca-

pa raída, cuyos vestigios de color se aproximaban al del repollo, y sombrero enfundado continuación de la capa. Como en un antro, vivía con su mujer en una pieza baja, a la que nadie entraba y en la que retocaba imágenes, hacía macetas en molde de greda para las iglesias, pegaba con albayalde loza rota y fumaba sin intermisión chicotes en *churumbela*.

¿De dónde había salido esta lámina? Un día lo halló mi tía desmayado de hambre en el zaguán, y lo hospedó hasta enterrarlo, costeándole las exequias y la bóveda.

La *niña* Prima Garzón era una demente inofensiva que al parecer había perdido la chabeta desde la expulsión de los Padres Capuchinos, y en la que se notaban ciertos vestigios monacales, pues usaba cofia a manera de toca, se hacía sus vestidos a guisa de sayal, tejía randa y labraba encajes. Empezó por aparecerse al tiempo de almorzar a participar de las sobras, prolongó luego sus visitas, y por último una tarde se presentó con la cabeza rota de un garrotazo, su *cuja* y el arca de su ropa.

¿De dónde venía? ¿En qué lugar había vivido hasta entonces? Nadie lo supo nunca: era un ser misterioso y anónimo «como otros muchos que a la par se ignoran».

Cecilia la expósita. Salía el médico una noche de recetar en la casa, y en el umbral del portón tropezó con una niña recién nacida que tiritaba de frío, envuelta en un retazo de sábana. Se la sentenció al Hospicio, mas al llevar a cabo la sentencia faltó el ánimo a mi tía. «No, dijo: para algo me ha de servir el ser cristiana: quien rechaza a una criatura desamparada arriesga el pan de sus hijos y la misericordia de Dios,» y la crió. Resultó una muchacha aviesa, refractaria, agria, como si el desamor de su primera hora le hubiese hecho odiar a la humanidad.

Y sin embargo, un día que en presencia de tío Pepe se habló de *la botada*, él frunció el ceño, cruzó los labios con el dedo y dijo secamente: «Eso no se dice, es una palabra muy cruel.»

En cuanto a mí.... me entraron de colegial.

municaba las órdenes para el interior e informaba con frecuencia sobre *lo que hacían* Indalecia y Rafaela; y ña Rosa, la mandadera, que no descansaba un minuto en las catorce horas útiles del día.

Era curiosa la manera como ésta recibía ordinariamente sus instrucciones:

—Ña Rosa—decía mi tía—váyase a la plaza y se trae la carne, que no sea de pierna ni de punta de cadera porque no le gusta a Pepe; y un lomo aparte, y unas costillas de marrano; y para principios, unos sesos y unas patitas de cordero; y si encuentra lechugas, se trae un real y otro de coliflores..... ¡Ah! y los huevos para el almuerzo, y medio de perejil y otro de color..... Y le dice a Antonio que me mande media arroba de azúcar, seis libras de sal y otras seis de arroz..... Y de pasadita éntre donde mi comadre Isabel, y le da recado, que cómo sigue Petrona, y que me mande los pañolones y la linterna de antes de anoche..... Y éntre donde don Fruto y le pregunta que si sabe quién se vaya para Fusagasugá, que aquí tengo hace

tiempos la encomienda para mi compadre Garavito..... Y se va donde Pastora, y me le recomienda que arree al maestro Custodio para la ropa de los niños, que están desnudos..... Si se encuentra por ahí con la niña Juliana, recuérdale que me mande al maestro Lancheros para lo del cerrojo del pasadizo Y en un momentico me busca en la plaza al Boquinche, y le dice que hace cinco días no traen la alfalfa para el caballo de Pepe Y de subida se compra un queso de a dos y medio donde las Cetinas, y un real de canela (vea que no le metan canelón) donde don Nicomedes..... Y éntrese donde la tusa Flora a ver si ya están las cerdas para la ropa..... Y no se le olvide verse, aunque sea de pasadita, con mi compadre Zabala, y me lo echa para acá..... (¿Qué otra cosa tenía yo en la punta de la lengua.....?) Ah, se trae de donde Ibáñez el parche para Sinforosa, pero vea que sea de los que pegan; y de una vez media libra de alhucema y un real de almáciga, y que cuándo le mando a Indalecia para que le saque la mue-

la.... Estos diez y ocho reales se los cuenta bien a Luz, la de las velas, no me vaya a salir después con alguna antífona.... Si encuentra carbón endílguelo para acá.... ¡Acabáramos!.... se me iba olvidando que se acabó el jabón.... se trae unas dos gaberías.... Pero no se tarde.... ¡vea que hay que hacer!

—Sí, mi señora, respondía la pobre ña Rosa; y emprendía marcha, con la plata apretada en la mano sudosa y embrazando los canastos, llenos de canasticos, talegos, servilletas, etc.

Pero no bien había traspuesto la puerta cuando la detenía:

—Oiga.... Se va por la esquina de acá, con eso pregunta donde las López si por fin les mandaron las llaves de la casa de Santa Bárbara, para que la vaya a ver mi tocaya Otero; que yo respondo.... Mándele una razoncita al tullido para que venga a desherbar la huerta, que está hecha un monte.... Tráigase también unas cuatro escobas, y tome para cuatro varas de frisa que ofrecí hace días a Tránsito.... Ahora sí váyase.... y dése prisa, mire que se hace tarde.

Cae de su peso que para mover semejante máquina doméstica mi tía necesitaba auxiliares y agentes; y eso era para ella lo de menos, porque poseía el don de valerse de todos. Sí tenía una diligencia por San Diego, al primero con quien daba le decía:

—¿A donde vas?

—A Egipto, mi señora.

—Ya que vas para allá me haces un servicio: das un saltico a San Diego, me buscas una mujercita Micaela que tiene cabras y me la traes. ¿Oyes? ¡No me vas a quedar mal!

Y todos cumplían al pie de la letra.

Pero su primer Ministro, su Jefe de Estado mayor general era la *niña Agueda*.

Se anteponía el tratamiento de *niña* a ciertas mujeres a quienes venía muy bajo el *ña* y muy alto el *señora*.

Era una mujer que pasaba de los veinte años, de color trigueño y cuerpo bien proporcionado, que, sin ser bonita, inspiraba simpatía por la dulzura de su mirada, la perpetua sonrisa de su fisonomía y la cariñosa mansedumbre de

su carácter. Siempre suave y complaciente, era la confidente en las aflicciones, la apaciguadora en las reyertas, la intercesora por los culpados y el recurso en todas las dificultades.

Se partía el cabello en dos trenzas; tenía unos aretes invariables en las orejas, calzaba medias limpias y zapatos de cordobán: la saya de alepín y la mantilla de paño eran su vestido de calle, y el casero consistía en traje de zaraza y gran pañuelo cruzado sobre el pecho. Nunca se quitaba del anular de la mano izquierda dos sortijas, de trencilla de oro la una y la otra de tumbaga.

La niña Agueda Rosas vivía en una casita arriba del panteón de Las Nieves en compañía de su hermana Pacha y su prima Nieves, quienes molían chocolate, sacaban almidón, aplanchaban ropa y hacían jabón de la tierra. Se les había adherido un pariente alelado, personificación de la mugre, que sin embargo tenía sus industrias: embadurnaba frisos, fabricaba cola, hacía máscaras para los matachines y candilejas para los fuegos, y vendía por medio real a los indios

los gatitos que le redituaba una gata de inagotable fecundidad. Le llamaban *mano* Dionisio.

La casita en que habitaba esta gente sosegada y humilde, pertenecía a la cofradía de San Dimas, de la Veracruz, y por ella pagaba cuatro pesos mensuales al padre Jiménez, Síndico procurador del Convento de Franciscanos. Al efecto se presentaba el Padre provisto de un gran paraguas de género de algodón azul, un infolio en pergamino, un tintero de cuerno, una pluma de ganso tajada y sus antiparras redondas; contaba y escrutaba los reales, extendía el recibo en el pliego que tenían las inquilinas, y luego escribía en el infolio:

«Septiembre 5—Son cargo cuatro pesos que dentran por la casita de las Rosas..... 4.... »

Mientras se oreaba este renglón y el Padre encendía el tabaco que le ofrecían, había estos diálogos:

—¿Qué hacemos, Padre, con la cocina que se nos cae?

—Pónganle enceradito.... con curiosidad.

—¿Y con los caños tan atascados?

—Urguenlos, úrguenlos.

—¿Se acordó su Reverencia del empenito del maestro Molano?

—¡Nada!.... si con la Tumba-toros es vicio.

El descubrimiento de la niña Agueda se debía al benemérito doctor Justiano Gutiérrez, cura de Las Nieves, íntimo amigo y cuarto obligado del chilopo de tío Pepe: él la llevó a la casa y con sus auspicios tomó posesión de su destino.

Gran madrugadora, la niña Agueda se despertaba con el Trisagio, rezado en coro con su familia; aliñaba su persona, tomaba su cacao de desayuno, oía misa de cinco en La Tercera y a las seis estaba donde mi tía, que ya había cacareado desde mucho antes. Doblaban su saya y su mantellina, cambiaba de zapatos, sacaba una partida de canastas rebosando de ropa recién lavada, se sentaba en su taburetito con piel de oveja a los pies y empezaba su tarea, cortando aquí, remendando allá, zurciendo, soleteando, etc.

Era esta la hora del Consejo de Gobierno, porque por lo general nadie había que las curiosease. Mi tía se le acercaba en otro taburetito, y en voz baja conferenciaban sobre los asuntos peliagudos, como si dijéramos los negocios de Estado o las cuestiones de gabinete, que traían entre manos; acordaban las evoluciones y maniobras que para cada caso aconsejaban la diplomacia o la estrategia, y quedaban establecidas la consigna y la orden general para el día.

Fuera del sistema político que la niña Agueda estaba llamada a seguir y desarrollar con discreción y eficacia en los diferentes ramos y en las mil incidencias de la administración doméstica, recorreré algunas de sus atribuciones de carácter permanente.

Su título oficial era el de costurera, y ya la hemos visto en su despacho, sentada en su taburetito y circunvalada por las canastas de ropa sobre cuyas piezas obraba la tijera para las amputaciones o la aguja enhebrada para la cicatrización de los otros desgarros, heridas o contusiones. Para esos efectos su cajita

de costura era un museo en donde se hallaba todo, desde la almohadilla erizada de agujas y alfileres, la cera, los hilos, los botones, la miscelánea de retazos, etc., hasta el calzador, las tachuelas, el tirabuzón, la alhucema: era una caja mágica inagotable, en la que no se requería más que revolver para encontrar lo que se pidiese.

La tapa de esta caja estaba empapelada con los tiquetes desprendidos de las piezas de zaraza o de muselina, de las cajas de broches, de los paquetes de hilo, etc.

Mi tía se reservaba el mercado del viernes, del que volvía a las once a almorzar, sofocada y exánime, precedida de unos tantos cargueros de los variados, abundantes y baratos frutos de la plaza de Bogotá. Pero algunas veces quedaba algo pendiente, y tocaba el relevo a la niña Agueda.

—¡Puff....! decía mi tía, sentándose en la despensa sobre un tercio de papas y enjugándose el sudor: ¡vengo asada...! ¡al fin tiene que darme una apoplejía!... ¡Qué solazo!..... ¡Qué gentío!... ¡Niña Agueda!....

—Mande, mi señora.

—Se va a la plaza ¿oye? y me hace traer una arroba de cecina, un tercio de maíz yucatán, dos quesos de estera y una talega de almidón que dejé a guardar en la tolda de la Torbellino.

—Sí, mi señora.

—¡Y de donde María Chiquita me hace recoger dos piscos, cuatro juncos, un atado de escoberos y tres balayes; y vea si le puede sacar una jaula de huevos a nueve, o en último caso que se los dé a *mitá-y-mitá*.

—Sí, mi señora.

—No había sino azúcar Simacota: si ya entró la Chaguani me compra un pan. Y un tercio de arroz si encuentra del de Cunday. Ollas de Ráquira sí había, pero ya yo estaba que no veía: se trae dos grandes y tres pequeñas. A los fusagasugueños les cayó la gente como langosta; pero si les quedan alfandones tráigame unos cuatro reales para los niños. Y pregunte a cómo está el sebo de res y el de cordero.... Pero váyase pronto, mi hija, porque si alza esa gente nos deja pereciendo.

Ella vestía la saya, empuñaba el paraguas, recibía la mochila de fique del dinero y marchaba a mantener la reputación de «advertida como una pava y ligera como un ringlete» que le había dado mi tía. Cuando regresaba a las dos de la tarde, encontraba lista su naranjada en agua de *escansé* para evitarle un tabardillo.

Cuando mi tía andaba por la calle, la niña Agueda vigilaba la casa, centralizaba las llaves, hacía sentar con su deshilado a la *china* en el corredor para que espíase la puerta de la calle, y en caso de lluvia, ponía en movimiento a sus agentes con los respectivos paraguas y zapatones. Y cuando la ausencia era nocturna, motivada por baile o función de teatro, ella cedía de sus derechos, se quedaba a dormir en la casa, y después de haber coadyuvado al atavío de las que iban a divertirse, cerraba las puertas y rezaba con las criadas.

Era ella exclusivamente de infantería, y ni por mal pensamiento consentía en el de cabalgar. En consecuencia, cuando

mitía ejercía el Poder ejecutivo en campaña, es decir, cuando marchaba con la familia a temperar en Ubaque, Fusagasugá, o Villeta, la niña Agueda asumía la dirección de los departamentos que quedaban en la capital. Se trasladaba con su menaje a la casa y gobernaba en ella como en la propia, puesto que puertas, alacenas, cómodas, cofres, todo quedaba a su disposición. Entonces le tocaba el complicadísimo negociado de la correspondencia que se le dirigía, de las diligencias para que se le comisionaba y del despacho de las encomiendas que se le pedían.

Cuando regresaba la familia, la casa no tenía una telaraña, estaba barrida, sahumada, los esterados sin un roto y los muebles sin una mancha de polvo. Recibía entonces, en calidad de recompensa extraordinaria, una mantilla o una saya nueva, un buen pañolón o un paquetito de pesos; amén de las canastitas, los ternos de petacas, las pollas coquetonas y los toches y pericos, frutas y alfandoques que le traían los viajeros.

Fastidioso sería seguir el pormenor de
10

las demás funciones del interesante personaje que trato de bosquejar: basta apuntar algunas otras, puesto que muchos han visto más o menos en el hogar de sus primeros años lo que yo vi en el mío.

¡Ay, dulce hogar que descabaló la muerte, cuyos despojos dispersó el viento de los tiempos, y cuyo recuerdo vuelve a la memoria, como sueño apacible, para llenar los ojos de lágrimas y el corazón de melancolía!

La niña Agueda repartía a sus direcciones la ropa aplanchada; escoltaba a las niñas hasta el colegio y les adornaba las muñecas; acompañaba al enfermo y lo distraía con cuentos; custodiaba en la procesión del Corpus al Sumo Sacerdote o el carro de Holofernes que se preparaba en la casa; hacía sacar las muelas a las criadas, las llevaba a confesar, a fuegos y a toros; vestía los ángeles y componía los floreros para las velaciones y los tiestos con frutas para el monumento; presidía la excursión a los cerros para traer laurel, arrayán, chite y musgo para el pesebre, de cu-

ya construcción se encargaba; cobraba los alquileres de las tiendas; acomodaba el avío en las petacas de los huéspedes que se marchaban; era el comodín para todo lo imprevisto, y todavía en sus momentos desocupados esta laboriosa criatura sacaba hilas para el hospital, y tenía tiempo para espulgar al mico y enseñar a hablar a la lora.

Y todo lo hacía con cara de pascua, como si fuera lo *único* en que se ocupaba; sin glosar ni murmurar; sin manifestar cansancio; rebosando de afecto y de interés por las personas a quienes servía.

Con razón que cuando al toque de oraciones doblaba su costura, guardaba sus canastas, tomaba su chocolate y se marchaba para su casa, la buena de mi tía la veía ir acompañándola con esta exclamación:

—¡Pobre niña Agueda!.... ¡irá rendida!

Solamente los domingos le pertenecían, y en ellos se iba a La Peña, a Fucha o al Boquerón con las de su casa, quizá en busca de independencia, de espacio, de aire libre; quizá a comparar

su destino con el de tantos seres malévolos, engreídos u ociosos a quienes prodiga sus favores la fortuna y sus atenciones la sociedad; quizá para indagar el por qué unos nacen para servir y otros para ser servidos.

.....
Así transcurrieron diez años en la vida de la niña Agueda.

De repente desapareció de la escena.

Toda indagación que al principio se hizo acerca de ella encalló en las evasivas con que contestaba mi tía. Pasó un año, y pocos ya la recordaban; pasaron dos, y la olvidaron todos.

A los cinco reapareció; mas no era ella sino su sombra: era una anciana extenuada, taciturna, inválida..... no conservaba más que su mirada humilde y su sonrisa de bondad.

¿Qué había pasado por ella?

Se ha dicho que en cada existencia se agita por lo menos un drama. Esta pobre mujer tuvo el suyo, que acibaró sus últimos años y la arrastró a una muerte quizá prematura.

Murió con la sonrisa en la cara y con

los ojos radiantes de fe, fijos en la imagen del Crucificado.

Mayo de 1877.

NOTA—Este artículo fue dedicado a Ricardo Silva con la siguiente esquela:

Señor Ricardo Silva.

Mi querido compadre:

Me atrevo a dedicarte un cuadro que, con el designio de evadirme de la tertulia y en los ratos que ella y no la venta me concedían, he borrajado en la tienda.

Excusa la cortedad, presentada a ti, que pintas con mano maestra, y acéptala con el mucho cariño que te profeso.

Manuel Pombo

Bogotá, mayo 25 de 1877.



El Maestro Custodio

Y sin el recurso de darle
mis quejas a ningún tribunal
de la tierra.

Eugenio Díaz

En aquellos tiempos en que los muchachos se descalzaban cuando llovía para que no se les dañasen los botines de cordobán, y en que no gastaban medias, calzones ni camisa interior, ni las exteriores superfluidades de corbata y chaleco, era, sin embargo, necesario vestirlos con algo. Y como no se importaba ropa hecha, y como los pocos sastres que estaban en auge apenas alcanzaban para dar abasto a la demanda de la clase granada y favorecida de la población, para la parte minúscula y desposeída, formada por los muchachos, los sirvientes y los indios, había

de acudirse a los sastres de menor cuantía, a los que guardaban proporción con su clientela.

Llamar a éstos en general sastres, chambones, chapuceros o remendones, sería tal vez exponerse a cometer una doble injusticia, tanto porque entre ellos era posible que hubiese algunos, como los hay en todas las profesiones, víctimas de su timidez o de la injusticia social, cuanto porque entre los que privaban como sus superiores es natural suponer que se hallasen algunos inferiores a su reputación, como acontece con tantas medianías que se elevan inflamadas por su propia fatuidad o por las aberraciones populares.

Pero aquellos sastres sí ofrecían una ventaja sobre los otros: eran baratos, económicos, disponibles; ventaja que, aunque parcialmente, se contrapesaba con la nota de informales, petacones, arreados o maulas, como indistintamente se les denostaba. Quizá lo uno dimanaba de lo otro, porque mala paga y buena obra peca contra los principios de justicia distributiva.

En cada familia en donde los chicos no podían vivir desnudos, cae de su peso que se requería proveerse de uno de estos sastres que, aunque mal y tarde, los vistiese sin contrariar las economías de que eran instrumento, ni amostazarse con los rajatablas de que eran blanco.

Los vestidos de los muchachos se hacían entonces, o adaptándoles los que sus ascendientes licenciaban indefinidamente por comprobada invalidez, o procurándose cotín, mahón, pana, cerinza o manta del país, telas estimables por la resistencia que se atribuía a su tejido. Estas telas se entregaban al artífice para que, en primer lugar, las lavase, con el fin de que de una vez encogiesen cuanto se les antojase y no les quedase después para hacerlo excusa legal, y también para que perdiesen en algo el hedor que les era peculiar; y en segundo, para que su tijera maniobrase sobre ellas a discreción, porque preciso es convenir en que una de las cosas irrevocables que hay en el mundo es lo que ha sido cortado por la tijera.

La casa de mi tía (que ya conocemos) no podía exceptuarse de esta ley común; y la que la gobernaba, tantas pruebas hizo y tales trazas se dio, hasta que se puso en el sastre que le convenía, así por las condiciones personales del sujeto como por las topográficas de su domicilio.

Se llamaba el maestro Custodio Torres: edad probable, cuarenta años; profesión, la dicha; estado, casado con la *niña* Pastora Casallas; posteridad, Rita, desmedrada muchacha, que se juzgara fregona por los servicios que la imponía y el trato cruel que la daba su madre.

Llevaba el maestro sombrero con funda amarilla, ruana parda, pantalón de cáñamo burdo y alpargatas sostenidas por ataderas. Tenía una de esas cabelleras lacias y puyosas cuyas secciones se proyectan a manera de plumas, ojos amarillos y sin expresión, carrillos enjutos y de tinte enfermizo, mandíbulas descarnadas, salpicadas de pelos tiesos, escasos y desordenados, largo cuello, hombros caídos y tan fla-

cas piernas, que sobre ellas los pantalones se azotaban a merced del viento. Hablaba con voz asmática, tenía aire entumido y meticuloso, y al verlo se comprendía que en su organización hambreada se alojaba un espíritu superdotado por la amenaza.

Su consorte, al contrario, era de talla angardera, aunque de carnes piltrafudas y grasientas, cara amoratada, mirada agresiva, acento ronco y bruscos ademanes. Agréguese a esto su predilección por la chicha y se presumirá no sólo su carácter sino también los suplicios a que estaban condenados los dos seres que la rodeaban.

En la necesidad que siente toda alma de cultivar un afecto, de amar algo y de ser amada de alguien, la pobre Rita había criado un gozquecillo al que llamaba Jazmín. Era su compañero, su confidente, su consuelo; y, ajeno como su ama a esperar buen trato de persona alguna, con ella solamente era festivo, erguía la cabeza, enroscaba la cola y ladraba de contento; del resto de la humanidad huía con los pelos erizados,

mostrando los dientes y gruñendo como si la insultase. Los dos habían asimilado su destino, y uno y otra se refugiaban en su mutuo afecto, único con que contaban en el mundo.

La dosis de malignidad que hay siempre en el corazón humano, o si se quiere, la tendencia a ridiculizar al defectuoso o chancear con el humilde, de que, entre otros defectillos, adolece nuestra raza, había hecho que al maestro Custodio se le adjudicasen en casa varios apodos. Prevaleció entre ellos el de *Fray Junípero*, por la frecuencia con que en los escasos datos biográficos que suministraba se refería al convento de franciscanos.

Asilado en sus claustros, la borrasca de la independencia, las levas en masa de patriotas y peninsulares, de Nariño, Bolívar y Santander, de Morillo, Enrile y Sámano, habían pasado sobre él sin afectarle. Resguardado tras sus rejas había visto impasible desfilar a muchos de los protagonistas, de los mártires y verdugos de esa sangrienta epopeya; y había oído de la misma manera los

repiques y dobles, las dianas y generales, los vítores y los denuestos con que se acogía a los que eran alternativamente vencedores o vencidos. Allí había aprendido su oficio, habían transcurrido sus mejores años, quedaban acaso sus alegres recuerdos, y de allí había salido a casarse.

Cuando el maestro Custodio, cediendo a repetidos requerimientos o *recados*, se presentaba en casa a ejercer su ministerio, colocaba el sombrero sobre el suelo y hacía cuadrar sobre los talones al héroe del vestido, como a un recluta en instrucción. Luego en unas largas tiras de papel, añadidas con engrudo, marcaba con piquetazos de las tijeras, para los pantalones, el largo del talle y de la ingle al talón, el ancho de la cintura y de los muslos, y el vuelo sobre la garganta del pie; y para las chaquetas, del cuello al talle y al codo, de éste, doblando el brazo, a la muñeca, del ancho del pecho y de la abertura de las solapas. Envolvía en los forros de liencillo la madeja de hilo y el pedazo de totuma para las *hormillas* de

los botones, y hacía maña hasta que le traían la jícara de chocolate con que mi tía, condolida de su aire macilento, cuidaba de agasajarle.

La operación de las medidas la hacía en completo silencio, pero durante ella mi tía le amonestaba :

—Deje los pantaloncitos largos, y écheles alforzas y pestañas grandes por si se vuelven zancos; los fondillos anchos; pocos botones, porque estos barrabases los juegan. La chaquetica holgada, con los bolsillos y los ojales bien rematados, y tráigame los retazos para remendar las rodillas y los codos.

Después, mientras el maestro saboreaba la jícara, mi tía le entablaba diálogos como éste, que pintaban lo desventurado de su situación :

—¿Y Pastora qué tal sigue?

El maestro fruncía la boca y meneaba tristemente la cabeza.

—¿Conque ha vuelto a estar tonta?... ¡Qué calamidad de mujer.... ha acabado con usted y con la pobre Rita !.... ¿La ha maltratado otra vez?

El maestro inclinaba la cabeza en muestra de asentimiento.

—¡ Conque la ha vuelto a maltratar ! insistía mi tía, a esa infeliz, a quien ya no quedan más que los huesos forrados en el pellejo

—Si, mi señora, suspiraba el maestro ; anoche casi la ahoga con las manos, y a mí por defenderla mire lo que me hizo....

Y le mostraba en la cabeza una honda descalabratura.

—¡ Eso es cruel.... eso es criminal !.... ¿No le he dicho que me traiga a Rita?

—Pero ella no quiere venir.... tiene miedo....

—¿De qué?.... yo la defiende aquí.

—Y allá ¿quién me defiende a mí?.... Si nos quedamos solos, la niña Pastora me mata.

—No se deje usted matar.... usted es hombre, póngase en sus calzones.

—¡ Pero con una escandalosa !.... ¡ Con una ebria !.... Empieza por alzar en peso la tienda con la grita que arma, y luego, si la contradigo, me clava un cuchillo o me hace criminal por defenderme....

—Para eso está la autoridad : lleve

usted los garantes y que carguen con ella para el Divorcio.

—¿Y quién la aguanta cuando salga?... ¡Santa Bárbara!... ¡Sería capaz de cometer dos muertes!

—Déjelo usted a mi cargo: yo la voy a hacer escarmentar. ¡Eso es intolerable!... ¡Consentir en que una malvada en vez de cumplir sus deberes de esposa y madre, sea la arpía que los atormenta!...

—No, no, mi señora, suplicaba el maestro; no haga tal cosa; déjenos así; tenga presente que no es ella la criminal....

—¿Quién lo es entonces?

—¡La chicha.... la chicha, mi señora!

Y mi tía callaba indignada, y el maestro devolvía su jícara vacía, se limpiaba con el reverso de la mano las lágrimas que humedecían sus ojos, y se marchaba resignado.... a trabajar y a sufrir.

Tormentos ignorados en la vida íntima de los pobres y que no alcanzan siquiera el paliativo de la conmiseración social. Ellos en la oscuridad de sus

dolores ahogan sus sollozos y beben sus lágrimas. Y cuando el vicio se complica con la miseria en esas tristes existencias, ¡qué de escenas espantosas pasan por ellas!

Días después íbamos a la tienda del maestro a *probarnos* en piezas los vestidos.

Su tienda estaba situada en la sucia y estrecha Calle del Chocho. Era una especie de caverna ennegrecida por el polvo, el hollín y las telarañas, acumulados en los años que tenía de construída. Las ruinas de un tabique la dividían en dos secciones: en la exterior, a un lado de la puerta de entrada, se distinguían los escombros de una hornilla, cuyas escasas y yertas cenizas manifestaban el poco uso que se hacía de ella; en el otro lado, sentado casi en cuclillas sobre un cajón bajo, cocía taciturno el maestro; a su lado se agazapaba la esquelética Rita, y sobre la falda de ésta dormía o se rascaba Jazmín. En la pieza interior se adivinaba, entre las tinieblas, en un costado, una cuja con los revueltos jirones de unas mantas; bajo

la cuja y por entre las cañas de unos canastos, asomaban sus hilachas algunos trapos sucios; y en el costado opuesto un junco enrollado guardaba los harapos de otro lecho.

Sobre la cuja roncaba un ser viviente, que se creyera ser un cerdo.... era la niña Pastora, narcotizada aún por la chicha de que se había repletado la víspera.

Y ni un mueble más: ni una cántara para el agua, ni un candelero para la luz, ni un plato, ni un vestido.... La miseria, el desamparo, la mugre en toda su repugnante desnudez.

¿Era que el trabajo del hombre, la humilde oficiosidad de la hija, la caridad de los buenos corazones nada llevaban a aquella guarida de la miseria?

No. Era que cuanto allí entraba lo *empeñaba* para beber la niña Pastora, cuando estaba *formal*, o lo despedazaba cuando estaba ebria.

Y año tras año esa bacante embrutecida torturó en todos los instantes de su vida, sin tregua y sin piedad, a un hombre honrado y a una niña inocente,

que callaron, lloraron y padecieron con el heroísmo de la resignación y de la humildad.

Ellos lo decían: esa era su suerte.

Día de regocijo era para nosotros aquel en que el maestro, hostigado por nuestras frecuentes visitas, comparecía al fin en casa con su obra y el rollo de los retazos. Desplegaba las piezas lentamente y las exhibía de manera que nuestras manos profanas no las ajasen; luego les volvía a dar sus dobleces de estilo y hacía de ellas formal entrega a mitía, de la que recibía la *hechura*, descontando lo del alquiler de la tienda, de que ella respondía como su fiadora para asegurarle la vivienda.

Nosotros estábamos en ascuas por examinar los vestidos; un dato, sobre todos, nos era indispensable, y se nos dejaba obtener por vía de transacción: el número y las dimensiones de los bolsillos. Si nos satisfacían, el maestro estaba salvado.

—¡Todo está admirable, magnífico! exclamábamos en nuestra exageración infantil.

FAES
Biblioteca

Mi tía aprovechaba nuestro entusiasmo para plantarnos su moraleja:

—Pues cuídenlos para que les duren, porque ya ven lo que cuestan; y si los dañan habrá que vestirlos de cuero, y andarán hechos unos matachines para que se ría la gente.

—Pierda cuidado, tía, vamos a ser lo más formales....

—¡Hum....! cedacito nuevo, tres días en la estaca y después por el suelo....

La primera postura de los vestidos se reservaba para el próximo domingo: ese día estábamos *estrenando* y las criadas nos calificaban de *majos* y nos pedían el remojo. En las primeras horas éramos víctimas del cuidado del traje y de la fidelidad a nuestra palabra empeñada: ¡qué miramientos!.... ¡qué esmero!.... Por la tarde ya estábamos jugando al chócolo, y el tiempo relajaba en breve nuestras resoluciones.

En realidad con esos vestidos disformes quedábamos hechos unos esquimales, unas maletas, de lo que nos cerciorábamos no en el primer día deslumbrados por la novedad, sino después

cuando algún desalmado nos gritaba en falsete:

—¡El difunto era más grande!.... ¡Se lo come la chaqueta!

Afligidos, desilusionados acudíamos con nuestras quejas a mi tía:

—¡Tontos!.... ¡bobancios! nos decía ella; eso es pura envidia, no hagan caso: de la segunda lavada para arriba verán que hasta hay que soltarles para que les vengan.

Feliz edad aquella en que todos los deseos, los pesares y los consuelos son como éstos.

Los seres malévolos poseen el instinto de herir a sus víctimas en las fibras que les son más sensibles. Pastora detestaba a Jazmín, que era el único confidente de las amarguras de su hija, y una noche de borrasca le aplastó la cabeza.

La pobre, la extenuada niña reunió en un ¡ay! todo lo intenso de su pena y cayó desfallecida: el padre intentó pedir socorro y la ebria lo tendió de un garrotazo. La niña moría de dolor, y el padre se debatía entre su sangre: la

ebria divagaba voceando por sobre sus víctimas.... La puerta de la tienda se abría sobre la calle desierta, porque la lluvia corría a torrentes.

La ebria, fatigada al fin, se rindió al sueño y cayó también dormida.

Las horas de la noche trascurrieron sobre aquel campo de desolación, al que la fátula hubiera podido convocar a dos seres de su creación, el Dolor y el Vicio.

La policía, al día siguiente, recogió en la tienda a las tres personas que la habitaban.

El sastre estaba paralítico y la niña demente.

La ebria se había repuesto con el sueño reparador y podía seguir bebiendo por muchos años.

El hospital dio asilo y sepultura a los dos primeros.

La última se disfrazó con un bordón y unos andrajos, y se echó a merodear por las calles para mantener el vicio maldito a expensas de la santa caridad.

Recuerdos de la juventud



LA CONTRADANZA

¡Adiós, horas de gloria!

¡Adiós, dulces amores!

Gratisimos favores

De mi adorada, ¡adiós!

(Canción de la época).

Vivamos en el pasado, ya que lo que tenemos al presente no es vida: es vacío, es soledad, es cansancio, es.... el arcano del porvenir que empieza a nublar nuestro horizonte.

Días de la juventud, ¡cómo volasteis! horas de la ilusión, ¡cuán cortas fuisteis! años del desengaño, ¡vuestra carrera es qué lenta!....

Eran las siete y media de la noche. Silvestre y yo estábamos aliñándonos en nuestro cuarto de solteros: abríase el uno la raya partiendo en dos la undo-

sa cabellera, tarareando la cancioncilla de moda; el otro, de pie frente al espejo, marcaba con la navaja cortadora el óvalo correcto de la barba sobre los carrillos llenos de jabón. Nuestro corneta de órdenes (era nuestro sirviente) acepillaba casacas y pantalones, y sobre una de nuestras camas, espejeaban nuestras aplanchadas camisas, mientras que la otra prestaba su acostumbrado servicio de lecho de descanso para la guitarra. El diálogo inconexo que entre tanto cruzaba entre los dos, era de chistes y carcajadas.

Vestidos al fin de punta en blanco, desde el charolado zapato hasta el guante de armiño, puesta la cachucha y terciada la capa corta, marchamos, escoltados por nuestro escudero, a casa de ellas, de nuestros adorados tormentos.

Eran dos y la madre, fuera de hermanas inválidas: tenían su nombre de sociedad y su nombre de amor; este nombre era nuestro secreto, era toda una historia. Más militar mi compañero, la suya, rubia, se llamaba con doble sentido Diana, y más poeta yo, la mía, mo-

rena, me entendía por el nombre de Hada. Ibamos a llevarlas, y debíamos a un pariente inofensivo y servicial la permanente atención de hacerse portador de la mamá.

Nos esperaban, listas ya, radiantes de hermosura y juventud, vestidas de azul y rosa y despidiendo aromas como la mañana, y acariciando ilusiones y ensueños como la noche.

A poco rato marchábamos de a dos en fondo, cada cual con su compañera, llevando de descubierta la *china* con el farol y encomendada la retaguardia al corneta de órdenes, cargado con paraguas y zapatones. Guardábamos distancias de operaciones, de suerte que podíamos cuchichear a solas o tomar parte en la alta y entrecortada conversación, según lo requiriesen las circunstancias.

Al través del paño de mi manga filtraban el calor y la titilación del brazo ebúrneo de mi tentadora diptongo, cuya mano diminuta posaba en la mía nerviosa y ruda. Sus formas «modeladas con la precisión del mármol y la ondulación

de la ola,» se rozaban de vez en cuando con las mías, y mi organización se estremecía como herida por un golpe eléctrico. Mi mundo estaba entonces allí: héroe, mártir, bárbaro sublime ¡qué no hubiera podido ser por *ella*!

—¿Voy muy fea? me decía soplando su hálito perfumado sobre mi rostro.

Yo, mostrándole la hermosa estrella que resplandecía en el horizonte, le contestaba con ciertos conocidos versos:

—Bella como el lucero refulgente
Fin de la noche y precursor del alba.

—¡Galanterías!.... ¡y luego se porta así!....

—¿Cómo?... ¿No han bastado las pruebas?....

La madre cortaba nuestro diálogo con una de aquellas trivialidades que desconciertan.

—¿Qué le pareció a usted lo de las Anayas?.... ¿Muy feo?.... ¿Muy impropio?....

—Muchísimo, mi señora.

—Es que esa gente.... Yo la conozco mucho....

Silencio en las filas. Reanudábamos

nuestro diálogo mientras mi compañero hacía frente a su interrogatorio, y luego un nuevo disparo sobre mí lo volvía a interrumpir, provocando un malicioso apretón de manos y burlona sonrisa de mi compañera.

Los ecos de la música bulliciosa, los torrentes de luz que se derramaban de las ventanas, y los grupos de curiosos y de tapados que fisgaban por ellas y obstruían la puerta, nos indicaban el término de nuestro viaje y la casa del baile: a ella afluían por varias direcciones y en grupos blancos y animados las beldades que iban a dividir con nosotros las emociones de una noche que se anunciaba tan feliz.

Por en medio de miradas codiciosas, de cabezas inclinadas y de un susurro de aprobación, verificamos nuestra entrada triunfal; y, dejados pañolones y capas en la pieza destinada al efecto y dando un retoque al aliño personal, tomamos plaza en el salón, presentando, con aire de vencedores, nuestras deslumbrantes compañeras. El cuadro de la vistosa sala ofrecía en sus asientos un

coro encantador: deliciosas mujeres, con todo el esplendor de su belleza y el atractivo de sus gracias, se agitaban allí entre una atmósfera embalsamada llena de luz y de armonías. Entre esas sílfides instalamos a nuestras parejas, cambiando con ellas al apartarnos una de esas miradas que relampaguean y una de esas sonrisas que lo dicen todo.

El baile en la juventud es una gran cosa, un placer complejo que compendia muchos placeres, mezcla de quimeras y realidades, magnetismo que obra sobre el sistema nervioso y sobre la imaginación: ¡es entonces tan grato estrechar, aunque sea *de prestado*, un lindo talle!

Redobló el atambor, preludiaron los clarinetes, los corazones se estremecieron.... ¡Valse!

Esa primera pieza que rompía el baile, ese valse de entrada, era obligatorio entre ellas y nosotros: al mismo tiempo que la prueba de nuestro rendimiento, significaba la manifestación de nuestros privilegios. Bailarlo con *otra* hubiera ocasionado un rompimiento: bailarlo

con *otro*.... quizá un desafío. Quedaba vacante para el resto de los concurrentes, desafortunados competidores algunos de ellos, lo demás que se tocara, con la tácita excepción de la contradanza, en que llevaríamos el primer puesto, y lo de las últimas horas de la noche, cuando el curso natural de las cosas permitiese la efusión de los sentimientos, los coloquios íntimos y la ilimitada repetición de piezas.

Entre tanto, los pequeños servicios, las atenciones delicadas, el vaso de agua adivinado casi, el pomo de olor oportunamente ofrecido, la guiñada obedecida al punto, la media palabra entendida al través del pañuelo de holán que acariciaba los labios, la flor caída y colocada en el ojal de la casaca y los mil pequeños y deliciosos incidentes del amor vigilante y discreto, eran atribuciones exclusivas del galán preferido.

Alternaban los valeses y las contradanzas: la función se animaba; la aproximación entre damas y caballeros gradualmente se estrechaba. Los hombres,

que ocupaban el centro del salón, presentaban actitudes y tipos variados: ya un buen mezo, ya un lechuguino modelo del buen vestir, sobre los que asestaban sus miradas envidiosas tres criticones; aquí un grupo de militares, allá otro de gentes graves que afectaban oír al que monopolizaba la palabra; más lejos otro de jovencitos, en donde todos hablaban a una; éste acariciaba su barba de capuchino, aquel erguía el cuerpo, que suponía esbelto; los unos paseaban de bracero, los otros reían o cuchicheaban; quién miraba alelado a su dulce dueña, y quién creía hacerse interesante por su aire distraído. El remolino de todos estos hombres y el sordo murmullo de sus conversaciones, imprimían a su conjunto el tono peculiar, comunicativo al par que mesurado, que caracterizaba las fiestas francas, pero respetuosas, de aquellos felices tiempos.

En la alcoba, especie de territorio neutral donde se ejercía el derecho de asilo y desde el que se presenciaban las operaciones de que era teatro la sa-

la, otro grupo, juicioso e inmóvil, conversaba tranquilamente. Formábanlo las matronas, las indispuestas, las que vestían luto, en fin, las meras espectadoras, señoras amables y algunas de ellas hermosas, que aunque no bailaban se manifestaban sin embargo festivas y complacientes. Allí estaban las más veteranas, de mirada escrutadora y en quienes reside la terrible atribución de poner en receso nuestra pareja predilecta, quizá en lo mejor del tiempo. Allí las venáticas tías, cuya afilada tijera muerde y corta cuanto se pone a su alcance, un traje como una reputación. Allí las sagaces *mironas* que no pierden un ápice de nuestras fragilidades, y que cuando pasa el calor del baile saben más lo que hemos hecho que nosotros mismos, y nos dan esas bromas que forman nuestros remordimientos después de una noche de poco juicio. Allí, en fin, las parejas picadas porque el que las citó no se hizo presente a tiempo, porque comieron *pavo* o por otra causa, y que se retiran a la vida privada hasta que las explicaciones satisfac-

torias y las reiteradas instancias las ablandan y las devuelven a los devaneos del siglo.

Entre los hombres también hay meros observadores, *tahures de ojo*, reparones que se solazan en las adversidades y flaquezas de sus prójimos, y cuyos pinchazos y agudezas suelen levantar ampolla. Por eso, señores danzantes, ¡cuidado con los sentados!.... Señores enamorados, hay sobre vosotros más ojos y más oídos de los que creéis. Un baile, si para unos es una diversión, para otros es un estudio.

Mientras tanto, en el mundo exterior no pasaban las cosas tan dulcemente, y desde allá llegaban a la sala de vez en cuando ruidos confusos como los truenos sordos de una tempestad lejana. Era que las copas menudeaban en *el parque*, tocando a unos en la facundia para los brindis, a otros en la fibra expansiva de las simpatías, y a otros en las quisquillas de la extremada delicadeza. Dejemos que cada asunto siga su cuerda y reanudemos nuestro relato.

Los vales los había bailado *ad libi-*

tum: en las contradanzas me había tocado cualquier puesto y las había seguido con ésta, con aquella, con quien me ligaban más o menos relaciones y habíamos tenido o andábamos en camino de tener más o menos historias.

Pero llegó *mi* contradanza, la que me tocaba *poner*, y ese era el instante supremo, la hora clásica de la función para mí. Ibamos a ser primeros figurantes, debíamos desplegar toda nuestra bizarría, la señora de mi albedrío, la dama a quien estaba rendido, Hada y yo.

Operación previa: congraciarme con Cancino, el rey del clarinete, para que la contradanza fuese escogida, de marcadas cadencias y perfecto compás.

La contradanza era de arte mayor, era a los bailes lo que la octava real a los versos, la más elevada, la más rotunda, la más majestuosa. Poner bien una contradanza y su subsiguiente valse figurado; ponerla de *cambios* u *obligada* hasta la tercera y si era posible la quinta pareja, lucirse y garbear en ella, era el *ultimátum* de la elegancia. La tradición conservaba esa como una de las

preseas del Mariscal Sucre, de los atractivos del General Santander, de las gentilezas del Coronel Montoya; y entre los coetáneos, los Alvarez, los Caicedos, los Silvas, los Tancos, los Barayas, los Martínez, los Mallarinos, tenían en los salones sus preeminencias y fueros porque la bailaban con *primor*.

La contradanza se ligaba hasta a nuestra historia. La que se tocó durante la batalla de Boyacá y se hizo célebre con el nombre de *Vencedora* y su compañera *La Libertadora*, se repetían obligadamente en la gloriosa Colombia hasta 1826. Y en las agonías de la Gran República, cuando en 1829 el batallón *Granaderos* emprendió su marcha para Venezuela, salió de Bogotá al compás de una contradanza marcial de cuatro partes, compuesta por Torcuato Ortega.

Apuntaré de paso que había tres clases principales de contradanzas: *obligadas* o dobles, de *cambio*, y *sencillas*. En las primeras se necesitaba el empleo de tres o más parejas para la ejecución de parte de las figuras; en las segundas se invertían las damas en algunas figu-

ras, de suerte que la del que la ponía bailaba con los otros hombres y las damas de éstos con aquel; las últimas carecían de complicación y eran, por consiguiente, las más fáciles. Entre las obligadas y las de cambio había algunas tan intrincadas, sobre todo cuando reunían las dos condiciones, que requerían gente muy ducha para seguir las, so pena de embolismarse todos. Por esa razón se empleaban con discernimiento, y en ello manifestaba su tacto y buen gusto el que las ponía.

La contradanza se dividía en dos partes, denominadas *primera* y *segunda*, cada una con ocho compases; mas como se tocaba dos veces cada una de ellas, eran treinta y dos los compases a que había que arreglar las figuras que habrían de llenarlos.

Llegó, pues, mi contradanza, o mejor, *nuestra* contradanza. Formóse la doble y elegante fila de damas y caballeros, y a la cabeza aparecía yo, dando frente a Hada, que sonreía ostentando sus dientes de perlas y arreglaba con su brazo magnífico las flores que promediaban

su seno turgente y agitado. Yo tenía la cabeza erguida, el cuerpo enhiesto, la mirada dominadora, un pie avanzado poniendo de relieve el relumbrante escarpín, el un brazo en jarra y suelto el otro con estudiado desgaire.

El corazón no me cabía en el pecho, la imaginación me transportaba al Edén de Mahoma: era el más feliz de los mortales; y los tesoros de Rothschild, y el poder de Saladino, y la gloria de Austerlitz los hubiera rechazado con el pie en cambio de mi primer puesto en la contradanza.

La amaba, y me amaba, nos hallábamos dignos el uno del otro, teníamos dos filas que secundaban nuestra felicidad y cien ojos ávidos fijos en nuestras personas....Momento que vale toda una vida. ¡Oh juventud! ¡Oh noche de ilusión y amor!.... hoy tan remotas que parecéis fábulas ajenas, ensueños de otros.

Rompió la música, hizo silencio la concurrencia y llegó, llegó al fin nuestra hora. Era de estilo dejar pasar una primera y una segunda sin bailar: esas

dos partes servían de toque de atención para que todos se preparasen.

—¡Primera! gritó el jefe de la orquesta al empezar de nuevo la contradanza.

Y me lancé presentando las manos a mi dama para tocar apenas las suyas con la punta de los dedos e imprimirle el movimiento que había de seguir para empezar la figura con la tercer pareja. Era el *floreo* de rigor al principiar la contradanza: siguióle *paseo abajo*, luego *cambio y paseo arriba*, y después *tornillo, descambio y alas abajo*, con lo que llenamos los compases de la primera parte. Las figuras de la segunda eran el natural desarrollo de las anteriores: *paseo abajo, cambio arriba, paseo abajo, tornillo, descambio y alas arriba, y rueda y alas al frente*.

Era una contradanza de cambio sencilla pero vistosa, la que habíamos puesto... ¡Qué bien lo hacíamos! ¡qué recíproca aprobación nos impartíamos en cada mirada, en cada sonrisa! Un estentóreo «¡viva el puesto!» concedido por los circunstantes, vino a completar nuestro triunfo y a acabarnos de remontar hasta el quinto cielo.

Veinte veces, con otras tantas parejas, repetimos nuestras figuras hasta llegar al fin: tras nosotros las restantes parejas las repitieron con rigurosa exactitud y simetría. Terminada por entonces nuestra obra y mientras nos tocaba *empezar a subir*, nos quedó un intermedio de reposo, en el que era de uso ofrecer asiento a la agitada dama, y hacerlo con refinada galantería. En esa operación cambiamos ella y yo esas cortas pero expresivas palabras con que se expande el alma en el contento.

Emprendimos de nuevo la subida, y repasando las mismas veinte parejas, reconquistamos al fin nuestro ambicionado primer puesto. La contradanza, como era de costumbre, se cambió entonces en valse; y excusado es decir que nos esmeramos, estimulados por la aprobación general, en exhibir las más lucidas figuras que había en mi repertorio. Y cuando nos llegaba la *segunda* del valse, que se valsaba *redondo* o con *capuchinada*, entonces, cuando mis brazos estrechaban su talle cimbrador o comprimían sus formas sobrehumanas, lo que pasaba por mí y lo que pasaría

por ella, la pluma es nula para describirlo.

Pero todo acaba en la vida, y el placer más velozmente que todo: nuestra contradanza había durado una hora, que me pareció un minuto, pero... se terminó. Tocóme el reconducir a su asiento a mi compañera de triunfo: ¡con qué dulce abandono se colgó de mi brazo! ¡Con cuánta verdad le deslicé al oído las expresiones de mi reconocimiento! ¡y con qué cómica gravedad dimos punto al incidente con la consabida fórmula:

—¡Mil gracias, señorita!

—Dispense usted, caballero.

Otra vez: ¡oh juventud, paraíso de donde nos expulsa el pecado de la edad!

El baile siguió sus trámites ordinarios, interrumpidos de trecho en trecho por las comisiones de caballeros portadores de anchas bandejas con las cuales andaban a la redonda del salón ofreciendo a las señoras dulces, bizcochos, sorbetes y champaña. El ambigú se reservaba entonces para casos extraordinarios, para bailes de grande espectáculo: esas cenas trogloditas que ahora

se estilan, que desnaturalizan las reuniones, llenan las mejores horas de la madrugada y embotan con la prosaica gula el romanesco entusiasmo que a esas horas debe subir de punto, se dejaban entonces para función especial; el baile era para bailar, y cuando se invitaba a una cena, era para pasar algunas horas con los pies bajo la mesa.

Los intermedios, concedidos para que los músicos se refocilasen y los danzantes diesen tregua a sus faenas, los llenaron los guitarristas afamados, ejecutando las últimas composiciones del negro Londoño, de Pepe Caicedo, o Valentín Franco. Por dos o tres veces los trovadores de simpática reputación, entonaron en dúo o trío el «Prisionero,» de cuya letra he tomado el mote de este articulejo, algunos de los versos apasionados de Caro, o la «Barbarita» de Madieto, en donde se halla la octava que nos hería la fibra más romántica del corazón:

No exijo, no, de tu sin par ternura
Soberbia tumba, ni inscripción, ni flores,
Ni que mi muerte desgraciada llores,
Pues no con eso volveré a la luz;

Pero si quieres complacer mis manes
Y hacer por ellos la última fineza,
Ven a adornar mi solitaria huesa
Con una rústica y humilde cruz.

A la madrugada todo fue franqueza y cordialidad. Se obtuvo de algunas señoras que luciesen su especial habilidad en el «Bambuco»; Valerio Andrade cantó los *galerones* llaneros; y el turbulento *Torbellino a misa* con sus graciosísimas figuras, entretuvo deliciosamente los últimos y fugaces momentos.

Era hora ya de hacer un esfuerzo para poner punto al goce y escapar al día que se anunciaba por el horizonte: algunas familias empezaron a *introducir el desorden* presentándose en el salón con sus atavíos de marcha, y fue forzoso seguir su ejemplo y resignarnos a abandonar el campo.

La reconducción de nuestras compañeras a su amado hogar, de esas dos soberanas bellezas que por los incidentes del baile nos tenían más amartelados que nunca, fue nuestro deber postrero. El trayecto dio ocasión para sufrir las dulces reconvenciones: celillos

que rebatíamos por infundados; indiscrecioncillas, que disculpábamos con la general franqueza, venialidades todas. Cuando llegamos al portón tocaban a misa de cinco en la iglesia vecina.

—¿Hasta cuándo? me interrogó por lo bajo Hada.

—Hasta la tarde, la repuse.

—No falte: ¡tengo tanto que decirle!....

Y luego la despedida final, ellas dentro del zaguán y en la calle nosotros, se arregló el ceremonial. Con las cabezas descubiertas y profundamente inclinadas, mi compañero y yo dimos a nuestra voz la modulación más cortésana y comprendiendo a todas, pero dirigiéndonos reverentemente a la madre, dijimos a dúo:

—A los pies de ustedes, mis señoras.

—Pasarlo bien, caballeros.

Y la puerta se cerró sobre nosotros.

—
No es este un retrato personal: lo es de la época, y más o menos se hallarán bosquejados en él los *cachacos* de aquellos afortunados días.

¡Hada, Hada! hoy nadie te conocerá en este cuadro: las dulzuras de entonces las hemos pagado con usura con los pesares de hoy. Nuestra suerte se dividió: la dicha pasó para los dos con la juventud; pero el desengaño y el hastío hoy nos asemejan quizá más que el amor entonces.



POR EL BARRIO DE LAS NIEVES

A JOSÉ MARÍA VERGARA Y VERGARA

*Sonidos que se escaparon
Para perderse en el viento,
De bocas que ya están mudas,
De pechos que ya están yertos.*

CAICEDO ROJAS

Las costumbres españolas, desalojadas de casi todas sus posiciones por la progresiva invasión de las afrancesadas, conservaban en Bogotá, en los tiempos de mi relato, dos baluartes, batidos en brecha y desmantelados ya, pero en los que se porfiaba aún por las fuerzas de la tradición: eran la devoción y la galantería. Sentimientos exaltados por el carácter imaginativo y apasionado de nuestra raza, y no tan heterogéneo nes

su origen como puede creérseles juzgándolos por sus resultados, venían de los siglos caballerescos, en los que, la cruz sobre el pecho y la espada pendiente al cinto, eran en el sarao o en la liza, la gala de los donceles y caballeros; siglos rudos pero románticos, de monjes y paladines, de peregrinos y trovadores, de monasterios y fortalezas, de hazañas y de amoríos, en los que, al decir del narrador del dramático Macías, entre las aclamaciones del torneo y sobre la arena del palenque rendía la vida el enamorado batallador «invocando a un tiempo por una inexplicable contradicción, el nombre santo de Dios y el nombre profano de la dama por quien moría.»

Los vestigios aun persistentes de esos dos sentimientos, explican la escena y los caracteres que de la memoria ensayo trasladar al papel, no tanto para solaz de los que se resignen a seguirme en mis mal zurcidas narraciones, cuanto para vivir un rato más en el perdido edén de los recuerdos juveniles. Es otra facción de la fisonomía de nuestra sociedad

de antaño, que agrego a las que buscamente he tratado de bosquejar en anteriores cuadros.

En una de las rondas a que mi camarada y yo éramos tan aficionados, dimos con un nido de palomas, modestamente abrigado por las añosas paredes de una casa baja y pequeña, situada en una calle excéntrica. Rosaura y Estefanía arrullaban allí, candorosas y bellas, al sol naciente de su lozana edad, bajo el ala protectora de una benéfica tía. Destituídas por la muerte desde sus primeros años del amor materno, lo estaban también del amparo paterno por haber contraído nuevo en ace en tierras lejanas el hombre que las había lanzado a la vida. Una hermana mal casada y dos peor acondicionados hermanos formaban el resto de su familia, con la que no las unían más relaciones que las que les llevaban las crónicas acerca de los pesares de la una y de los lances y vicisitudes de los otros.

Juzgo ajeno a mi propósito entrar en los pormenores de las gracias personales de nuestras dos bellezas, y apenas

apuntaré la circunstancia de que, modeladas en idéntico estilo, la una tenía sonrosado y rubio lo que la otra tenía moreno y negro, por lo que, obedeciendo a la simpatía del contraste, a aquella requebraba mi compañero mientras que yo servía a ésta.

La tía era una mujer cincuentona, de estatura mediana, carnes abundantes, limpia tez y dentadura perfecta; ceñía perpetuo pañuelo de seda en la cabeza, arreglado con cierto esmero y del que se desprendían, como única muestra de su cabellera, dos roscas simétricamente adheridas a sus sienes; otro pañuelo de algodón la cubría desde el cuello hasta el talle, y el traje de pancho azul y las babuchas (zapatos) de cordobán completaban su invariable vestido casero.

Vástago de antigua familia santafereña, de intermedia posición social, por deberse a la industria y no a las letras la modesta hacienda por ella granjeada, la tía Catalina (tal era su nombre) al mismo tiempo que no pretendía formar en las filas de la clase preponderante, cuidaba de mantener marcados los es-

calones que la separaban de la clase inferior. De los alquileres de algunas poco valiosas propiedades, de los réditos de algunos censos, y más que todo de las botillerías que tenía montadas en diversos puntos y que administraba por medio de cajas acrisoladas por sus luengos servicios, derivaba ella su renta. Esta renta, distribuida por el carácter discreto, parco y reposado de la tía, le servía para vivir tranquilamente con sus dos sobrinas, hacer el bien a varias personas que formaban su corte y dependencias, ahorrar un *fondito de reserva* para cualquiera eventualidad, y contribuir para las cofradías y festividades religiosas en las iglesias y comunidades de su predilección.

A juzgar por los restos que aun conservaba, la tía Catalina habría sido guapa moza, y sin embargo siempre se había mantenido soltera. Personas que se decían bien informadas explicaban satisfactoriamente esta circunstancia por ser más perfecto el estado de soltería, según las doctrinas ascéticas de la tía; pero otras más cavilosas se referían a no

sé qué remota conseja, en que figuraba un apuesto galán, muerto en una de las batallas de la Independencia, y a cuya grata memoria había sido consecuente su apasionada dama.

Daban ansa a estas hipótesis las ideas de la tía, de acendrado pero silencioso patriotismo, por una parte, y de intránsito fervor religioso por la otra. Entraban en estas últimas ideas las tradiciones de familia: un su tío Juan Andrés, fraile franciscano de campanillas y de los últimos fallecidos en olor de santidad, era la honra y prez, la *notabilidad* o el *florón* diríamos ahora, de su prosapia. De ahí su apego a los religiosos en general, y en particular a los de la Orden Seráfica; de ahí el ser ellos y cuanto les era conexionado el tema favorito de sus conversaciones; y de ahí, en fin, la clave de sus costumbres un tanto monásticas y de las prácticas piadosas que cumplía con fe sincera e invariable regularidad.

Puede figurarse el que haya seguido mi difuso relato lo arduo de la campaña que dos mocitos tan sospechosos co-

mo nosotros tuvimos que hacer para domesticar y poner en nuestros intereses a las dos esquivas palomas, franquear las puertas del castillo que las guardaba, y acallar los recelos, captarnos la benevolencia y conquistar las relaciones de tan sólida tía. Triunfamos, gracias a los recursos de la estrategia; y espero que nuestro buen éxito manobrando en tan escabroso terreno y teniendo al frente a tan experto capitán, abonará lo inocuo de nuestros procedimientos en aquel entonces y preconstituirá nuestra justificación para la posteridad.

Si place ahora al mismo que con tanta benignidad me ha seguido hasta aquí, si le place, digo, y se lo permite el cansancio, acompáñenos en una de las visitas que vamos a hacer a nuestras protagonistas.

Era una tarde (porque de noche las puertas se cerraban como en plaza fuerte), y gracia fue que hubiéramos conseguido relajar la disciplina hasta lograr que nuestras visitas pudieran prolongarse más allá de la oración. Es cierto.

que las ventanas tenían régimen menos estricto; pero ese era negocio extraordinario en que no tomaba parte la tía, ni sería corriente que yo se la hiciese tomar a mi gracioso oyente.

Trasladémonos a una sala amplia y bien esterada, amueblada a la antigua, sin cielo raso ni empapelado, cuyos muros encalados decoraban tres cuadros de nuestro inmortal Vásquez, grande y magnífico el uno con la figura al natural de San Francisco de Asís, y pequeños y primorosos los otros representativos de la Adoración de los Pastores y la Huida a Egipto: en uno de los extremos laterales y en los espacios que en él dejaba la puerta de comunicación con la alcoba, sobre macizas mesas de nogal se ostentaban dos urnas antiguas, dentro de las cuales, en medio de centenares de dijes y baratijas, aparecía la imagen del Divino Niño, dorada la cabellera, brñida la cutis y los ojos azules como el cielo. En esa sala, que servía también de pieza de labor, la señora torcía mechas para velas, y en dos taburetitos contrapuestos y sobre el mismo

bastidor, Rosaura y Estefanía bordaban con lentejuelas y gusanillo de oro una gran palia en raso blanco. Nosotros ocupábamos asientos intermedios entre la tía y las sobrinas, de suerte que el conjunto formaba el círculo tan a propósito para la conversación en común. Asistían también a nuestras conferencias, con los ojos cerrados y fingiéndose dormidos, dos rollizos gatos, amarillo el uno, que entendía por Resplandor, y el otro blanco, denominado Merengue.

La conversación alternó largo rato sobre la crónica del mundo exterior: sermones, jubileos, octavas, matrimonios, defunciones, viajes a temperar, chispas políticas, maroma, elefante, etc. La señora Catalina despachó pausadamente sobre sus rodillas su jícara de chocolate con las arandelas de uso, y luego alzó de obra, porque la luz escaseaba, y quedó disponible y en vena de discurrir sobre sus temas favoritos.

Ante el mágico prisma de sus recuerdos ¡qué bellos parecían a aquella ingenua mujer los pasados tiempos! ¡Con qué verbosidad, ella tan medida y reser-

vada en lo demás, se engolfaba en las narraciones de las escenas antiguas!.... Y yo entonces no podía pensar que a mi vez habría de sucederme lo mismo cuando rodando entre las desigualdades de la vida, llegara lastimado a las ásperas orillas de la realidad y el desengaño.

—Su merced ya no nos habla de nuestro tío el Padre, dijole cariñosamente Estefanía.

—¡Ah! contestó la tía, descenizando su cigarro, el Padre Juan Andrés, alma bendita, está en el cielo con zapatos y todo, porque decían que jamás había cometido un pecado mortal y que desde en vida su celda trascendía a esencia de rosa. Cuando venía a casa de mi padre parecía que ella se llenaba, y nos contaba tantos ejemplos que nos dejaba edificadas. Y como hablaba tan bonito y había aprendido mucho en tantos libros como tenía, las horas se nos pasaban embelesadas oyéndolo: pintaba las cosas tan a lo vivo, que cuando hablaba del Purgatorio le parecía a una que se chamuscaba.

—¿Y el enemigo malo lo tentaba mucho?

—¡Tanto....! pero de todo lo sacaba con bien San Antonio. En una ocasión un señor que emigró para su hacienda, le dio a guardar las alhajas de su mujer, que valían un caudal. Un día se le presentó un peón, embarrado como quien viene de lejos, con una carta del dueño para que se las devolviera con él: su Reverencia las entregó y contestó la carta. El peón al bajar las escaleras se dio tal costalada que se quebró una pierna, se desmayó y hubo que llevarlo a la enfermería, por lo que el Padre recogió el cofre de las alhajas y lo volvió a guardar. A los pocos días se presenté el propio dueño por ellas, y resultó que la carta era falsificada y el peón enviado por un ladronazo que estaba al cabo del depósito.

—¡Qué casualidad!

—No digas eso, hija, que ese es el apodo que dan los incrédulos a la Providencia.

—Ciertamente....; y como mi tío era tan santo....

—Así hubo varios en San Francisco, incluso el Virrey Solís.

—¿Lo conoció su merced?

—No, pero oí contar a los viejos antiguos muchas cosas de él. Renqueaba el buen señor; dio como treinta mil patacones para el hospital de San Juan de Dios, como ocho mil para la Orden Tercera, a la que entonces era moda pertenecer, y costeó el reloj para la torre de San Francisco. Acaso él desde atrás rumiaba su proyecto de renunciar al Virreynato y entrarse fraile, porque en una romería que hizo a Chiquinquirá llevó toda su comitiva vestida de azul con ribetes blancos, que son los colores de la religión seráfica. Contaban que un pobre desarrapado le pidió limosna en una concurrencia, y él, no hallando por el pronto otra cosa con qué socorrerle, le dio su rico anillo con el blasón de sus armas: el pobre se lo devolvió al punto diciéndole que le venía flojo en todos los dedos, y cuando el señor Solís fue a sellar con él, estampó no sus armas sino las de San Francisco.

—Era generoso el Virrey—terció mi compañero—así me gustan los caballeros.

—Pues no lo era menos el padre Quijano, continuó la señora, que de arrogante y rico que era en el siglo se convirtió en humilde y pobre al tomar el hábito. Decía la misa muy larga, porque el diablo lo molestaba mucho, y él, con santa paciencia, se ponía a decirle en el altar: «Estese quieto, hermano, que ya está viejo para chuscadas.... No se ande por las macetas, que las derriba.» Llegó a tal vejez que ya casi no distinguíalas personas; y como a su celda iban hasta los oidores a tomarle dictamen en casos graves, varias veces les mandó por fuego para su cigarro, confundiéndoles con los sirvientes. Una noche oyó el Padre provincial que llamaban a su puerta y reconoció la voz del padre Quijano, que sabía no podía moverse de su cama: abrió y a nadie encontró; fuese hasta la celda del Padre y la halló cerrada con llave y en completa tranquilidad. Al día siguiente fue a verle y le preguntó qué tal estaba: «Vivo todavía, le contestó el Padre, porque anoche mandé a mi alma a pedir la venia a vuestra Reverencia para irse

adonde la llaman, y la perezosa no quiso esperar y se volvió sin ella.»

—«Como será para el cielo, la tiene vuestra Paternidad, y ruegue allá por nosotros,» le dijo el Provincial.

A las pocas horas murió el Padre, y lo enterraron a los cinco días sin que su cuerpo diese señales de descomposición.... Lo mismo sucedió con el padre Camero.

—Algún pecadorazo de cuenta, la interrumpí yo para que tomase aliento.

—Nada de eso: era clérigo y cura de Sutapelao....

—Qué mal curato, comentó mi compañero.

—Una noche, prosiguió nuestra interlocutora, le despertaron para una confesión urgente en el campo: se levantó en el momento, ensilló su macho, y a pesar de la lluvia que caía a torrentes, se puso en camino. Pero al llegar al río lo halló tan crecido, que no pudo pasarlo. En medio de su aflicción por esta contrariedad, se le presentó un hombre y le ofreció ponerle en el otro lado sin que se mojase: el cura aceptó; y con

gran sorpresa suya, guía, jinete y macho se hallaron en la opuesta orilla como si hubieran sido conducidos por el aire. De regreso volvió a encontrar al hombre, que hizo con él la misma operación. Esto no es corriente, dijo el cura para sus adentros, y preguntó su nombre al guía.

—Soy el diablo, le respondió, y tenga entendido que la salvación de los curas es muy difícil, porque tienen que dar cuenta de sus culpas y de las de sus feligreses....

El clérigo renunció el curato, vistió el sayal de franciscano y fue en los claustros el famoso padre Camero.

—Pero, imparcialmente hablando, observó mi compañero, en esta vez no se portó tan mal el diablo, ni con el moribundo ni con el cura.

—Sería con su segunda intención, porque no crea usted que él las haga limpias.

—Mejor será que no lo hurguemos, terció Rosaura.

—Tienes razón, hija mía; y tanto la teines que creo haberte referido el caso

de un hombre que tenía siempre el nombre del enemigo en la boca, y en la hora de su muerte, cuando quiso entregar su alma a Dios, triunfó la mala costumbre y se la entregó al diablo.

—Volvamos adonde estábamos, y ojalá nos contara su merced la historia de los dos especieros.

—Va la historia, dijo la señora, y perdonen ustedes a los viejos la manía de contarlas.

Pasaba tarde de la noche un Alcalde por las tiendas de especiería de Santa Clara, cuando vio a un hombre que bregaba por abrir una de ellas. Sospechando algo de la traza de tal hombre y a despecho de las muchas protestas que le hizo de ser su tienda y de que en ella iba a dormir, cargó con él para la cárcel. A poco rato un garante que había dejado en atisba se le apareció con otro sujeto, atrapado en la misma operación y que, como el anterior, ponía los gritos en el cielo por la tropelía de que era víctima. Los dos quedaron en piezas distintas de la cárcel hasta que al otro día se aclarase el asunto.

Al examinarlos temprano como ellos lo pedían, resultó ¡cosa rara! que los dos, aunque no parecían ni prójimos, tenían un mismo nombre, llaves idénticas y que se sabían al dedillo los nombres de los tenderos y dueños de casas de la vecindad. Ibase confundiendo el Alcalde y había determinado cargar con los dos contrincantes para que los vecinos escogieran el verdadero especiero, cuando el hermano Dimas, lego franciscano que ocurría a la oficina para otra diligencia, se dirigió al Alcalde:

—Señor, le dijo, antes de ocurrir a tan complicada averiguación, deje usted que yo someta a estos dos señores a una prueba muy sencilla.

—Veamos cuál ocurre a usted.

El lego tomó dos hojas de papel y dio una a cada uno de los contendientes para que cada cual hiciese un cucurucho. El uno lo hizo en el acto, mientras que el otro no dio palotada.

—Este es, dijo señalando a aquel, el especiero: el otro mal puede serlo cuando no conoce ni el *cristus* del oficio.

—No le ocurrió a Cervantes, comen-

té a mi compañero, someter este juicio a la mollera de Sancho.

Como el tiempo avanzaba y las crónicas iban a lo largo, nosotros hicimos ademán de querer despedirnos; pero nuestra narradora nos indicó que conservásemos los asientos, y prosiguió en su tema.

—Por último, nos dijo, voy a referirles algo del padre Guache.

Un guardián de San Diego encargó al morir a los Franciscanos que no negaran el hábito a un hombre que lo solicitaría dentro de cincuenta años. Pasaron los tiempos, la recomendación se olvidó, y tienen ustedes que un día se presentó en la portería de San Francisco un campesino de esos de boca de hacha con una ruana y alpargatas, a pedir que lo recibieran en el convento.

—¿Cómo se llama, buen hombre? díjole el Provincial.

—Francisco Guache.

—¿Por qué deja el mundo?

—Porque busco el cielo.

—¿Qué sabe?

—Obedecer.

Los Padres, viendo lo cerril del labriego, iban a despedirlo, cuando otro, canoso y santo, les dijo que no hicieran tal, que en ese día se cumplían los cincuenta años predichos por el Guardián de San Diego. Admitido en la Orden fue el modelo de la obediencia; y aunque no pasó de lego, se refieren de él cosas asombrosas. ¿Quieren ustedes saber algunas?

—Con mucho gusto, repusimos todos.

—Hallábase de sacristán, cuando un día oyó que bajaba el padre Prior a celebrar, y cayó en la cuenta de que no había vino. Salió a procurárselo en la calle, y con la prisa olvidó la botella para traerlo.

—¿En dónde lo lleva? le observó el mercader que se lo vendió.

—En la manga, contestó el Padre. Lo hizo verter allí y partió a toda prisa para su sacristía.

El comerciante lo siguió y vio con pasmo que al llegar formó pico en la bocamanga y trasegó a la botella todo el vino, sin que faltase una gota ni quedase húmeda la manga....

—Esa fue una maravilla, opinó Estefanía.

—Fue un milagro, adelantó Rosaura.

—Y este otro no lo fue menos, apoyó la tía. Rezaba en otra ocasión la comunidad en el coro, cuando se volcó un cirio encendido sobre el altar y empezó a incendiarlo.

—¡Vuele, hermano, le dijo el Provincial, y apague ese cirio porque se nos arde el convento!

El lego apoyó las manos en la balaustrada y sin vacilar dio el bote, atravesó por el aire toda la extensión de la iglesia, cayó sobre el cirio y lo apagó. Regresó dando la vuelta por los claustros, y al presentarse de nuevo en el coro, el Provincial asombrado le dijo:

—¿Qué es lo que ha hecho, hermano, lanzándose coro abajo?....

—Como Vuesa Reverencia me mandó que volara, volé, le contestó el lego con la mayor naturalidad.

—Para postre les contaré de un religioso que hallarán muy de su gusto: el padre Guarín. Era hombre de bríos y decidido patriota, por lo que tomó ser-

vicio como capellán en el ejército. Se hizo desde luego notable por la bizarría con que en lo más reñido de los combates intercedía por los vencidos, socorría a los heridos y auxiliaba a los moribundos. Se había limitado a las funciones de su ministerio hasta que un incidente lo lanzó al ejercicio de las armas. Iba incorporado en una fuerza que de sorpresa se vio envuelta y acuchillada por otra realista muy superior en número: todos los jefes y oficiales estaban fuera de combate y ya no se daba cuartel a nadie. El capellán toma entonces una espada, se pone a la cabeza de los salvados, a quienes exhorta y entusiasma con la palabra y el ejemplo, acomete a los agresores con ímpetu irresistible, los desbarata, los pone en fuga, rescata a los suyos y les toma prisioneros, armas y pertrechos. Bolívar le declara acción distinguida de valor y lo hace Mayor o segundo Jefe de batallón, y después le llega varias veces el caso en la obstinada lucha por la Independencia de combatir con denuedo y de caer acribillado de heridas, hasta ascen-

der a Coronel de Colombia. Vestía el uniforme bajo el saya¹, y de su cinto pendían el cordón franciscano por la derecha y la espada por la izquierda. Tan-
tas veces fue herido, que después de una comida entre amigos (lo tengo de un testigo presencial) se dejó registrar el cuerpo, que estaba lleno de cicatrices. Terminada la guerra, volvió a su regla y fue destinado cura para Quetame, en donde descubrió unas aguas medicinales que de su nombre se llamaron «Guariterma.»

Conocedor mi compañero de los íntimos sentimientos de la narradora, aprovechó la oportunidad para excitarlos:

—Si mal no recuerdo, dijo, conocí al padre Guarín, y aun sospecho que debió ser ibaguereño, porque allá hay una familia de ese apellido; y sin duda que mereció las charreteras, y aun si hubiera servido en las filas realistas....

—¡En las filas realistas!.... interrumpió la tía con la voz alterada y las mejillas sonrosadas.... ¡Jamás!.... Y reportándose luego, trazó una cruz sobre sus

labios y tras una larga pausa agregó: ¡Dios me lo perdone!.... los franciscanos eran patriotas, como que tuvieron por Guardián al Padre José Antonio Florido y por Procurador al Padre Antonio Medina, de gran talento pero locato, que murió, perdido por la vanidad, en Guayaquil.

La narradora comprendió que debía dejarnos bajo la simpática impresión de este último relato, y notando entonces que las sombras de la noche invadían la sala, guardó silencio.

Nosotros nos despedimos de ella, deslizamos un piropo a sus sobrinas, y nos marchamos.



LA GUITARRA

A LA GRATA MEMORIA DE RAFAEL FONCE

Para divertirse tenían el buen sentido de suprimir la etiqueta, las cuadrillas y el té, cosas todas a cual más extranjeras y a cual más detestables.

EMIRO KASTOS.

La escena pasa en una sala con dos ventanas en el fondo hacia la calle, bastidor lateral que la comunica con la alcoba, puerta de entrada sobre el corredor. Cuatro mesas en los cuatro ángulos con sus correspondientes tocadores, perros sentados y leones dormidos de la fábrica de loza, floreros, candelero con su vela y las despabiladeres en dos de ellas; canapés repartidos; silletas lle-

nando los intermedios; mesa redonda en el centro con carpeta, florero y bandeja con cigarros. Láminas que representan episodios de la Atala; retrato al óleo del dueño de casa con casaca de gran cuello, corbatín y sellos pendientes de uno de los bolsillos del chaleco; miniatura de la señora con peinetón, bucles y mangas abombadas. Grande aseó, flores frescas, atmósfera sahumada. Es de noche.

A las ocho golpeamos nosotros en el portón. «¡Vaan!» nos gritó de adentro la criada, e inmediatamente descorrió el pasador de madera que juntaba las dos hojas, y entramos. Estaban acabando de cenar, por lo que apenas hallamos en la sala a la señora Sinforosa (la madre) que encendía dos de las velas de las cuatro mesas.

—Felices noches, doña Sinforosa.

—¡Hola, caballeros! ¿cómo están ustedes?

—Bien, mi señora, mil gracias, ¿y el señor don Pedro Pascual?

—El pobre así.... así.... con su ahogo. Se presentó de descubiertalsabeliata,

la menor de las señoritas de la casa, fresca y púdica con sus quince abriles, como un botón de rosa, vestida de muselina y peinada de dos hermosas trenzas. Las siguieron en ruidoso grupo Rosa y Dolores, sus guapas hermanas mayores, y Adelaida y Pepita Contreras; atrás la señora madre de éstas, doña Romualda, entre su consorte, Coronel Contreras, y el casero, don Pedro Pascual; y cerraba la marcha Carlitos, el cuba de la familia, portador de las dos velas que faltaban en las mesas y habían servido en el comedor.

A medida que fueron presentándose en la escena, nos saludaron más o menos así:

Las de la casa con jovial franqueza:

—Ya temíamos que no vinieran....¡ah ustedes!

Las Contreras más ceremoniosas:

—Caballeros, buenas noches; ¿están ustedes sin novedad?

Doña Romualda con desenfado:

—A ustedes ya no se les ve la cara,.... por casa a lo menos.

El Coronel entre risa y risa:

—Aquí tenemos a los mozos de buen humor, siempre tras de las muchachas como las mariposas tras de la llama.

Don Pedro Pascual apretándonos la mano con efusión:

—Mis amigos, siéntense ustedes; ¡cuánto me alegro de verlos!

Respondimos a todos congruentemente, y tomamos primeras posiciones en los taburetes, formando corro con las personas graves que ocuparon el canapé: las muchachas entre tanto andaban revoloteando, dando tiempo para que pasase el prólogo con sus papás. Se conversó del aguacerón que había caído por la tarde, de ahí se pasó al frío de la noche; el Coronel refirió los pormenores de su última visita a don Anacleto, de los que dedujo que la enfermedad de que adolecía era sumamente grave; doña Romualda pintó a lo vivo un caso idéntico al de don Anacleto, en que vio sanar a un su tío nada más que con las flores del melocotón, el nítro dulce y cierto parche cuya receta guarda como reliquia. Don Pedro Pascual aceptaba y ratificaba cuanto decían

todos; y doña Sinforosa se sentaba y se levantaba para comunicar órdenes a las hijas, avivar las luces o poner a raya al turbulento Carlitos.

Llamaron de nuevo en el portón. Era un refuerzo que nos venía, formado por Rafael Ponce, Gabino Gutiérrez y Celestino París. Por de pronto con ellos se ensanchó la prosaica rueda, pero las muchachas con su natural estrategia, comprendieron que era la ocasión de empezar a romper filas

Rosa con una seña de sus lindos dedos y un «venga acá» de su argentina voz me requirió que fuese a su lado. No me lo dejé repetir, y me instalé entre ella y Adelaida, en el canapé que habían tomado por su cuenta.

—Ya casi sé el valse, pero la cejuela me cuesta trabajo y me hace perder el compás: repasémoslo....

Y me dio la guitarra para que la transportase. Pero estaba muy alta; y mientras la bajaba y aseguraba las clavijas para que no se volviesen, y templaba, registraba, etc., mi compañero se había acomodado en el canapé del frente y

reía con Dolores y Pepita. Los tres recién llegados estaban pasando entonces por su exordio.

De nuevo llamaron a la puerta, y se presentaron las Polancos: tres pimpollos entre los diez y siete y los ventitrés, convoyadas por Héctor, su hermano, enamorado novicio de Adelaida, por el negro Rovira y por un rapazuelo adicional que nos emancipó de Carlitos. Como había ya *quórum* de mamás, entre ellas se trabó la conversación, y las muchachas y los tres prisioneros desertaron, y buscó cada cual su centro natural.

La tertulia se dividió en secciones o grupos, cuyo conjunto empezó a tomar la fisonomía franca y festiva de las reuniones de su clase. Aquí Rosa repasaba su valse acompañada por una segunda guitarra, con intermedios de diálogos picantes; allá en bulliciosa contienda Dolores y dos de las Polancos, competían en chistes y agudezas con sus acompañantes. El atortolado Héctor por un lado representaba cerca de Adelaida el papel de amante corto de genio; mientras que por otro Pepita con dos

ad láteres aprendía pruebas en la baraja. El casero y el Coronel fumaban, y leían *El D.a* en el cuarto del estudio, y las mamás moralizaban a sus anchas sobre la crónica de la ciudad.

Nos faltaba un personaje obligado, que a poco ingresó en la sala, retocado, y aliñado y perfumado como una novia. Era el añoso y acaudalado solterón don Gualberto Clavijo, que había acertado a fijar sus ojos y sus anhelos matrimoniales en la tierna e inofensiva Isabelita. Los padres de ésta le dejaban correr los azares de la descabellada pretensión, seducidos por el porvenir de oro, alhajas y casas propias que podía tener su hija. Nosotros guardábamos aparente neutralidad y sacábamos del consocio varias ventajas.

Amén de hacerlo interlocutor de oficio de los dueños de casa y de ser de su cargo el palco en el teatro y el tablado y las banderillas en los toros, y sin perjuicio de una que otra tertulia de cumpleaños con que le hacíamos sorprender agradablemente a sus futuros suegros, nos resignábamos a ganarle

buenas pesetas apostando ambos y ternos con su pichona, cuando Bernardo Pardo, con la sal del mundo y en connivencia con nosotros, cantaba la lotería. En cuanto a las cenas con que el muy zorro estimulaba nuestra neutralidad, eran golpes de estrategia suyos, en los que no debíamos dejar deslucidas sus combinaciones.

Los caseros desplegaron toda su obsequiosidad con el Narciso cincuentón: no sabían colocarlo para que quedase cómodamente; prodigaban los elogios más entusiastas a la cadena de su reloj, a la abotonadura de su camisa y, sobre todo, al solitario que brillaba como ascua en su dedo. Y para obrar sobre la pobre Isabelita y ponerla al alcance del vejancón, le hicieron traer el ramo que para él estaba dibujando y sentarse a su lado con pretexto de explicárselo. Nosotros hacíamos de la vista gorda a tan grotesco sainete y seguíamos en lo que estábamos con las muchachas.

El disorde bullicio de los diferentes grupos formaba un conjunto animado: D. Gualberto había aislado a su inde-

fensa palomita llevándola a la mesa redonda para cortejarla con el soporífero oficio de consultar el oráculo, cuando de improviso apareció en la escena y se interpuso entre las cabezas de los dos la burlona del chato Pepe Matiz, el chusco de la partida que acababa de llegar, y con voz gutural requintada soltó su chiste de entrada:

—¿Qué indica mi sueño, es de bueno o de mal agüero?

—Indica que tienes ganas de dormir.

Carcajada general. El chato continuó, y dirigiéndose a todos nos apostrofó con aire de formalidad:

—Ustedes aquí muy tranquilos y no saben lo que está pasando por el puente de San Francisco.

—¡Qué, hombre!

—Pues.... no es precisamente por el puente por donde pasa, sino por debajo de él....

—¡El río! ¡el río! se apresuró a decir Héctor candorosamente.

—¿Lo oyeron ustedes?.... ¡Qué adivino!.... no me cabe duda de que este chico es brujo.

Hilaridad. El chato siguió en su cuerda, unas veces con chiste y no pocas sin él, pero contribuyendo con su contingente a revolver y animar la reunión.

—No desairen el valse de Rosa, prorrumpió su acompañante: báilenlo, que está que provoca.

—¡A bailar! ¡a bailar! apoyaron galantemente otros.

La mesa redonda se relegó al hueco de una ventana, desembarazose la sala de tapetes y esteras de chingalé y la llenaron las parejas bailando a estilo de confianza, sin dejar de dialogar y de reír. Se distinguía entre todos por sus cabriolas desacompasadas el traído D. Gualberto, quien después de distribuir pisotones por todos lados, consignó su pareja en un canapé, mareada como si hubiera atravesado el canal de la Mancha.

Como el acompañante de la tañedora estaba al corriente de los diálogos íntimos y demás ventajas a que se prestaba el valse para los danzantes, lo prolongó cuanto juzgó oportuno. En cuanto al efecto higiénico y diaforético del

largo ejercicio, fácil era notarlo por los pañuelos que se echaron al aire cuando terminó el valse, para enjugar los rostros abrigados por el sudor.

La Coronela Contreras dejó transcurrir el tiempo preciso para que los pechos tornasen a su respiración normal, y, abandonando sus posiciones de mera espectadora, tomó la ofensiva exigiendo que se hiciese cantar a sus niñas para que se ejercitasen y se desencogiesen. Ellas se excusaron, los concurrentes les suplicaron, la mamá las acosó, hasta que al fin cedieron con la condición de que Ponce las acompañase. Obtuvo la preferencia la canción del *Sí* que estaba en boga, y después de ensayada en falsete para tomarle el aire y hallarle en la guitarra el tono, que ni fuera muy alto ni tuviera la transición trabajosa, las dos cantoras prorrumpieron con voz pura y rica, y en bien concertado dúo:

Un sí prometíome
Tu labio adorado,
Mas luego enojado
Un no pronunció.

Cualquiera que sea;
Pronuncia mi suerte,
Mas ¡ay! que es la muerte
Si dices que no.

—¡Bien!.... ¡Muy bien!..... ¡Sigán!....
¡Adelante!....

—Si es que estoy medio ronca....

—Con razón que yo oyera una cosa
como tambora.

(Chiste del chato Matiz).

—Qué más tambora que su cabeza.
(Réplica de Adelaida).

Las dos hermanas siguieron y terminaron su canción con el sincero aplauso de los oyentes. Héctor tenía preparado su piropo y, haciendo un esfuerzo, cumplimentó a Adelaida tartamudeando:

—Señorita, puedo aplicar a usted lo que dijo Bretón:

«Baila como una peonza,
Canta como un ruiñeñor.»

—Gracias, Héctor, le replicó Adelaida con zalamería, bastante para postrar hasta al Héctor troyano, es usted tan galante....

—Ya nosotras hicimos lo que pudimos, continuó ésta, toca ahora ser complacientes a Ponce y a Gutiérrez.

—Con mucho gusto lo seremos, contestaron ellos, pero antes le debemos un valse a Rosa, que es justo pagárselo.

—Por supuesto, exclamó Rosa, mi compañero y yo tenemos los pies dormidos de estar sentados....

Un valse a dos guitarras, llevada la una por Rafael Ponce con todos los adornos y arabescos, con todos los trinados, apoyaturas y trémolos, con toda la expresión *cachaca* peculiar del valse redondo bogotano; y la otra por Gabino Gutiérrez, en caprichosos arpegios o en saleroso rasgueo, era capaz de hacer salir de sus casillas no a nosotros, que estábamos en la época venturosa en que la maga de la alegría era nuestra compañera, sino hasta los caracteres refractarios, a los oídos sordos, a los corazones endurecidos por el desengaño o el hastío.

La guitarra, desdeñada hoy como todo lo que no es ostentoso, era el alma

de las tertulias de entonces; y aquí en agradecido recuerdo de ella, cederé la palabra al señor José Caicedo Rojas, autoridad irrecusable, porque la tañía a las mil maravillas:

«¿Por qué se está acabando el uso de la guitarra? ¿Ni con qué se reemplazará ese instrumento apacible y simpático, que tan bien expresa los sentimientos del alma, ya de alegría, ya de dolor, ya de ternura; que llora, o ríe, o se queja, que no fastidia con su ruido, y que es dócil y acomodado a todas las situaciones; dulce compañero en las penas como en los placeres, que jamás hace estorbo; que tan bien suena en manos varoniles como entre los sedosos dedos de una mujer? Hay guitarras comunes que sólo sirven para acompañar cantos vulgares; instrumentos de baja condición, alma de la *parranda* y de la orgía; pero la guitarra aristocrática, educada en los salones y gabinetes, la guitarra artística, que posee los misterios de la música hasta donde lo permite su modesta capacidad, que se presta a las melodías más delicadas y a

las modulaciones más gratas, sin el estruendo del piano ni el chirrido del violín; esa guitarra distinguida que recuerda los tiempos poéticos de los trovadores y las frescas veladas del caballero amartelado que exhalaba su amor y sus celos debajo de las ventanas de su dama, a la luz de la luna o al resplandor de las estrellas; la guitarra de Sor. de Aguado, de Huerta, de Londoño, de González, de Franco, Padilla y otros varios; esa guitarra que mereció los elogios de poetas como Thomas y Chateaubriand, y que privó con honra en la corte de Luis XIV, no tendrá, dentro de poco, reemplazo en la buena sociedad.»

Valsábamos Rosa y yo: los dos éramos amigos y nada más que buenos amigos, por más que parezca paradoja. Mujer enérgica y perspicaz, ella había dominado su propio corazón, y en vez de un amante buscaba un marido: sin deslumbrarse con los fuegos fatuos del presente, su mirada escrutadora sondeaba el porvenir. Entre sus adoradores descubrió un buen partido, y en él

se fijó resuelta y honradamente. Era un joven mediano de figura y de alcances, pero verdadero en sus sentimientos y laborioso, aconductado en sus obras, y a quien esperaba en su provincia un holgado patrimonio. Amábala él con la intensidad y la timidez, con los vértigos y desfallecimientos de los primeros y exclusivos amores, cuando se cree a la mujer una deidad, mercedes solemnes sus favores, y consecuencia de la inferioridad del que la ama sus desvíos. Alguien dijo, y si no lo aventuraré yo, que hay tres primeros que no tienen segundo en la vida: el cielo de los primeros amores, el purgatorio de los primeros celos y el infierno del primer desencanto.

A la sazón de nuestro valse, el escogido de Rosa se hallaba en una de sus lunaciones de desfallecimiento: hacerlo salir de ella, mantenerlo en el buen camino, fue el tema principal a que dedicó mi amiga el aparte que la ocasión nos franqueaba. Felizmente me era fácil secundarla: con dar noticia a aquél del interés que le manifestaba su dei-

dad y con ponerle bajo las baterías de sus hermosos ojos, el asunto quedaría arreglado. Sea dicho en homenaje de Rosa, homenaje que quizá llegue a su conocimiento algún día: era una mujer superior, que ha colmado de honra y dicha al hombre de quien entonces tratábamos y que fue después su afortunado dueño.

Tocó el turno a Ponce y a Gutiérrez de cumplir su promesa. Nada más amable, más simpático que Rafael Ponce. La naturaleza con él generosa, a la belleza de las formas había añadido atractivos que por sí solos harían afortunado al que los poseyese. Su estatura mediana y bien proporcionada, al alto pecho, a la estrecha cintura, a la pierna bien contorneada, le permitía unir soltura en los movimientos y gracia en los modales. Cabellos castaños, abundantes y naturalmente rizados coronaban su erguida cabeza; sus grandes ojos giraban expresivos bajo los arcos apenas delineados de sus cejas; tras de labios húmedos y sobre encias de coral, su fino bigote sombreaba una den-

tadura de perlas ; y la barba ondeada y sedosa circuía sus mejillas frescas y sonrosadas como las de un adolescente.

Atraía su mirada dulce, su sonrisa acariciaba ; y su voz, su incomparable voz, que cuando conversaba imprimía a su palabra cariñosa la melodía de un arrullo, era deliciosa cuando cantaba. Y entonces, cuando su bella figura se desplegaba en todos sus pormenores, cuando la romanesca guitarra pulsada por sus blancas manos acompañaba su cántiga, cuando la trova apasionada o la doliente endecha fluían empapadas de sentimiento de sus labios purpúreos, ¿quién podía no admirarle? ¿Quién prescindir de la fascinación de su ser privilegiado? Si él se hubiera dedicado al arte y apetecido los aplausos en el seno de sociedades más adelantadas, habría sido un trovador de los antiguos tiempos, u otro Mario en la escena lírica moderna.

Un novelista al describir su héroe fantástico, decía de él : «Conjunto tan blando y tan varonilmente diseñado que, si se hubiese vestido con la ropilla

negra del artista, se le hubiera tenido por Van Dick, y si se hubiese cubierto con el encaje y el terciopelo del *gentleman*, se le hubiera tenido por Lord Byron.»

—¿En quién encuentras estas condiciones? preguntaba yo al amigo con quien leía.

—En Rafael Ponce ; pero mejor le sienta su uniforme militar, me contestaba.

Gabino Gutiérrez era el tipo del soldado, de esos veteranos de ojos chispeantes, tez bronceada, negros bigotes y expresión de lealtad y franqueza, formados en los campamentos, endurecidos por las vicisitudes de las campañas y que, por rigurosa escala, de proeza en proeza, alcanzan un alta graduación. Acostumbrado al uniforme desde sus primeros años, lo llevaba con notable gallardía ; pundonoroso, circunspecto, severo en la disciplina, era galante y pulido en su trato particular, ameno en la conversación e hidalgo y generoso en sus rasgos. Era el Athos de los *Tres Mosqueteros*.

Ponce y Gutiérrez sentados a la par, en su belleza que hacía contraste, y en el ademán de la inspiración y el canto, formaban un grupo artístico e interesante. Siempre se les oía cantar con placer: llevaba el alto el primero con su voz limpia y sostenida, y el otro con la suya robusta y vibrante le hacía segundo.

Cantaron esas *canciones* que entonces nos parecían tan expresivas, y que herían las fibras más sensibles de nuestro corazón predispuesto y exaltaban nuestra fantasía juvenil. Hoy su letra anticuada y su modesta música provocan el desdén de los que sólo hallan bueno lo que no pueden juzgar, la lengua extranjera y las arias y cavatinas de los encumbrados maestros, extranjeros también. Hoy todo es teatro, exhibición y fórmulas, y las sabrosas cordialidades van desapareciendo.

Primeramente cantaron la canción apasionada, de aire breve y fogoso, algunas de cuyas maltratadas estrofas transcribiré fielmente por vía de muestra.

Conspirado contra mi
Conjúrese el universo,
Pero yo en prosa y en verso
Sólo cantaré por ti.

Por ti que eres solo el dueño
Que hasta en sueño ve mi amor,
Y cambiaste mi sosiego
Por un fuego abrasador.

Por ti vivo, por ti muero,
Y es tan loco mi querer,
Que en el acto en que te miro
Yo deliro de placer.

Luego pasando a lo sentimental y patético, en notas lentas y graves y con transiciones de efecto, cantaron la *Violeta* de Enrique Gil, en boga entonces:

Heme hoy aquí: cuán otros mis cantares,
Cuán otro mi pesar, mi porvenir;
Ya no hay flores que adornen mis altares
Ni soledad donde poder gemir.

Lo secó todo el soplo de tu aliento
Y naufragué con mi doliente amor;
Lejos ya de la paz y del contento
Heme aquí en el valle del dolor.

Era dulce mi pena, y mi tristeza
Tal vez velaba una ilusión detrás,
Mas la ilusión voló con su pureza,
Mis ojos ¡ay! no la verán ya más.

Hoy vuelvo a ti cual misero viajero
Vuelve al hogar que niño le arrulló,
Pero mis glorias recobrar no espero,
Sólo a buscar mi tumba vuelvo yo.

.....
—*Vamonós*, niñas, que tengo que
madrugar a la plaza, intimó la Corone-
la Contreras.

—¡Carambola! añadió coadyuvándola
su consorte: ya es media noche...

—Peor sería que fuese la noche en-
tera, terció el chistoso Chato.

—¡Muévanse!.... ¡muévanse!...., insis-
tió la Coronela.

Todos dejamos nuestros asientos :
ellas buscaron sus pañolones y nos-
otros nuestras capas; y se siguió aque-
lla justamente afamada despedida de
las mujeres, que es tan larga, en la que
dan tantas vueltas y se les ocurren tan-
tas cosas. Nosotros aprovechábamos
los intersticios que ellas dejaban para
despedirnos también.

—¡Ahora sí!.... ¿Quién les vuelve a
ver la cara? nos decían Rosa y Dolo-
res.

—Vuelvan pronto, murmuraba dulce-

mente Isabelita : con ustedes se pasan
las horas sin sentir las.

Nos dividimos para escoltar hasta
sus domicilios a nuestras amables con-
tertulias, obligando a Héctor a hacer la
hombrada de llevar de brazo a la pican-
te Adelaida.

Nos marchamos todos. Todos no, que
aun se quedó fastidiando a Isabelita y
a sus trasnochados padres, el que lla-
mábamos por lo bajo *don Cataplasma*,
la posma de don Gualberto.



CUADRO

de la Virgen de la Luz

El afamado pintor mejicano señor Felipe S. Gutiérrez, me dijo un día que deseaba pintar una imagen de la Virgen María, y que le permitiese tomar a Teresita mi hija por modelo. Accedí a ello, añadiéndole que consideraba muy favorecida a mi pobre niña al llamarla a representar tan inefable figura.

Entre las advocaciones de la Virgen escogió el pintor aquella en que la madre del Salvador, en pie sobre la tierra, baja hacia ella sus ojos misericordiosos y extiende sus manos benditas como para acoger las plegarias que desde este valle de lágrimas le dirigen los desterrados hijos de Eva. De sus manos parten rayos de luz, y por esa cir-

cunstancia se la llama «La Virgen de los rayos o de la luz.»

Terminado su trabajo, el parecido quedó muy notable. Como el cuadro resultó bello y simpático, muchas personas se le aficionaron, y yo veía con pena que alguna había de llevárselo, y que ese no podía ser yo por la insuficiencia de mis recursos. Es un deber mío, me decía, obtener a costa de cualquier sacrificio este cuadro de doble mérito para mí, y que en poder de otro me será casi un remordimiento. Pero me sometí resignado al poder de las circunstancias, y para evitarme mortificaciones hice un esfuerzo y no volví a pensar en ello.

Pasaron muchos meses: el señor Gutiérrez se preparaba para regresar a Méjico, y en la noche de la antevíspera de su marcha tuvo la amabilidad de presentarse en casa a instarme para que me dejase retratar por él. Era un deseo de mi madre y una fineza del artista, y me pareció un remilgo denegarme. A la mañana del día siguiente, en una sesión de tres horas, cortada por frecuen-

tes interrupciones, el señor Gutiérrez hizo el retrato.

Al terminarlo entró mi hermano Rafael y le dio cuenta de las boletas que habían tomado para la rifa de algunos de sus cuadros. Se me caía la cara de vergüenza de no hacer una manifestación siquiera, por pequeña que fuese, de mi reconocimiento al artista; y cuando supe que entre los cuadros de la rifa estaba el de la Virgen de la Luz, mi abstención me pareció injustificable.

—Dame una boleta, dije a Rafael.

—¿Qué número prefieres?

—Cualquiera.

Rafael puso mi nombre en una, la cortó y me la entregó. Me creí tan ajeno a ser favorecido que no me tomé el inútil trabajo de leer el número, y al llegar a casa llamé a Teresita y la dije chanceando:

—Guarde esta boleta hasta que se la pida para entregarle la Virgen de su retrato.

Y como cosa perdida, como levísima ofrenda al señor Gutiérrez que ya se había marchado, todo el asunto se bo-

rró de mi memoria. Otras cosas más o menos desagradables ocuparon mi ánimo, y el tiempo siguió devorando días, y el sol de la vida declinando más y más hacia su ocaso.

En la tarde del domingo, 18 de abril, fui a casa de mi madre, en donde vivía Rafael: al terminar la escalera hallé a éste con fisonomía más risueña aún que la que tiene de ordinario:

—Albricias, me dijo, estás de buenas.

—¿Por qué?

—Te sacaste la Virgen de la Luz....

—¿Verdad?.... le apostrofé conmovido.

—Es una fortuna, corroboró mi madre.

—Es un milagro, repuse yo.

—Siéndolo de la Virgen, añadió mi piadosa madre, es uno de tantos cariños de ella: lleva tu imagen a tu casa y que Dios por ella proteja a tu hija.

1877.

INDICE

	Pags.
Íntimo.....	V
Prólogo.....	IX
De Medellín a Bogotá.....	I
La Niña Agueda.....	199
El Maestro Custodio.....	223
Recuerdos de La Juventud. La Contradanza.....	239
Por el Barrio de Las Nieves.....	261
La Guitarra.....	285
Cuadro de la Virgen de la Luz.....	309

FAES

**SALA DE PATRIMONIO
DOCUMENTAL**
Centro Cultural Biblioteca
Luis Echavarría Villegas

BIBLIOTECA
Universidad EAFIT



100167040

